

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso del diario de la nudista

ERLE STANLEY GARDNER



En el Club de Golf de Remuda una rubia que corría desnuda, mientras intentaba taparse como podía, se encuentra con Perry Mason al que le cuenta una extraña historia… Mientras ella se estaba bañando y tomaba el sol de forma "integral" cerca del campo, alguien se aprovechó y le robo, quedándose desnuda y sin nada. Alguien se ha llevado su precioso Cadillac, su remolque y todas sus pertenencias, incluido su precioso diario.

La joven culpa a la policía, que sospecha que ella ha escondido casi medio millón de dólares en algún sitio. Y esos dólares, supuestamente robados, son la causa por la que su padre esté en prisión.

La encantadora joven de cuerpo moreno, jura y jura a quien quiera oírla que tanto ella como su padre son inocentes.

Pero, entonces surgen muchas dudas: ¿Cómo consigue llevar un estilo de vida tranquilo y lujoso si no tiene el dinero? ¿Por qué está tan desesperada por encontrar su diario? ¿Qué otra persona, aparte de la hermosa clienta de Mason, asesinaría a un testigo clave?

En la actuación de Perry Mason ante el tribunal debe tener en cuenta las buenas costumbres y el respeto moral y ético a las modernas modas y costumbres liberales o sociales de cada persona.

Y, como era de esperar, después de reunir prueba tras prueba y atar todos los cabos, al final Perry Mason expone la asombrosa verdad del caso.



Erle Stanley Gardner

El caso del diario de la nudista

Perry Mason - 47

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Sun Bather's Diary*
Erle Stanley Gardner, 1955
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Della Street, secretaria particular de Perry Mason, tapó con una mano el teléfono y preguntó al abogado:

—¿Quieres hablar con una joven a la que han robado?

—¿Qué le han robado?

—Por lo que ella dice, todo.

—¿Por qué recurre a mí en lugar de llamar a la policía?

—Dice que te lo explicará. Parece ser una muchacha distinguida, jefe, y está muy preocupada.

—Bueno, dile que venga. La recibiré.

—Ya le he pedido que lo hiciese, pero me ha contestado que le era imposible. No tiene nada que ponerse.

—¡Caramba, es lo que me falta oír! —dijo Mason riendo—. ¿Cómo se llama?

—Arlene Duvall.

El abogado cogió el aparato y dijo:

—¿Oiga…? Perry Mason al aparato.

—Oh, señor Mason, necesito verle a usted para un asunto de la mayor importancia. Yo… tengo con qué pagarle sus honorarios.

—¿Sí?

—Me han robado.

—Pues bien —dijo Mason, guiñando un ojo a Della Street—, venga a verme, señorita Duvall.

—No puedo, señor Mason. No tengo nada que ponerme.

—¡Oh, mi secretaria y yo somos muy sencillos! Venga tal como está.

—No diría esto si pudiese verme, señor Mason. Estoy completamente desnuda.

—Pues bien, póngase cualquier cosa y venga.

—Pero, señor Mason, le repito que me han robado. Me lo han

quitado todo, mi ropa, mis objetos personales, mi auto, mi vivienda.

—¿Dónde está usted ahora?

—En el *Remuda Golf Club*, junto al hoyo número 14. En este terreno hay una cabina telefónica y le he mentido a la telefonista del club, haciéndome pasar por miembro del *Remuda*. Por el momento, no hay nadie en las cercanías, pero necesito ropa y ayuda.

El interés y la curiosidad del abogado se avivaron:

—¿Por qué no ha llamado a la policía, señorita Duvall?

—No me es posible. Vale más que no intervengan en este asunto. Se lo explicaré a usted cuando le vea. Ahora, si pudiese procurarme alguna ropa, se la pagaría… ¡Es usted mi única esperanza!

—Un momento, un momento, la pongo con mi secretaria.

Della Street hizo algunas preguntas respecto a tallas y números, y después inquirió:

—¿Dónde puedo encontrarla?

—¿No es usted miembro del *Remuda*?

—No, pero el señor Mason sí lo es.

La voz de Arlene expresó un gran alivio:

—Entonces, pídale que le dé una tarjeta de invitación, y sólo le restará disimular la ropa en el fondo de un saco de golf. Vaya directamente al agujero catorce y, no lejos de allí, observará un matorral bastante espeso junto al que transcurre un sendero. No tiene más que gritarme y… ¡Dios mío, ahí llegan unos jugadores! ¡Hasta luego!

Della Street esperó un momento y luego, al cerciorarse de que la comunicación había sido cortada, cogió el aparato al mismo tiempo que Mason dejaba el auricular.

—¡Pobre pequeña! —se apiadó la joven—. Imagino lo que debe ser encontrarse al aire libre, a las once de la mañana, sin… Pero, jefe, ¿qué diablos ha hecho para que se lo hayan robado todo?

—Esto es precisamente lo que me intriga. ¿Vas hacia allá, Della?

—¡Creo que ni tú mismo serías capaz de impedírmelo! —replicó la secretaria con ardor.

—En tal caso, voy a acompañarte… No, no, no te asustes: esperaré en el club mientras tú vuelas en socorro de la desdichada joven —aclaró él, sonriendo.

Capítulo 2

Desde la veranda del club, Mason las vio aproximarse. Eran casi de la misma estatura. Arlene Duvall, un poco más baja que Della Street, andaba con el paso elástico de una deportista.

El abogado se levantó para salir a su encuentro y Della le presentó a su compañera como si se tratase de una vieja amiga. Se dieron un fuerte apretón de manos y los ojos grises de la señorita Duvall sostuvieron la mirada de los de Mason.

—Gracias, señor Mason —dijo—. Gracias por todo.

Tenía el cabello de color rubio ceniza, la tez clara y una piel de brillo sedoso.

—Es a mi secretaria a quien tiene que darle las gracias, y también al cielo, por haberles proporcionado a las dos la misma estatura.

—Ya está hecho —aseguró la joven.

—Así, pues, ¿le han robado su ropa?

—Me lo han robado todo. Tal vez habrá pensado que le había relatado lo sucedido por teléfono sólo para despertar su curiosidad, pero le aseguro que es cierto.

—De todos modos, si hubiese sido usted capaz de inventar un truco así para incitarme a que la escuchase, esto hubiera bastado para despertar en mí el interés y la curiosidad. ¿Qué ha sucedido, exactamente?

—Es una larga historia.

Mason condujo a sus compañeras hasta la veranda, las invitó a sentarse y encargó unas bebidas. Luego dijo:

—Y ahora, cuénteme esta larga historia.

—Hela aquí: vivo en un remolque de camping. Lo había instalado en las cercanías del caminito que atraviesa el terreno de golf, camino que conozco bien y por el que raramente pasa alguien.

Quedaba separada de la carretera por un bosque, y del terreno de golf por unos matorrales que incitaban a los jugadores a marcharse en dirección opuesta. Estaba, pues, muy bien situada para tomar los baños de sol que tanto me gustan.

—¿Qué hace para ganarse la vida? —preguntó Mason.

—De momento, nada. Así, pues, hace tres días que estaba instalada allí, y esta mañana he obrado como de costumbre…

—¿No tenía miedo de pasar la noche sola en el campo?

—No. Al fin y al cabo, ¿dónde puede estarse más seguro que en el interior de un remolque? Una vez se ha cerrado con llave la puerta, nadie puede entrar. E incluso aunque se rompiera el cristal de una de las ventanas, éstas son demasiado pequeñas para que alguien pueda introducirse por ellas.

—Así, pues, esta mañana, ¿ha ido a tomar su baño de sol?

—Sí. Me he dirigido al bosque en traje de baño, para pasearme desnuda por él. Probablemente pensará que estoy loca, porque si nunca ha practicado el desnudismo, no puede conocer el intenso placer que se experimenta al sentir cómo el aire y el sol acarician libremente el cuerpo…

—¿Y qué ha ocurrido después? —interrumpió Mason.

—Pues bien, cuando regresé al sitio en que había dejado mi auto y el remolque ya no estaban allí.

—¿Y la llave de contacto?

—La tenía en este pequeño llavero que sujeto a mi traje de baño, junto con la del remolque. Pero el que desea robar un auto puede prescindir de la llave de contacto, según creo. Basta con unir no sé qué hilos por detrás del tablero de mandos…

—¿Y por qué ha recurrido a mí en vez de dirigirse a la policía?

—¿Me imagina, con la indumentaria que poseía, llamando a la policía y viendo llegar a un auto radio con dos polis decididos a redactar la lista de lo que había sido robado y haciendo un inventario de lo que quedaba? Y, desde luego, la historia hubiese encantado a los periódicos. Me parece estar leyendo los titulares: *Mientras tomaba un baño de sol, lo pierde todo, excepto su sonrisa y su piel bronceada.*

—¿No tenía otros motivos para no haber deseado llamar a la policía? —preguntó suavemente Mason.

Arlene jugueteó un momento con un vaso y luego miró decidida

al abogado:

—Sí —dijo—. Y es que la policía podía bien estar en el fondo de todo esto.

—¿Quiere decir que tal vez la policía le haya robado su auto y su remolque?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero, ¿por qué?

—Para poderlos registrar a gusto.

—¿En busca de qué?

—Probablemente, de mi Diario.

—¿Y por qué la policía se interesa tanto por su Diario?

—Señor Mason, tendrá usted que confiar en mí…

—¿Es que le he pedido algún anticipo?

—No me refería al dinero. Voy a tomar las medidas necesarias para que mañana, a las diez de la mañana, le sea pagado un anticipo. Lo que quería decirle es que deberá creer en mi palabra, ¿sabe quién soy yo?

—Sé que ha manifestado llamarse Arlene Duvall, que debe de tener unos veinte años y que es muy bonita. Me ha dicho que no hace nada para ganarse la vida, que ésta transcurre de manera muy peculiar en un remolque de camping, y que, por algún motivo, teme usted recurrir a sus amigos.

—¿Qué le hace pensar esto?

—¿No es evidente? No hay ni una mujer entre mil que, al encontrarse en su caso, no tuviese un amigo o una amiga susceptible de sacarla del apuro. El hecho de que haya preferido telefonear a un abogado, al que ni siquiera conocía, indica que en su historia hay ciertos detalles que evita contarme.

—Soy la hija de Colton P. Duvall. ¿No le recuerda nada este nombre?

Mason empezó a negar con la cabeza, pero luego se interrumpió:

—Aguarde… No me resulta desconocido. ¿Qué hace su padre?

—Matrículas para automóviles.

—¿Es industrial?

—No. Las fabrica personalmente —contestó la joven, que añadió—: En una cárcel.

—¡Oh! —exclamó Mason.

—Se le acusa de haber robado trescientos noventa y seis mil

setecientos cincuenta y un dólares, con treinta y seis centavos.

—Sí, sí… ¡Ahora me parece recordarlo! En el asunto figuró un Banco, ¿verdad?

—Un Banco, un camión blindado y montones de billetes de Banco.

Mason asintió con la cabeza, mientras contemplaba atentamente a la señorita Duvall.

—Mi padre está condenado a cinco años. La policía supone que ocultó el dinero en algún sitio y, para hacerle hablar, recurren a toda clase de procedimientos de una crueldad refinada. En resumen, oficialmente soy la hija de un ladrón.

—Desearía que me explicara todo el caso.

—Pues bien, mi padre trabajaba en el *Mercantile Secutiry Bank*, que tiene media docena de sucursales en la región, entre ellas, una en Santa Ana. Para realizar distintas operaciones, la casa central envía a menudo ciertas sumas en metálico a las sucursales. El transporte se efectúa por medio de pequeños camiones blindados, especialmente concebidos para tal fin. El día en cuestión, el cargamento era de 396.751 dólares y 36 centavos. Papá en persona envolvió los fajos. Un inspector fue el encargado de vigilar la operación, pero papá era un empleado en quien se confiaba enteramente, y el inspector en cuestión había apostado una fuerte suma por un caballo. Llevaba una pequeña radio portátil y, cuando llegó la hora de la carrera, se puso a la escucha de los resultados. Más tarde dijo que escuchaba, pero que seguía vigilando a mi padre por el rabillo del ojo. Vio cómo papá empaquetaba los billetes y sellaba el paquete con lacre. Papá grabó su propio sello en el lacre y también lo hizo el inspector.

—¿Y luego? —la apremió Mason.

—Entonces, diez minutos más tarde, llegó el conductor del camión y firmó un recibo del cargamento.

—¿Cuándo fue entregado éste en la agencia de Santa Ana?

—Alrededor de una hora y media más tarde. Como el paquete parecía conforme y los sellos estaban intactos, el cajero de Santa Ana firmó el recibo, pero pidió al chófer que esperara porque tenía un montón de documentos que había que llevar a la Central.

—¿Y qué?

—Unos minutos más tarde regresó corriendo el cajero y dijo que

debía haberse producido una confusión de paquetes, porque el que acababa de recibir sólo contenía cheques anulados.

—¿Y esos cheques…?

—Procedían todos del mismo archivador, el que está marcado «AA-CZ».

—¿Dónde está ese archivador?

—En la central, en los Angeles, al lado de la habitación donde se preparan los envíos de dinero. Con toda evidencia, el dinero había sido extraído de la caja y sustituido por cheques tomados del archivador, después la caja había sido envuelta y sellada.

—¿Y piensan que su padre es el culpable?

Arlene Duvall asintió:

—Sí. Tenía ese dinero bajo su custodia, ¿no es cierto? Y el inspector, que a consecuencia de ello perdió su empleo, no hubiese podido efectuar la sustitución sin que mi padre lo notara. Por lo general, lo contrario también es cierto, pero aquel día el inspector estaba ocupado en este asunto de las carreras y escuchaba la radio.

—¿Y el hombre que conducía el camión?

—Queda descartado. El paquete fue entregado con los sellos intactos.

—¿Cuántas personas iban en el camión?

—Sólo una: el conductor. Como ya le he dicho, esos camiones han sido especialmente diseñados para esta clase de transportes y son una maravilla en su género. El chófer avisa cuando está dispuesto a emprender la marcha. El camión está detenido en un patio especial, en la parte posterior del Banco. Dos guardianes armados se aseguran de que no hay ningún auto ni persona sospechosa por las cercanías, y después abren la puerta que comunica el patio con la calle. El cargamento va en el interior de un compartimiento cerrado del camión.

—¿Es el chófer quien lo guarda?

—No, éste no toca el paquete. Sólo está para conducir el camión. Es alguien del Banco quien se ocupa de lo demás. En esa ocasión, fue papá.

—¿Y a la llegada?

—Se realizan las mismas operaciones, en sentido inverso. Se anuncia la llegada del camión. El chófer se detiene en el aparcamiento reservado y espera al volante hasta que dos

guardianes armados salen a la acera. Entonces se apea y abre la puerta del camión, y, seguidamente, el representante del Banco abre el compartimiento con su propia llave y se lleva el dinero a la caja.

—¿El conductor no tiene una llave del compartimiento interior?

La joven negó con la cabeza.

—Y, puede creerme, se trata de una cerradura muy complicada que no puede abrirse sin llave.

—Me parece —dijo Mason— que el representante del Banco, desde el momento en que tomó a su cargo el paquete, tenía, por lo menos, las mismas posibilidades que su padre de efectuar la sustitución, porque es evidente que los sellos habían sido rotos cuando acudió a declarar que había habido una confusión de paquetes.

—Sí, pero aún hay otra cosa.

—Me lo figuraba. Prosiga.

—Ahora viene lo más lamentable de la historia: papá tenía en su poder varios de los billetes robados.

—¿Cómo lo supieron?

—Por una coincidencia. Uno de los clientes de la central había sido víctima de una tentativa de chantaje. Le exigían cinco mil dólares. Se había puesto en contacto con la policía y ésta pidió al Banco que preparase cierta cantidad en billetes cuyos números hubiesen sido anotados. Después, los planes del chantajista debieron de variar o tal vez se enteró de que su víctima había avisado a la policía; sea como fuere, no acudió a buscar el dinero. El cliente guardó aquellos cinco mil dólares durante otra semana y, después, no queriendo guardar por más tiempo una suma así en su casa, la volvió a llevar al Banco. Era el momento en que se preparaba el famoso envío de fondos a la sucursal de Santa Ana. El cajero apartó aquellos cinco mil dólares, una vez verificados, y fueron incluidos en el envío. A lo que parece, nadie sabía nada de ello, exceptuando el cajero y el jefe de contabilidad. Después de la desaparición del dinero, el cajero informó a la policía, y los investigadores se abstuvieron de decir ni una palabra más sobre aquello. La policía colocó en cada Banco a personas de su confianza para que anotaran los números de todos los billetes de veinte dólares que ingresaran en Caja. Fue un trabajo gigantesco, pero que acabó por dar sus frutos. Cada día, los números anotados eran transmitidos a un

hombre del F. B. I. que era el único que poseía la lista de los billetes robados. El dueño de un garaje realizó un depósito en el que había uno de éstos. La policía fue inmediatamente a preguntarle si recordaba quién le había entregado aquel billete. Al hombre le fue muy fácil acordarse porque una de las esquinas del billete estaba rota y este detalle le había llamado la atención. Aquellos veinte dólares le habían sido entregados por papá en pago de la compra de un neumático nuevo.

—¿Y qué?

—Interrogado a su vez, papá declaró que, por lo que él podía decir, aquel billete llevaba más de una semana en su cartera. Presentó inmediatamente su cartera a la policía, y ésta descubrió en ella otros dos billetes robados. Después, todas las negativas de papá no sirvieron de nada, y el jurado compartió la opinión de la policía.

—Pero ¿usted sigue creyendo en la inocencia de su padre?

—Yo *sé* que es inocente.

—¿Y cuál es la situación en este momento?

—Papá está en la cárcel para cumplir una primera condena de cinco años, pero ellos se las han arreglado para que la inculpación inicial se convierta en una bola de nieve, y otras condenas se han sucedido.

Y no cesan de decirle: «Indique a la policía dónde ha ocultado el dinero y saldrá en libertad condicional. De lo contrario, no imagine que podrá alguna vez aprovecharse de la pasta, porque si no habla permanecerá en la cárcel hasta el fin de sus días».

—Sí —dijo Mason—, se comprende bastante bien esta actitud.

—Después han empezado a ir detrás de mí, pensando, probablemente, que papá podría haberme indicado el famoso escondrijo. Al principio quise conservar mi empleo, pero me han complicado la existencia de tal modo, que he preferido dejar de trabajar y consagrarme por entero a la rehabilitación de papá, dedicándome a la búsqueda del autor del robo.

—Pero, ¿de qué vive usted?

—Este es el momento, señor Mason, en que deberá usted creer en mi palabra. Un… amigo financia mis investigaciones.

—¿Cómo es que me ha telefoneado a mí al serle robado el auto y el remolque?

—Porque usted es uno de los más famosos abogados de la

región, y desde hacía varios días tenía el propósito de solicitarle una entrevista. Señor Mason, mañana, antes de las diez, estaré en su despacho y le entregaré mil quinientos dólares a cuenta de sus honorarios.

—¿Y qué espera de mí? —preguntó el abogado acariciándose la barbilla.

—Que inicie inmediatamente las investigaciones necesarias para encontrar mi remolque antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y cuándo será demasiado tarde?

—Cuando ciertas cosas hayan sido descubiertas por los ladrones… en especial mi Diario.

—¿Su Diario está oculto en el remolque?

—Sí… y también otras cosas.

—¿Billetes de Banco?

—¡No sea ridículo!

—Señorita Duvall, ha de saber que no nací ayer y puedo decirle que, en este caso, la persona que le ha robado su remolque literalmente lo despedazará para encontrar lo que busca.

—No estoy tan segura.

—¿Por qué?

—Porque he tenido la precaución de llevar otro Diario, y colocarlo en un sitio más fácil de encontrar.

—Explíquese.

—En mi Diario secreto he consignado todo lo que he descubierto, de modo que, si me ocurriese algo, papá no pierda el beneficio de los resultados que he podido obtener.

—¿Qué resultados?

—Ahora no quiero decírselos.

—¿Por qué?

—Porque desconfía usted. Quiero estar segura de que confía en mí antes de tomarle por confidente.

—Escuche, señorita Duvall, hay que ser razonables. Su padre estaba empleado en un Banco. Cerca de cuatrocientos mil dólares desaparecen de dicho Banco. Tras de lo cual su padre ha ido a la cárcel y usted ha dejado de trabajar. Ahora bien, usted acaba de comprarse un auto y un remolque, lleva una vida ociosa. Además, me anuncia que mañana por la mañana va a entregarme un anticipo de mil quinientos dólares. Estos son los hechos, ¿no es así?

—Sí, y usted debe pensar que papá había escondido el dinero robado y que ahora está en mi poder, lo que me permite vivir sin hacer nada. No puedo impedirle que piense esto. Pero sea razonable usted también. Probablemente no aceptaría usted trabajar para mí si yo no le entregase un anticipo, y, sin embargo, cuando le prometo mil quinientos dólares para mañana, siente usted recelos. ¿Quiere confiar en mí durante una veintena de horas, y comenzar inmediatamente las investigaciones?

Mason empezó a tamborilear sobre la mesa, en tanto que la joven le miraba con fijeza.

—¿Tiene algo especial ese remolque?

—Es un Heliar, modelo del año pasado. No hay muchos en circulación. Si telefonea a la fábrica le darán la descripción precisa.

—¿Y de qué marca es el auto?

—*Cadillac*.

—Está usted bien equipada, ¿eh?

—Si se tiene un remolque, hace falta un auto capaz de remolcarlo a una buena marcha.

—¿Y quiere hacerme creer que la policía, el fisco, etcétera, no la han ametrallado a preguntas en cuanto a la procedencia del capital?

—Oh, no han dejado de hacerlo. Pero, por ahora, se han detenido.

—Cuando menos, eso piensa usted.

—No. Estoy segura de que no han renunciado a ocuparse de mí, porque si entro a comprar algo en un colmado, treinta segundos después alguien le dice unas palabritas a la cajera, pidiéndole que aparte el billete con el que pagué. Desde luego, para comprobar si su número figura entre los que tienen anotados la policía. Pero ya no me hacen preguntas.

Bruscamente, Mason se decidió:

—Entendidos. Cuento con verla mañana por la mañana a las diez, en mi despacho, con mil quinientos dólares.

—Trataré incluso de estar allí a las nueve y media.

—Voy a ponerme a buscar su remolque porque quiero descubrir el final de esta historia. De todos modos, entendámonos bien.

—¿Sí?

—Si ha sido usted franca conmigo, haré cuanto me sea posible en su favor. Pero si descubro que su padre ha ocultado la pasta y

que usted está echando mano de ella, la denunciaré a la policía; en cuyo caso, una recompensa me indemnizará de los gastos que haya hecho.

Arlene sonrió con cierto aire enigmático.

—Me parece bastante equitativo —dijo, alargando al abogado su firme mano de deportista.

Mason la estrechó y dijo a Della Street:

—Telefonea a Paul. Nos espera mucho trabajo.

Capítulo 3

Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake, entró en el despacho de Perry Mason, situado en el mismo edificio y en la misma planta que el suyo. Eran cerca de las cinco de la tarde y el detective tenía un puñado de informes en la mano.

—Hola, pequeños —dijo a Mason y a Della Street—. Tengo noticias sobre vuestro remolque.

—¡Te has movido aprisa! —observó el abogado.

—¿No es lo que siempre me pides?

Drake, según su costumbre, se dejó caer en un sillón, con la espalda apoyada en uno de los brazos y las piernas por encima del otro:

—Uno de los ladrones —empezó a decir— es un tal Thomas Sackett, que ocupa un apartamento en el 3921 de Mitner Avenue. Nadie parece saber gran cosa a su respecto. Pasa por buscador de oro y, en tal calidad, sale a menudo en jeep, con la tienda y todo el equipo, por una decena de días. Tras de lo cual regresa a su domicilio y vuelve a convertirse en ciudadano normal durante cierto tiempo.

—En tal caso —dijo Mason guiñando un ojo a Della Street—, si ha robado el remolque tal vez sea para poderse entregar a sus prospecciones con más comodidad.

Drake meneó la cabeza:

—El remolque está actualmente en depósito en *La dicha del excursionista*, para ser vendido de ocasión. El precio fijado por Sackett es de 2.895 dólares. El dueño calcula que a dos mil quinientos hubiese podido encontrar comprador. Dicho sea de paso, Sackett no le ha dado su verdadero nombre, sino el de Howard Prim. Uno de mis hombres ha visitado el remolque, fingiendo que era un comprador eventual. Aparentemente está intacto, pero se ha

sacado de él todo lo que es posible sacar. Camas, vajilla, provisiones, utensilios de cocina, etc. Está de nuevo, exactamente, como cuando salió de la fábrica.

—¡No han perdido el tiempo! —comentó Mason—. Pero para haberle encontrado tan rápidamente la pista, es preciso que estés muy bien organizado, Paul.

—Gracias a estarlo puedo contarte entre mis clientes, Perry. Hemos telefoneado a todos los garajes, campamentos turísticos, estaciones de gasolina, etc., en un radio de cincuenta kilómetros, porque con el tránsito actual, en dos horas los ladrones no habían podido llevarse muy lejos un auto con un remolque así. En resumen, cuando telefoneamos a *La dicha del excursionista*, un tal Prim acababa justamente de dejarles un Heliar para su venta. Como ni siquiera le habían cambiado la matrícula, en seguida hemos sabido que nuestras investigaciones habían llegado a buen fin.

»Hemos podido obtener la descripción de Prim, así como su domicilio, el cual, desde luego, era falso. Pero el dueño de *La dicha* es hombre prudente. Por si acaso, había anotado la matrícula del jeep, con cuya ayuda Prim remolcaba el vehículo. Gracias a este número hemos podido averiguar que el sujeto se llamaba en realidad Sackett, que vivía en el 3921 del Mitner Avenue, y obtener los informes que acabo de comunicarte. La descripción, la edad, el modo de andar, cojeando ligeramente, todo concuerda.

—¿Y el *Cadillac*? —preguntó Mason.

—El *Cadillac* no lo hemos encontrado y probablemente no lo encontraremos sin ayuda de la policía. Un *Cadillac* no es como un remolque; puede ir aprisa y muy lejos y ser abandonado en cualquier sitio.

—De todos modos, Paul, has hecho una labor excelente y nos has facilitado una pista preciosa. Della, ¿cómo podemos comunicarnos con nuestra cliente?

—Por intermedio de un tal doctor Holman B. Candler, cuyo número de teléfono nos ha dejado ella, diciendo que era un amigo en quien confiaba plenamente y a quien podíamos acudir si necesitábamos comunicarnos con ella antes de mañana por la mañana.

—¿Has dejado a alguien para que vigile el remolque, Paul?

—Sí, a dos de mis hombres. Precisamente iba a preguntarte qué

es lo que debíamos hacer si el fulano regresa a buscarlo.

—Por el momento no tengo ni la menor idea. Della, telefonea a este doctor Candler.

La secretaria obedeció y, unos momentos después, pasaba la comunicación a su jefe.

—¿Doctor Candler? Aquí Perry Mason. Necesitaría hablar urgentemente con la señorita Arlene Duvall, quien me ha dicho que podría localizarla por mediación de usted.

—Sí, efectivamente.

—Quisiera hacerle saber que nos hemos puesto a trabajar en seguida en su asunto, y que acabamos de obtener un resultado parcial.

—¿Es en relación con el remolque?

—Sí.

—¿No lo habrá encontrado ya?

—Sí. Está a la venta, en una tienda, pero ha sido desprovisto de todo lo que contenía de carácter personal: ropa, vajilla, etc. Creo que es conveniente que la señorita Duvall tenga esta información lo antes posible, y si me hace el favor de decirme dónde puedo encontrarla le preguntaré cuáles son sus instrucciones al respecto.

—Lamento no poderle indicar una dirección —contestó prudentemente el doctor Candler—, pero trataré de hacerle llegar el mensaje. ¿Se quedará aún un rato en su despacho, señor Mason?

—Sí, durante una media hora, aproximadamente.

—Perfecto. Si puedo hablarle, ella le llamará antes de que usted se marche.

—Gracias —dijo Mason al tiempo que colgaba. Y luego añadió, dirigiéndose a su secretaria, que había escuchado la conversación desde el otro aparato—: El individuo es receloso, pero no podemos criticarle por ello, ¿qué le demuestra que yo no soy un policía que me hago pasar por Perry Mason, el abogado?

—Sí, comprendo. Al hacer que la pequeña te telefonee, desbarata cualquier jugarreta de este género. Como Gertie estará a punto de marcharse, voy a controlar la centralita para que las comunicaciones lleguen inmediatamente hasta aquí.

Mientras la joven salía a la sala de espera, Mason dijo a Drake:

—Paul, vigílame a ese Thomas Sackett, de día y de noche, pero utiliza a uno de tus mejores sabuesos, para que nuestro hombre no

sospeche nada. Después obtenme, lo más rápidamente posible, informes relativos a un robo de cerca de cuatrocientos mil dólares que se cometió a costa del *Mercantile Security Bank*…

—¡Ya lo tengo! —exclamó el detective, chasqueando los dedos —. Duvall… es el tipo que fue condenado por este asunto. ¿Tu cliente es su esposa?

—Su hija.

—¡Diablos!

Apenas acababa Della Street de regresar a su despacho cuando el teléfono empezó a sonar. Descolgó el aparato en el acto y asintió con la cabeza mientras miraba a Perry Mason:

—Sí, señorita Duvall, en seguida hablará con usted. No se retire.

A diferencia del doctor Candler, la joven no trataba, en absoluto, de disimular la excitación que le había producido la noticia:

—¡Oh, señor Mason! ¿Es exacto lo que me ha dicho el doctor Candler? ¿Ha encontrado el remolque?

—Sí, señorita Duvall. Está en depósito en *La dicha del excursionista*, para su venta.

—¡En *La dicha del excursionista*!

—Sí, es un establecimiento especializado que…

—¡Pero si lo conozco! ¡Justamente fue allí donde compré el remolque!

—¿Cuánto tiempo hace?

—Unos seis meses. Dígame, ¿está en buenas condiciones?

—No ha quedado ningún objeto personal en él.

—No, no. No es eso lo que quiero decir. ¿Han deteriorado en algún punto las paredes interiores?

—En apariencia, no.

—Señor Mason, es absolutamente preciso que vaya a ver, en seguida, lo que hay. ¿Puede reunirse conmigo allí?

—¿Tiene algún medio de demostrar que ese remolque le pertenece? Un certificado de matriculación o…

—No, señor Mason, nada. Sabe bien cómo estaba yo cuando me lo robaron. Sólo tengo la llave, eso es todo.

—En fin, si compró usted allí el remolque y el vendedor la reconoce… Nos encontraremos allí. Salgo en seguida.

El abogado colgó el aparato y dijo a Paul Drake:

—Paul, de momento no voy a decir ni pío sobre lo que me has

explicado en relación con la verdadera identidad de Prim. Este es uno de esos casos en que resulta preferible no comunicar al cliente todos los informes.

—Por lo que a mí respecta, tú eres el cliente, y sólo a ti transmito mis informes. Por lo tanto, puedes actuar como te parezca.

Mason empujó hacia atrás su sillón y se levantó.

—Que tus dos hombres sigan vigilando el remolque, a donde quiera que vaya, pues, teniendo en cuenta que lo compró allí, creo que la pequeña podrá conseguir que se lo devuelvan sin demasiada dificultad.

—Es curioso que el ladrón lo haya llevado precisamente allí…

—Una coincidencia… Por lo demás, creo que *La dicha del excursionista* es uno de los mayores establecimientos especializados.

—Pero no deja de ser curioso —dijo Drake, separándose del sillón—. Si me necesitas, estaré en mi despacho hasta las diez.

—Imagino —decía Mason mientras conducía— lo que pueden pensar los investigadores al ver a la hija del sujeto que pretende ser inocente, en posesión de un *Cadillac*, de un remolque de gran lujo, y gastando a manos llenas, pese a que no trabaja.

—En realidad, es como si quisiera conservar a su padre en la cárcel, en lugar de esforzarse en sacarlo —reconoció, a su pesar, Della Street.

—Por otra parte, puede constituir una especie de cebo.

—¿Cómo es eso?

—Duvall está en la cárcel y, pese a todas las promesas que se le han hecho, permanece con la boca cerrada en lo referente al escondrijo de la pasta. Entonces su hija empieza a llevar un tren de vida sensacional. Tal vez los investigadores hayan pensado: «Ahora es Arlene la que parece poseer el dinero. ¿Habrá descubierto el escondrijo a espaldas de su padre? Si soltamos a éste y lo sometemos a una estrecha vigilancia, tal vez llegaremos a descubrir una parte de ese dinero que la pequeña está gastando, sin que tengamos posibilidad de impedírselo».

Della Street, permaneció pensativa un momento. Después dijo:

—Así, pues, tal vez se esté jugando una partida muy disputada.

—Sí.

—Si fuese así, ¿cuál sería exactamente tu papel en ella?

—El de un peón.
—¿Al que se puede sacrificar?
—Exactamente.
—Entonces, sé prudente.
—Esa es mi intención.
Al llegar a *La dicha del excursionista*, Mason aparcó su auto en una calle adyacente, en donde una larga hilera de remolques estaba expuesta a los probables compradores. Un vendedor se les acercó inmediatamente.
—¿Buscan ustedes un remolque de camping? Los tenemos a partir de…
—Quisiéramos ver al gerente.
—Entonces, por aquí.
Mientras el vendedor les indicaba el camino, Mason preguntó:
—¿Tienes un bloc y un lápiz, Della?
—Sólo los suelto para bañarme.
—Es posible que Arlene Duvall llegue en taxi, pero si lo hace en un auto particular, tanto si conduce como si no, anota la matrícula.
El vendedor se detuvo ante un pequeño pabellón:
—El despacho está aquí. Dentro encontrarán al señor Hartsel.
—Gracias —dijo el abogado, abriendo la puerta y apartándose para dejar pasar a Della Street.
Jim Hartsel, que tenía cuerpo de luchador y mirada de subastador, les echó una rápida ojeada y en seguida dijo:
—¡Buenas tardes, buenas tardes! ¿Qué es lo que va mal?
—¿Lo que va mal? —repitió Mason, sorprendido.
—¡Claro! —dijo el otro con sonrisa contagiosa—. Cuando unos clientes acaban de decidirse a comprar un remolque, irradian satisfacción al imaginarse ya en la carretera, jugando a los bohemios. Pero cuando tienen ese aire determinado de ustedes, es que algo va mal. ¿Qué sucede? ¿Uno de nuestros remolques ha resultado defectuoso?
—No —dijo Mason sonriendo—. Soy Perry Mason.
—¿El abogado? Entonces, ¿usted es seguramente la señorita Della Street? ¡Encantado de conocerlos! —exclamó Hartsel en tanto que intercambiaban apretones de manos—. Siéntense y cuénteme lo que les trae por aquí. ¿He violado alguna ley?
—¿Conoce a una tal Arlene Duvall?

—Duvall… Duvall… Aguarde… Oh, sí —dijo Hartsel, cuyo rostro se iluminó—. Una muchacha encantadora que me compró un Heliar y lo pagó al contado.

—¿Qué entiende por «al contado»? ¿Un cheque o…?

—No, no, en especias. Hermosos billetes de cien dólares.

—¿No sabe nada de ella?

—Caramba, cuando un cliente compra un remolque y paga así, miel sobre hojuelas; ¡y no nos preocupamos de sus antecedentes! ¿Qué ocurre? ¿Había, tal vez, robado un Banco?

Mason estuvo a punto de decirle algo, pero cambió de idea y contentóse con declarar:

—El remolque Heliar que le vendió usted, le ha sido robado.

—¡Válgame Dios! ¿Lo tenía asegurado, por lo menos?

—Lo ignoro. Lo que me interesa es recuperar el remolque.

—Bien. ¿Y qué puedo hacer por usted?

—Devolvérmelo. No, no —añadió vivamente el abogado al ver que la sonrisa desaparecía del rostro de su interlocutor—. No insinúo que lo haya robado usted. Simplemente, le han encargado que lo venda.

—Ah, ¿de modo que es el Heliar sobre el cual me han telefoneado antes? Ha sido un tal Prim el que lo ha traído. Me ha dejado una dirección y un teléfono, pero, además, he anotado la matrícula de su jeep.

—Cuyo jeep pudo muy bien serle prestado por un amigo — observó Mason.

—¿Quiere ver el remolque?

—Sí —dijo Mason—, pero esperaremos a su propietaria, que debe reunirse aquí con nosotros.

—Está bien. Señor Mason, no dudo de su palabra, porque conozco su reputación. Pero voy a comprobar este. Tengo la ficha del fabricante, con el número del chasis…

Atravesó el despacho y fue a sacar una carpeta de un archivador. Estaba hojeándola cuando la puerta se abrió dando paso a Arlene Duvall.

—¡Señorita Duvall! —exclamó Hartsel con expresión radiante—. ¿Cómo está usted?

—No del todo mal, gracias —contestó la joven mientras le estrechaba la mano.

—El señor Mason me hablaba precisamente de su remolque, señorita Duvall.

—Sí, me lo han robado.

—Y, según parece, lo tengo en mi poder.

—Es lo que el señor Mason me ha dicho.

—Me gustaría saber por qué el señor Mason se ha encargado de buscarlo.

—Porque la señorita Duvall me ha pagado para que lo haga.

—¿Y no se ha avisado a la policía?

Arlene meneó la cabeza. Hartsel pareció vacilar, y después dijo:

—Bueno, vamos a verlo. En seguida podré decirle si es el mismo.

Un momento más tarde, después de que el pequeño grupo hubo desfilado ante un gran surtido de automóviles, Hartsel declaró:

—Helo aquí.

—¿Está cerrado con llave? —preguntó Mason.

—Oh, sí. Siempre tenemos cerrados los remolques que se nos confían en depósito.

—Voy a abrirlo —dijo inmediatamente Arlene Duvall sacando su llave.

Así que estuco abierta la puerta, la joven se precipitó en el interior del vehículo, sin tratar de disimular su ansiedad.

—¡Es el mío, desde luego! —declaró al cabo de unos segundos.

—Vamos a asegurarnos —dijo con calma Hartsel.

Localizó un número junto a la puerta, lo comparó con el que había anotado en su agenda, fue a abrir un armario, iluminó el interior con el rayo de su lamparita de bolsillo, hasta que descubrió otro número grabado en el metal y declaró:

—Sí, los números concuerdan.

—Aparte de los números —dijo Mason a su cliente—, ¿conoce otras particularidades que le permitan identificar este objeto?

—Sí. En este armarito que hay junto a la cama y que sirve de mesilla de noche, volqué una botella de tinta y nunca he podido borrar por completo la mancha.

Hartsel levantó el espejo que formaba la tapadera del armarito en cuestión y dijo:

—Exacto.

Después preguntó a Mason y a Della Street, que se habían acercado para ver la mancha:

—¿Cuándo tuvo lugar el robo?

—Esta mañana.

—¡Caramba, se han dado prisa en llevarse todo lo que había dentro! —dijo Hartsel, lanzando un silbido admirativo.

Arlene Duvall asintió con la cabeza.

—¿Qué haremos ahora? —prosiguió el comerciante—. ¿Han avisado a la policía?

—No.

—Entonces, dése prisa en hacerlo.

—¿Por qué? —inquirió fríamente Mason.

—Pues bien, supongan que ese Prim regresa a preguntar por su remolque y yo le contesto: «Lo he devuelto a la señorita Duvall, a quien se lo habían robado». El sujeto puede armar jaleo.

—Me sorprendería. De todos modos, usted sabe bien que este remolque pertenece a la señorita Duvall.

—¡Perdón! Sé que se lo vendí. Pero supongamos que Prim me dice que él se lo compró. ¿Se da cuenta en qué situación me encontraría? ¡No me interesa!

—¿Y si yo, en mi calidad de abogado de la señorita Duvall le declarase que está en posesión de un objeto robado?

—No me preocuparía lo más mínimo. Le contestaría que fuese a hacer valer sus derechos ante un tribunal. Después de todo, sólo les pido que avisen a la policía, lo que es muy lógico cuando ha habido un robo.

—La señorita Duvall no quiere que se haga publicidad sobre el asunto.

—Se imagina que el robo de un remolque puede interesar a los periodistas…

—No, por lo general, no. Pero resulta que la señorita Duvall estaba tomando un baño de sol cuando se lo robaron, y éste es un detalle que seguramente interesará a los periodistas.

—Lo siento por ella, pero no es culpa mía.

—Bueno —dijo Mason—, olvidemos que este remolque ha sido robado, señor Hartsel. Se lo compro. ¿Cuánto piden por él?

—2.895 dólares. En mi opinión, es un poco caro, y si quiere hacer una contraproposición…

—No, no. Me lo quedo al precio indicado. Telefonee a su cliente y dígale que venga con los documentos de matriculación.

—¡Entendido! —dijo Hartsel—. Venga a mi despacho. Voy a telefonearle.

Salieron todos del remolque, cuya puerta cerró con llave Arlene Duvall. Habían recorrido una docena de metros cuando Della Street, que observaba a la joven le dijo:

—¿No llevaba usted un bolso, señorita Duvall?

—¡Oh, Dios mío, sí! Lo he dejado sobre la cama al mirar en el armarito… ¡Voy a buscarlo!

Dio media vuelta y corrió hacia el remolque.

—¡Qué zancada más ágil! —apreció Hartsel, siguiéndola admirado con la vista—. ¡Esta sí que es una verdadera deportista!

Como permanecía inmóvil, Mason sugirió:

—Vamos a telefonear a ese sujeto, y terminemos con esta historia…

—Prefiero asegurarme de que cierra bien la puerta —replicó el comerciante—. Soy el responsable, compréndalo. Esperemos a que regrese.

Mason encendió un cigarrillo y aguardaron.

—¡Caramba, pues sí que necesita tiempo! —exclamó Hartsel al cabo de un momento.

—Tal vez haya olvidado el bolso en uno de los armarios, en lugar de encima de la cama —dijo Della Street.

Bruscamente, Hartsel empezó a andar con paso rápido en dirección al remolque y los otros dos se precipitaron en su seguimiento. Llegaban casi al objetivo cuando se abrió la puerta para dejar paso a Arlene.

—Empezábamos a pensar que se había perdido usted junto con su bolso —le dijo el comerciante, muy serio.

Ella le dirigió una mirada llena de candor.

—¡Oh, cuánto lo siento! No sabía que me estuvieran esperando. Pero, por casualidad, me he mirado en el espejo y he quedado horrorizada. ¡Ya era hora de que me retocase el maquillaje!

Tranquilizado, Hartsel dijo:

—¡Todas son iguales! Cuando una mujer visita un remolque, empieza por inspeccionar la cocina, luego se planta ante un espejo y saca la polvera. Dicho esto, para que no haya error posible, cierro personalmente la puerta con *mi* llave.

—¿Es una llave que le ha entregado Prim?

—Desde luego. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada!

—Aguarde… ¡No había pensado en esto! Si ha robado el remolque, ¿cómo puede tener la llave? Los Heliar están construidos con mucho cuidado y las llaves no son intercambiables.

—Lo mejor será que pregunte a su cliente de dónde ha sacado esta llave, puesto que la señorita Duvall también tiene otra.

—Sí, es cierto.

Momentos después, Hartsel marcaba un número en su aparato telefónico y decía:

—¿Oiga? Quisiera hablar con el señor Prim. De parte del señor Hartsel, director de *La dicha del excursionista*.

El teléfono produjo unos sonidos nasales y Hartsel prosiguió:

—Pero si él mismo me ha dado este número… ¿No vive ahí? ¿Howard Prim? ¿No le conoce? Bueno, bueno, lo siento, discúlpeme…

Mientras colgaba el aparato, el comerciante dijo:

—El fulano está furioso. Me ha declarado que ya era la segunda vez en esta tarde que le telefoneaban preguntando por ese Howard Prim del que nunca ha oído hablar. Sin embargo, ha sido el propio Prim quien ha anotado el número en esta tarjeta, junto con su dirección… ¡Fíjese!

—Tengo la impresión —dijo Mason, después de lanzar una ojeada a la tarjeta— de que esa calle es muy corta y no contiene tantos edificios.

Hartsel frunció el ceño, cogió una guía de la ciudad, que hojeó rápidamente y después la arrojó sobre su mesa mientras decía a Mason:

—Muy bien, usted gana. Puesto que me dice que este remolque ha sido robado, le creo. Pero deseo que me firme un recibo para librarme de toda responsabilidad; un recibo estipulando que se compromete usted…

—Redáctelo usted mismo —le interrumpió Mason— y yo lo firmaré.

—¿Cuándo quiere llevarse el remolque?

—Ahora mismo —repuso Arlene Duvall.

—¡Pero si creía que también le habían robado el auto…!

—Sí, pero he traído otro, equipado para arrastrar remolques.

—Bueno, entonces prepararé el recibo.

Hartsel escribió durante varios minutos, deteniéndose de vez en cuando para meditar una frase, y finalmente alargó el papel a Mason:

—A ver si es capaz de firmar esto. Siempre he oído decir que los abogados nunca firman un documento sin haberle modificado, más o menos, el sentido.

—Pues bien… —replicó Mason, al tiempo que sacaba su estilográfica—, le firmo este recibo sin leerlo siquiera.

Y así lo hizo, con gran estupefacción del comerciante.

—He firmado —prosiguió el abogado—, pero siempre procuro tener una copia de lo que firmo. Della, copia esto en tu bloc.

Alargó la hoja a su secretaria, quien taquigrafió el texto, y después lo echó sobre la mesa, ante Hartsel.

—¡Vaya! —exclamó Hartsel que no salía de su asombro—. Un abogado que firma algo sin haberlo leído. Creía que recomendaría usted a sus clientes que nunca hiciesen tal cosa.

—En efecto.

—¡Es sorprendente a más no poder!

—Mi querido señor Hartsel —dijo sonriendo el abogado—, no he leído el recibo *antes* de firmarlo, pero lo he leído *después*, cuando lo he mostrado a mi secretaria para que lo copie.

—¿Quiere decir que si no se hubiere ajustado a sus deseos no me lo habría devuelto?

—No sólo no se lo habría devuelto, sino que lo hubiese roto.

Un momento más tarde, en tanto que un mecánico se cuidaba de enganchar el remolque al auto de Arlene Duvall y de efectuar las conexiones eléctricas, Mason preguntó a su cliente:

—Y ahora, ¿cuáles son sus proyectos?

—Deseo que se ocupe de mis asuntos y de los de papá. Este principio me parece muy prometedor. Prosiga, se lo ruego.

—Quizá no siempre le gusten mis métodos.

—¿Por qué?

—Porque ante todo sirvo a la justicia, y si su padre es culpable…

—No lo es.

—Bien. En todo caso, ya está avisada. Pero, dígame, ¿ya no hay ni ropa de cama, ni manteles, ni ninguna otra cosa en este remolque?

—Por desdicha, así es.

—Y, sin embargo, ¿tiene la intención de pasar la noche en él?

—Sí.

—¿Cuándo la veré de nuevo?

—Mañana por la mañana, a las nueve y media, cuando le lleve los mil quinientos dólares. ¡Y gracias otra vez!

—Si debo representarla, necesitaré gran cantidad de informes.

—¿Sobre mí?

—Sobre usted y sobre otros. Tendré que contratar detectives.

—Adelante, contrátelos.

—Y tal vez resulte bastante caro.

Ella sostuvo, tranquilamente, la mirada de Perry Mason:

—Señor Mason, acepta usted ocuparse de nosotros, le autorizo a que haga cuanto considere necesario, sin preocuparse por los gastos.

—Recurriré a los servicios de la Agencia de Detectives Drake, como tengo por costumbre. Por mediación de ella hemos encontrado su remolque.

—Perfecto.

—¿Qué límite fija usted a los gastos que pueda efectuar?

—No existe límite —repuso ella seriamente—. Y ahora —añadió, ofreciendo al abogado su mano bronceada—, no vale la pena que espere usted por más tiempo.

Mason le dijo, no sin cierto malhumor:

—Acuérdese de lo que le he dicho, señorita Duvall. Se ha prometido una fuerte recompensa para quien encuentre el dinero robado. Si me ha mentido, no vacilaré en cobrarme de esta manera.

—No lo dudo.

El mecánico se acercó a la portezuela:

—Ya está, señorita. Puede utilizarlo.

Arlene sonrió al abogado.

—Adiós, señor Mason. Hasta mañana.

Capítulo 4

No eran aún las nueve cuando Mason y Della Street entraron en el despacho de Paul Drake.

—A juzgar por vuestros satisfechos semblantes —dijo el detective que estaba administrándose una dosis de bicarbonato—, por lo menos para vosotros la vida es un encanto.

—¿Para ti no? —preguntó el abogado.

—Mi vida consiste en permanecer aquí, junto a este teléfono para dar instrucciones a mis hombres, vigilar lo que hacen, corregir sus errores, pensar en lugar de ellos, comprobar sus informes, discutir con los clientes, comer de cualquier modo en una cafetería y regresar al galope para enterarme de lo que ha sucedido durante los pocos minutos que he estado ausente. ¿A esto se le puede llamar vida?

—Trabajas demasiado, Paul.

—Es cierto, pero no puedo hacer otra cosa.

—¿Qué hay de nuevo en relación con nuestra pequeña naturista?

—Al volante de un auto que ha alquilado, arrastrando el remolque, se ha dirigido a uno de esos grandes comercios donde puede comprarse cualquier cosa, y que tienen un inmenso lugar de aparcamiento para los autos de sus clientes.

—¿No han tenido tus hombres dificultad en seguirla?

—Bueno, formábamos una verdadera procesión.

—¿De modo que había otros?

Drake asintió.

—¿Y qué ha hecho ella en ese comercio?

—Ha empezado a comprar mantas, sábanas, fundas para, almohadas, ropa para la mesa, cubiertos, toallas, jabón, provisiones y yo qué sé. Y todo a gran velocidad, como si estuviese

acostumbrada a esta clase de operaciones.

—¿Llevaba una lista preparada?

—¡Qué va! Lo ha hecho de memoria… y según parece constituía todo un espectáculo ver a los vendedores correr en pos de ella para ir empaquetando sus adquisiciones.

Mason intercambió una mirada con Della Street.

—¿Lo ha pagado con un cheque o…?

—No, Perry, en metálico. Sembraba los billetes tras de sí como si se tratase de confeti verde. No ha preguntado el precio de nada. Se contentaba con indicar el objeto y, ¡ala, a empaquetarlo! Esto, esto, esto, y también esto, y una docena de éstos, y siempre lo mejor de lo mejor.

Mason frunció el ceño.

—Ha hecho transportar todas sus compras al remolque, y se ha marchado. Dos de mis hombres la han seguido en tanto que el tercero se quedaba en el establecimiento.

—¿Por qué?

—Porque cuando tu amiguita naturista se largó, no todos los miembros de la procesión siguieron en pos de ella. Algunos individuos se quedaron, de modo que mi muchacho consideró interesante descubrir lo que les retenía allí.

—¿Y qué ha averiguado?

—Vio a esos caballeros dirigirse a las cajas, exhibir chapas y documentos de identidad, tras de lo cual las cajeras les mostraron los bonitos confetis verdes que la señorita Duvall había sembrado a su alrededor, y los sujetos se los cambiaron por otros billetes que sacaban de sus carteras.

—¿Y tus otros dos hombres han encontrado dificultades en seguir el remolque?

—No, ninguna. La señorita Arlene Duvall ha vuelto a instalarse en el lugar del robo, es decir, detrás del terreno de golf del *Remuda Club*. Y allí, después de haber encendido la luz del remolque, la señorita empezó a arreglarse la cama y ordenar sus cosas.

—¿Se han quedado allí tus hombres para vigilarla?

—No exactamente allí, Perry. Han regresado a la carretera para no ser descubiertos. La pequeña no puede marcharse con el remolque y el auto sin pasar ante ellos. Por lo demás, los otros miembros de la procesión han aparcado su auto un poco más lejos,

también en la carretera. Uno de ellos, se ha quedado al volante y los otros dos han penetrado en el bosque sin duda para poder seguir a la pequeña cada vez que se aparte un metro del remolque.

—¡Caramba, para gustarle la soledad, Arlene está muy bien acompañada!

—Sí. Parece que toda esa gente está en tensión, como si esperara que ocurriese algo. Tu cliente es la única que permanece tranquila y serena.

—¿Están enterados esos hombres de que los tuyos se ocupan igualmente de la pequeña?

—¡Oh, sí! En un trabajo como éste, hubiera sido imposible evitarlo. Mis hombres han anotado la matrícula de su auto, y ellos han hecho lo mismo. La única diferencia es que la matrícula de ellos no está en los registros… y ya sabes lo que eso quiere decir.

Mason, permaneció un momento pensativo y después inquirió:

—¿Qué has podido descubrir sobre el asunto del *Mercantile Security Bank*?

—¿Has oído hablar de Jordan L. Ballard, Perry?

—¿Quién es?

—El inspector que estaba con Duvall cuando desapareció el dinero, pero que, sobre todo, se interesaba por el resultado de las carreras que transmitía la pequeña radio portátil que llevaba consigo. Pese a que no se ha sospechado de él como participante en el golpe, el Banco prescindió de sus servicios, por principio. Naturalmente, después de eso, podía despedirse de encontrar empleo en cualquier otro Banco.

—¿Y qué ha sido de él?

—Pues bien, en definitiva, esa desgracia parece haber representado una suerte para él. Después de permanecer un tiempo sin trabajo, acabó encontrando empleo en una estación de gasolina. Empezó a ahorrar dinero y, un buen día, al caer gravemente enfermo su jefe, le compró la estación. Un poco más tardé pidió dinero prestado y amplió la estación, dedicándola también a la venta de neumáticos y de accesorios para automóviles. Después se le presentó la ocasión de comprar el terreno donde estaba edificada la estación, mediante unos miles de dólares al contado, y el resto a razón de mil dólares al mes. Entonces, unos grandes almacenes que buscaban un lugar donde instalar una sucursal, se encapricharon

con aquel terreno, y ahora, si Ballard trabaja aún, lo hace sin ninguna necesidad.

—¿Dónde se le puede encontrar?

—Dirige una superestación de servicio en la esquina de la calle Décima y Flossman Avenue.

Mason anotó la dirección.

—¿Eso es todo, Paul?

—¿Sabes ya que, entre el dinero robado, había cinco mil dólares cuyos números habían sido reseñados? La lista de esos billetes está en poder de la policía, pero el ladrón, quienquiera que sea, ignora cuáles son los billetes.

—Cinco entre cuatrocientos —calculó el abogado—. En otras palabras, cada vez que el fulano en cuestión mete la mano en el montón para coger un billete, tiene una probabilidad entre ochenta de sacar uno de los que la policía conoce.

Drake asintió con la cabeza.

—Y —prosiguió Mason— si ese billete es gastado de manera corriente, hay alrededor de una probabilidad entre cien de que vaya a parar a manos de la policía. Esto representa, pues, una probabilidad entre ocho mil…

—Tus cálculos son equivocados —le interrumpió Drake—, porque la policía deja pasar dos o tres meses sin hacer nada, para dar a la pequeña una falsa impresión de seguridad y luego, de repente, le sueltan detrás a todo un ejército de fulanos, como ocurrió anoche, que comprueban cada billete que la señorita Duvall gasta.

—¿De modo que están convencidos de que es ella quien tiene el dinero?

—Desde luego. De lo contrario, ¿cómo podría vivir sin trabajar? ¿Cómo podría comprar al contado automóviles, remolques y todo lo demás?

—Pero, ¿y el fisco? ¿Cómo es que la policía no le ha enviado los agentes del fisco para enterarse de la procedencia de sus ingresos?

—Puedes imaginar que lo han hecho ya, pero no ha dado resultado.

—¿Cómo es eso?

—Pues bien, los agentes del fisco han informado que los asuntos de la señorita Duvall estaban en regla, y que no había por donde

atacarla.

—Es extraño —dijo Mason.

—En efecto. Ahora, otro detalle interesante: como los famosos cinco mil dólares estaban destinados a pagar a un chantajista, se puede suponer, en buena lógica, que éste había exigido que la cantidad fuese en billetes de diez y de veinte dólares. Pero la mayor parte del dinero robado al *Mercantile Security Bank* estaba en billetes de cien dólares. Había también billetes de mil y de quinientos dólares, pero muy pocos de cuantía pequeña. De modo que se puede suponer que Arlene Duvall gaste los billetes grandes sin correr graves riesgos.

—No haces más que acusar a mi cliente —observó Mason en tono glacial.

—Vamos, Perry —dijo Drake sonriendo—. Ya no eres ningún niño. A propósito: un mensajero ha traído un sobre para ti, diciendo que debería estar en tu poder antes de mañana por la mañana.

—¿Cómo es que te lo han dado a ti?

—Oh, no me han dado explicaciones… Toma, aquí lo tienes.

Mason cogió el sobre franqueado que le alargaba el detective y examinó la dirección mecanografiada.

—Según todas las evidencias, es un mensaje que, al principio, tenían la intención de enviarme por correo, pero que después me han traído a mano. Veamos lo que es.

Mientras Mason sacaba su cortaplumas y rasgaba el sobre por un lado, el teléfono empezó a sonar y Drake descolgó el aparato:

—¿Diga? Sí… Espera un momento… Repítemelo…

Mason, después de lanzar una ojeada al contenido del sobre, se volvió de espaldas a Drake e hizo un signo a Della Street. Sacó del sobre dos billetes de Banco. Uno de quinientos y otro de mil dólares. Había, además, un breve mensaje mecanografiado que Della Street leyó al mismo tiempo que Mason:

> *LE HABÍA PROMETIDO ESTO PARA LAS NUEVE Y MEDIA. PERO COMO ES POSIBLE QUE MAÑANA POR LA MAÑANA ME RETRASE, PREFIERO ENVIÁRSELO AHORA.*

Y estaba sencillamente firmado con una A mayúscula.

Mason, se llevó un dedo a los labios, lo guardó todo en el sobre, introdujo éste en el bolsillo interior de su americana, y después se

volvió de nuevo hacia Drake, que justamente, terminaba su comunicación telefónica.

—Hay novedades, Perry. Ballard, el hombre del que te hablaba hace un momento, se ha puesto en contacto con la policía. Les ha dado informes que parecen haber provocado mucha efervescencia.

—¿Qué informes?

—No he podido enterarme, pese a toda mi influencia. Por tanto, debe tratarse de algo extremadamente importante. En todo caso, Ballard debe de estar ahora en su estación de servicio. Pasa por allí cada noche, a esta hora, para hacerse cargo de la recaudación y cerrar la caja registradora, dejando únicamente al empleado un poco de dinero para el servicio nocturno.

Mason miró a Drake con aire pensativo.

—Sería estupendo si pudiese enterarme de lo que ha dicho a la policía… Ven, Della, voy a acompañarte hasta tu casa. Paul, procura quedarte aquí hasta medianoche. No me sorprendería que en las próximas horas se produjese alguna novedad.

Cuando Mason dejó a Della Street ante su casa, la joven le dijo:

—Jefe, si ves a Ballard y te enteras de algo importante, llámame por teléfono.

—Esta noche no, necesito dormir.

—No, no. Si ocurre algo nuevo quiero estar al corriente… Y sería mejor que me confiases ese dinero que has recibido, en vez de llevarlo encima.

—Es curioso —observó Mason—, ahora encuentro curioso cuando una cliente me entrega el anticipo que me había prometido.

—Eso es debido a su manera de obrar en todo.

Con el envío de estos billetes de tanto valor, se diría que trata de meterte en una trampa.

—Sí, ¿verdad?

—Por eso sería mejor que me los confiases.

—¿Para que seas tú la que caigas en la trampa? No, Della, vete a la cama y duerme bien.

Diez minutos más tarde, Mason detenía su auto ante uno de los surtidores de la estación de gasolina situada en la esquina de la calle Décima con Flossman Avenue.

—Llene el depósito —dijo al empleado—. ¿Está aquí Ballard?

El otro señaló con el dedo hacia el interior del despacho, donde

un hombre estaba comprobando las cifras descritas en el rollo de papel de la caja registradora.

—¿Señor Ballard? —preguntó el abogado, entrando en el despacho.

El otro alzó la cabeza:

—¿Sí?

—Soy Perry Mason.

—¿El abogado? Oh, he oído hablar mucho de usted y estoy encantado de conocerle. ¿Qué le trae por aquí?

—Estoy interesado en ciertos puntos relativos a un asunto del que probablemente no deseará hablar.

—¿El robo del *Mercantile Security*?

—Sí.

—Oh, ahora me es igual, ¿sabe? Me hicieron pasar malos ratos, pero finalmente todo ha resultado bien para mí. Sólo que no entiendo en qué le afecta a usted.

—Ciertos detalles podrían ser muy útiles a una persona que me ha encargado la defensa de sus intereses.

—¿De quién se trata?

—Sabe muy bien que no puedo decírselo. Y, a propósito de esa apuesta que hizo el día del robo… ¿Tenía costumbre de jugar a las carreras?

—Todo depende de lo que entienda usted por eso.

—¿Es que esa apuesta fue desacostumbrada?

—Usted lo ha dicho. Me habían dado un soplo completamente fidedigno.

—¿Ganó el caballo?

—¡Ya lo creo! Se pagó a veintidós dólares y setenta y cinco centavos por cada dos dólares apostados, y yo había jugado por él cien dólares.

—No está mal, en efecto.

—Sí, pero al mismo tiempo que ganaba eso, perdía el empleo. De momento, creí que aquello era el fin para mí… Pero acabé por arreglarme y, en verdad, no tengo motivo de queja. Si me hubiese quedado en el Banco, estaría prácticamente en el mismo punto.

—Desearía hablar con usted de lo que ocurrió aquel día.

—¿Por qué?

—Para hacerme una idea precisa del asunto.

—No tiene más que examinar los diarios de la época y sabrá lo mismo… Bueno, casi lo mismo.

Apartó el impreso que tenía ante él y Mason comprobó que las cifras no habían sido escritas de cualquier manera, sino con sumo cuidado.

—Iba a cerrar —dijo Ballard poniéndose en pie—. Cada tarde, a esta hora, vengo a recoger la recaudación y dejo sólo lo justo para poder devolver el cambio si vienen clientes durante la noche. En efecto, después de medianoche se cometen a menudo atracos en las estaciones de gasolina. En mi caso perderían el tiempo. Supongo que esto empieza a ser del dominio público, y que nos dejarán en paz.

—Precaución sensata —aprobó el abogado.

—¿Por qué quiere que le hable de ese asunto del *Mercantile Security*?

—Porque quisiera descubrir al ladrón.

—¿No cree, pues, que sea Duvall?

—Por el momento, no pienso nada. Sólo me esfuerzo en conservar mi espíritu abierto a todas las posibilidades.

—Entiendo.

—Ya que no del dinero, tal vez podríamos hablar de Duvall. ¿Qué clase de hombre es?

—En aquella época era un hombre muy tranquilo, de carácter más bien risueño. Tenía muchos amigos y adoraba a su hija. Su mujer murió cuando la pequeña tenía diez años, y, desde entonces, él hacía las veces de madre y de padre, lo que, en mi opinión, es demasiado para un hombre solo. Por lo demás, Duvall era un poco original. Afirmaba que, en la existencia, uno debe actuar siempre con naturalidad, y que la cortesía y la educación son formas ocultas de la hipocresía.

—¿Le quería su hija?

—Hubiese besado las huellas de sus pies.

—¿Y ese dinero? En su opinión, ¿lo robó Duvall?

—No veo cómo hubiese podido hacerlo. A decir verdad, no comprendo cómo pudo cometerse el robo. Aparentemente, era imposible. Es como cuando se mira a un prestidigitador mientras realiza sus trucos, uno sabe que tales cosas no son posibles, y, sin embargo, ve cómo ocurren ante sus propios ojos.

Mason asintió con la cabeza y Ballard prosiguió:

—Hay que reconocer que, a fuerza de manipular tantos millones, uno acaba por no concederles más importancia que si se tratase de zanahorias o de cualquier otra cosa sin valor. Se hace el trabajo, pero todo ese dinero no le causa a uno la menor excitación. Así, pues, aquel día, yo había apostado a las carreras y Duvall estaba preparando el envío en el momento en que se iban a radiar los resultados. Póngase en mi lugar, señor Mason. Trabajaba por un pequeño salario y había apostado cien dólares por aquel caballo. Si perdía, iba a necesitar varios meses para rehacerme. Pero, por el contrario, si ganaba mil dólares, esa suma representaría una gran diferencia para mí.

El abogado asintió de nuevo con la cabeza.

—Me había situado con la radio en el despacho vecino, pero como, a partir de una altura de un metro, la separación está hecha de vidrio, podía vigilar a Duvall. Y hubiese jurado, señor Mason, que lo efectuaba todo correctamente. La única explicación posible es que él había colocado ya antes aquellos fajos de cheques anulados al alcance de su mano y que, situándose entre la caja y yo, tiraba a la vez un fajo de billetes a la papelera que había bajo la mesa, y un fajo de cheques a la caja. En todo caso, señor Mason, puedo asegurarle que el golpe fue ejecutado con mano maestra. Yo no noté nada. Evidentemente, estaba atento a los resultados, y como fue preciso que esperase el revelado de la foto tomada por la célula fotoeléctrica, para saber si mi caballo había ganado o no, he de reconocer que pasé varios angustiosos minutos. Cuando, finalmente, supe que había ganado, estaba bañado en sudor y las piernas me flaquearon como si acabase de realizar un gran esfuerzo.

—Lo imagino sin dificultad.

—Duvall, desde luego, sabía lo que yo estaba haciendo, pero no había ningún motivo para que dudase de su honradez. Después de más de cinco años de trabajar juntos, Dios sabe cuántos millones de dólares habíamos enviado de aquella manera. De modo que grabé mi sello en el paquete sin el menor recelo ni sospecha. Luego, Duvall y yo lo transportamos hasta el camión. Abrí el compartimiento interior con mi llave y lo cerré del mismo modo. Tomé nota de la hora en que arrancaba el camión y anuncié a mi jefe de servicio que la expedición estaba hecha. Después, seguimos

trabajando, pero confieso que mi espíritu estaba lejos de allí. Con el pensamiento empleaba ya el dinero que acababa de ganar. Deseaba sobre todo una caña de pescar perfeccionada. En aquella época era un fanático de la pesca.

—¿Ahora ya no? —preguntó Mason.

—Oh, sí, pero cuando uno trabaja para sí mismo, no tiene tiempo para distraerse.

—Veo que han acabado de avituallar mi auto. Voy a pagar y a dejar libre el paso.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia Beverly Hills.

—¿Puede llevarme? Tengo mi auto en reparación y pensaba tomar un taxi. Es bastante tarde y con el dinero que llevo encima no quiero aventurarme a ir a pie hasta la estación de autobuses, y luego, desde la parada hasta mi casa…

—¡Claro que sí, con mucho gusto! Vamos.

Ballard guardó la hoja cubierta de cifras, la cinta de la caja registradora y un saquito de tela, en una gran cartera de cuero. Después se metió en el bolsillo de la americana un revólver de cañón corto.

—La policía me ha recomendado que vaya siempre armado —explicó a Mason, mientras se dirigía hacia el vehículo del abogado. No pasa noche sin que se cometa algún atraco. La ciudad está llena de individuos que pretenden vivir sin trabajar.

—En el asunto que nos interesa, ¿no hubiese podido efectuarse el cambio de los billetes por los cheques anulados, *a la llegada?*

—No. Aquellos cheques procedían de la central de los Angeles, y algunos de ellos habían sido guardados en el archivador, menos de una hora antes de preparar la remesa de fondos.

Mason meditó sobre esta información y después dijo, tras haber permanecido en silencio durante varios minutos:

—Así, pues, parece que el golpe sólo pudo ser dado por usted o por Duvall, ¿no es así?

—Sí —reconoció Ballard—. A esta conclusión llegaron los investigadores.

Se produjo de nuevo un largo silencio, y luego Ballard observó:

—De todos modos, si yo hubiese cogido el dinero no hubiera podido ser más que con la complicidad de Duvall. En tanto que él

podía aprovecharse de una distracción mía para dar el golpe por sí solo. Porque era él quien empaquetaba los billetes, y no yo.

—Pero, una vez hecho el paquete, ¿no pudo haberse efectuado la sustitución entonces?

—No. Porque, aunque el chófer se hubiese detenido por el camino, no hubiese tenido llave para abrir el compartimiento interior.

—Pero supongamos que se hubiese procurado una…

—Pues bien, aun admitiendo también esto, no es posible. Recuerde que el dinero fue sustituido por cheque anulados, procedentes de un sector del Banco al que los chóferes no tienen acceso.

—¿Entonces, tuvo que ser Duvall?

—No veo otra posibilidad. Por lo demás, se encontró en su poder parte del dinero robado.

—He oído decir que existía una lista de cierto número de billetes robados, por un total de cinco mil dólares…

—Sí, y esa lista es precisamente la parte más confidencial de todo el asunto. La tiene en su poder un jefazo del F. B. I. y no la ha enseñado a nadie. Los investigadores le envían los números de los billetes sospechosos, que tienen orden de recuperar inmediatamente, y él en persona realiza la verificación.

—¿Y han encontrado billetes robados?

—Lo ignoro. Siempre están dispuestos a aceptar información, pero ellos no facilitan ninguna.

—¿Les ha proporcionado usted alguna información?

Ballard se volvió hacia el abogado:

—Mason, conozco su reputación y por eso voy a confiarle un secreto. Entre los billetes robados había varios de mil dólares, y la policía conoce ahora el número de uno de ellos.

—¿Cómo es eso?

—Porque lo he recordado. Cuando sacaron el billete de la caja fuerte, para preparar la expedición, iba a darse la salida de la carrera. De modo que yo estaba ávido de presagios para saber si la suerte me iba a favorecer. Cogí los fajos de los billetes de mil y miré el número del que estaba encima: 000151. Como mi caballo tenía el número 5, consideré que era un buen síntoma. Aquello quería decir que llegaría solo en cabeza. Era una estupidez, desde luego, pero

cuando uno juega se vuelve muy supersticioso. Sea como sea, esto me ha permitido recordar el número de uno de los billetes, pero ha hecho falta que ese muchacho me interrogara para que yo lo recordase.

—¿Qué muchacho? —preguntó Mason.

—Uno de los investigadores. Tal vez incluso pertenezca al F. B. I., aunque yo lo ignoro. Ha venido a hacerme preguntas en cinco o seis ocasiones, y estaba convencido de haberle dicho todo lo que sabía cuando, hace unos días, recordé bruscamente este incidente y el número del billete.

—¿Está seguro de que era ese número?

—Oh, sí, por completo.

—¿Y es el único billete de mil dólares del que la policía posee el número?

—Por lo que yo sé, sí, señor Mason. Pero, como ya le he dicho, con ellos la circulación de los informes se produce en un solo sentido.

Los dos hombres permanecieron un momento silenciosos, y después Ballard dijo:

—Si me hace el favor de torcer por la primera calle a la derecha, señor Mason… Es la mía… Vivo hacia el centro… En esa casita que está allí, en la esquina… La ocupaba ya con mi esposa. Ella murió poco después del asunto del Banco, pero mientras siga viviendo ahí, me parece que ella está aún conmigo… Oh, no sé por qué le cuento todo esto. Incita usted a las confidencias, señor Mason. Hacía meses que no hablaba tanto.

—Yo le agradezco todo lo que me ha dicho, Ballard —manifestó Mason mientras detenía el auto—. Estoy seguro de que todo ello me ayudará mucho en mi trabajo.

Ballard abrió la portezuela y preguntó:

—¿Quiere ver la fotografía de uno de esos camiones blindados?

—¡Desde luego! ¿Tiene alguna?

—Sí; mi mujer era una gran aficionada a la fotografía, y en un álbum debo de tener varias instantáneas de la época en que estaba en el Banco. No tiene más que subir con su auto por el camino y detenerse ante la puerta.

Mason obedeció y, momentos después entraba en la casa junto con Ballard. Este encendió las luces de la sala, indicó un sillón a

Mason y le llevó un álbum de fotos.

—¿Qué le parecería un whisky con soda, señor Mason?

—Con mucho gusto —contestó el abogado, empezando a hojear el álbum—, pero muy ligero. Que sea más bien soda aromatizada con whisky, se lo ruego.

Mientras Ballard iba a la cocina a preparar las bebidas, Mason sacóse del bolsillo el sobre que le había entregado Paul Drake y miró el número del billete de mil dólares: 000151.

Después de cerciorarse de que Ballard seguía ocupado, el abogado dejó el álbum y se dirigió rápidamente ante la gran ventana de la sala. Las cortinas dobles estaban corridas, y él las apartó ligeramente. Detrás había una persiana completamente enrollada. Mason la desenrolló a medias, colocó allí los dos billetes y volvió a recogerla hasta arriba.

Acababa apenas de regresar a su sillón cuando Ballard, empujando con el pie la puerta de vaivén de la cocina, compareció con un vaso en cada mano.

—Lo he hecho según sus deseos, señor Mason. El claro es para usted, y el oscuro para mí.

—Gracias, sabe a la perfección.

Con el vaso en la mano, Ballard inclinóse sobre el álbum que Mason tenía abierto ante sí.

—He aquí mi esposa, unos meses antes de su muerte… Es la segunda empezando por la izquierda… Y he aquí el camión que fue utilizado aquel día, el 45. ¿Ve el número? Y este es Bill Emory, que lo conducía.

—¿Dónde está ahora ese Emory?

—Sigue de chófer en el Banco. Estaba completamente al margen del asunto, ¿comprende? Pero de todos modos, la policía le hizo pasar muy malos ratos. Es aún muy joven. Cuando esta foto fue hecha no hacía mucho que había salido de la universidad. Era un deportista estupendo: baloncesto, saltó con pértiga y no sé cuántas cosas más. He seguido en contacto con él y viene a verme, de vez en cuando.

—A propósito —dijo Mason—, ¿conoce usted al doctor Holman Candler, de Santa Ana?

—¡Desde luego! Es amigo de Colton Duvall, y médico del Banco. Un individuo muy capaz. Hizo circular una petición para obtener la

libertad de Duvall, enviando a su enfermera para que recogiese las firmas. Yo firmé, porque ella me lo pidió, pero le dije que mi nombre podía hacerle más daño que favor. Una muchacha muy bonita, por cierto. Dicho sea de paso, y que quede entre nosotros, fue por su mediación que obtuve esa famosa confidencia sobre las carreras. Uno de los clientes del doctor se lo había dicho a Candler, pero éste no había jugado en toda su vida. En resumen, creo que ella recogió todas las firmas que quiso, pero no consiguieron nada en absoluto.

»La policía no quiere ni oír hablar de soltar a Duvall bajo palabra, en tanto que no haya devuelto el dinero o, por lo menos, una buena parte del mismo. Estoy seguro de que podría guardarse treinta o cuarenta mil dólares, afirmando que los había gastado ya. Pero en tanto no haya entregado el resto, aunque todos los habitantes del Estado de California firmasen una petición, seguirían guardándolo entre rejas.

—Ah —dijo Mason, dejando su vaso vacío—. Ahora tengo que marcharme.

—¿Ya? —exclamó Ballard—. ¡Si apenas acaba le llegar!

Mason sonrió y se puso en pie:

—Antes de irme a dormir tengo otra cita. Gracias de corazón, señor Ballard, por su hospitalidad y por la ayuda que acaba de prestarme.

—Vamos, ¿otro poco de whisky antes de marcharse…?

—No, gracias. Uno solo me basta cuando he de conducir.

Mason subió a su coche y dirigióse hacia su domicilio. Cuando abordaba la rampa de acceso al garaje del edificio, el vigilante de noche hizo un ademán furtivo para pedirle que retrocediera. Mason frenó en el acto, se detuvo, e hizo marcha atrás, pero antes de poder llegar a la calle un hombre corrió a su encuentro y se asomó por la ventanilla:

—¿Perry Mason?

—¿Qué desea de mí? —le preguntó el abogado.

El hombre alargó un papel doblado:

—Citación, para que comparezca mañana a las diez ante la Cámara de acusaciones. Debe llevar con usted cualquier billete de Banco que haya podido entregarle Arlene Duvall. ¡Buenas noches!

El hombre se alejó y Perry Mason volvió a arrancar hacia el

garaje.

—¿Era una citación? —le preguntó el vigilante nocturno—. Lo sospechaba, y por eso le he hecho una señal. Lamento no haberle podido evitar esto…

—Oh, de todos modos, tarde o temprano me hubiese encontrado.

—Sin embargo… ¡Caramba! ¡Ahí vuelve!

El hombre se acercó a Mason, que ya se había apeado del auto:

—No me lo reproche, señor Mason. Me veo obligado a cumplir con mi obligación.

—No le reprocho nada, pero me hubiere gustado que me hubiera dado un poco más de tiempo. Para mañana a las diez faltan muy pocas horas…

—No es culpa mía, señor Mason. Hamilton Burger, el fiscal del distrito, me ha entregado; esta citación hace menos de una hora, diciéndome: «¡Entréguela esta misma noche y en propia mano!»… De modo que me hubiese sido muy difícil traérsela más pronto… En fin, me alegro de que no me guarde rencor. Muchas personas no son como usted. Mi compañero tenía también una citación que entregar a… a otra persona, y me alegro de que a mí me haya tocado la de usted. Usted es abogado, y comprende que me limito a cumplir con mi deber.

—Claro que sí, desde luego. Buenas noches.

Cuando el otro se hubo marchado, Mason dijo al vigilante nocturno:

—Tengo que salir de nuevo, Mike.

El abogado condujo el coche hasta una estación de gasolina con cabina telefónica y llamó a Paul Drake a su despacho.

—Precisamente iba a telefonearte, Perry.

—¿Qué hay de nuevo?

—Ese Jordan L. Ballard de quien te había hablado…

—Ah, sí —dijo Mason—. Yo…

Se interrumpió bruscamente.

—¿Tú… qué? —inquirió Drake.

—No, primero tus noticias.

—Pues bien, el sujeto en cuestión ha muerto.

—¿Qué? —exclamó Mason.

—Sí, muerto. Si no te ha sido posible hablar con él, no cuentes

ya con ello. Da rabia pensar que ha comunicado cosas a la policía… En realidad, tal vez sea a causa de eso que haya muerto…

—¿Cómo ha ocurrido, Paul?

—Lo poco que sé me lo ha dicho un individuo a quien conozco y que trabaja en la jefatura de policía. Por alguna razón, sin duda por medio de un soplo que le había llegado, aunque mi amigo ignora de donde, el fiscal se había metido en la cabeza la idea de que Ballard podía haber recibido dinero de Arlene Duvall. En consecuencia, el fiscal ha empezado a enviar citaciones de comparecencia ante la Cámara de acusaciones, especificando a los interesados que llevasen con ellos cualquier billete de Banco que hubiesen podido recibir de Arlene Duvall. Ballard estaba entre ellos. Cuando el individuo llegó con la citación a casa de este último, descubrió que la puerta de entrada estaba sin cerrar. Tocó el timbre, pero como no obtuvo respuesta, una sospecha repentina, le incitó a entrar. De esta manera descubrió a Ballard tendido en la cocina. Aparentemente, nuestro hombre había estado preparando bebidas para unos visitantes, porque había tres vasos en los fogones, junto con botellas y cubitos de hielo. Debieron dejarle sin sentido golpeándole por detrás, y, después, alguien le dio tres y cuatro puñaladas con un cuchillo de cocina, dejándoselo clavado en la espalda. Desde luego, la policía está ya allí.

—¿Ha obtenido huellas dactilares?

—Vamos, Perry, ¿cómo quieres que lo sepa? Me disponía a telefonearte porque pensaba que esta muerte podía haber sido provocada por las informaciones que Ballard había facilitado a la policía, en relación con el asunto del *Mercantile Security*…

—Y te lo agradezco muchísimo, Paul. Trata de averiguar todo lo posible sobre este asunto. Volveré a llamarte dentro de una hora.

Seguidamente, Mason fue a la redacción de un diario, en el que tenía amistades, y se hizo sacar la colección correspondiente a la época del robo. Pasó una buena media hora leyendo los artículos relativos al caso, y después volvió a llamar a Drake.

—¿Algo nuevo, Paul?

—Todavía no. Espera, llaman por la otra línea. No te retires, Perry.

Mason, esperó durante tres o cuatro minutos y luego oyó de nuevo la voz del detective.

—Oye, Perry, ¿sigues ahí?

—Sí, sí.

—Bueno, las cosas van mal…

—¿Qué ocurre?

—Tu amiguita está comprometida hasta el cuello en este asunto. No conozco los detalles, pero…

—¡Cuéntame los hechos, date prisa!

—Como sabes, tenía dos de mis hombres vigilando el remolque de la pequeña. Uno de ellos ha permanecido en el coche mientras el otro ha ido a telefonearme su informe. Corría a través del terreno de *golf*, para ganar tiempo, cuando distinguió ante él a alguien que andaba con paso ligero y rápido. Decidió acercársele lo más posible, sin revelar su presencia, y así pudo constatar que era Arlene Duvall.

—¿Sola?

—Sí. Debe de haber encontrado el sistema de burlar a los policías que la vigilaban.

—Muy bien. Prosigue.

—Mi hombre la ha seguido hasta el bulevar. Allí hay una estación de servicio que está abierta toda la noche, y desde la que pensaba telefonearme. Pero la pequeña ha llegado antes a la cabina.

—¿Y entonces?

—Entonces, él se ha puesto a hacer auto-stop. Muchos autos han pasado de largo… ¡Imagínate, a medianoche! Finalmente, uno se ha detenido. Mi hombre ha mostrado su documentación al conductor y le ha preguntado si quería ganarse veinte dólares. El sujeto ha contestado que sí. Entonces el otro le ha pedido que esperara para seguir a la pequeña cuando ella saliera de la cabina.

—¿Y qué ha hecho Arlene?

—Ante todo ha esperado el taxi que pidió seguramente por teléfono y después se ha hecho conducir a casa de Ballard. Pero cuando ha llegado a su destino había ya alguien con Ballard. Un auto estaba detenido ante la entrada y mi hombre ha oído voces, voces de hombre. Arlene ha debido de oírlas también, porque ha dado media vuelta sin haber llamado y ha permanecido rondando la casa.

»Mi hombre ha distinguido a un individuo en la sala, pero a contraluz. El sujeto se ha acercado a la ventana, ha bajado un poco la persiana y ha vuelto a subirla. Sin duda se trataba de una señal.

Después, al cabo de unos minutos el hombre ha salido de la casa, ha subido al auto y se ha marchado. Ahí mi hombre se ha portado como un estúpido porque como sólo había ese auto ante la casa, ha pensado que era el de Ballard, de modo que no ha anotado la matrícula.

—Bueno, bueno, prosigue.

—Pues bien, después de haberse ido el sujeto, Arlene ha entrado en la casa. Pero ahí está lo gravé del asunto: ha entrado por una ventana de la parte posterior.

—¡Válgame Dios!

—Pues sí. Ha permanecido dentro unos cinco minutos y luego ha salido por delante, a toda velocidad, sin ni siquiera detenerse a cerrar la puerta.

—¿Y tu hombre la ha seguido?

—Sí, y como aún tenía a su disposición al tipo del auto, ha continuado con él en lugar de seguirla a pie. Al cabo de cuatrocientos o quinientos metros, la pequeña ha hecho como si llamara, a la puerta de una casa y después la ha rodeado bruscamente y ha debido huir por uno de los senderos de la parte posterior. En resumen, mi hombre la ha perdido. Y aunque ha dado una docena de vueltas por el barrio, no ha vuelto a encontrar su pista.

—Tal vez no haya hecho más que entrar en esa casa.

—También yo se lo he sugerido. Pero parece que es poco probable. La casa estaba a oscuras y la pequeña ha corrido demasiado bruscamente hacia la parte de atrás. No, ella debió de darse cuenta de que la seguía un auto, y ha actuado de esta manera para burlar a su perseguidor.

—¿Cómo se llama el que la seguía?

—Horace Mundy.

—¿Me conoce él?

—No creo que hayáis tenido ocasión de veros. Pero conoce tu fotografía, desde luego, y sabe que en este asunto trabajamos por tu cuenta.

—¿Dónde puedo reunirme con él?

—Se ha hecho conducir de nuevo a la estación de servicio, lo que le ha permitido economizar un taxi, en compensación de los veinte dólares gastados, y me ha telefoneado su informe. Le he

dicho que esperara allí, por si tenía nuevas instrucciones que darle.

—Perfecto. Adviértele que voy a ir a hablar con él. Y ahora, trata de enterarte de todo lo posible en relación con el asesinato de Ballard. Otra cosa: ¿ese Mundy es hombre capaz de olvidar lo que ha visto?

—Temía que me lo preguntaras, Perry.

—¿Por qué?

—Necesito mi licencia.

—¿Resulta incompatible?

—Mundy no ha actuado solo. Ha necesitado la ayuda de ese automovilista, y éste ha disfrutado jugando a ladrones y policías, una vez que Mundy le ha enseñado su documentación. Ha cogido los veinte dólares prometidos, pero ha dicho que incluso lo hubiese hecho gratis, tan apasionante ha encontrado la aventura.

—Sí, comprendo lo que te preocupa; de todos modos, ese tipo no sabe que Ballard ha sido asesinado.

—Pero lo leerá en los diarios y recordará la dirección.

—Para mí es, sobre todo, una cuestión de tiempo… ¿Puedes esperar veinticuatro horas antes de contárselo todo a la policía?

—Por desdicha, no, Perry. Me veré obligado a contárselo así que la información relativa a la muerte de Ballard se haya hecho pública.

—Con calma, Paul, con calma. Estás actuando por cuenta de un cliente. No estás obligado a decir a la policía todo lo que sabes. Tú…

—Se trata de un asesinato, Perry. Y te repito que mi hombre no es el único en estar enterado. Mañana por la mañana, así que el automovilista en cuestión haya leído el diario, empezará a contar su aventura a todo el mundo. Y si para entonces no he avisado a la policía, son muy capaces de retirarme la licencia. No comprenderían mi demora…

—¿Y es necesario que les des el nombre de Mundy?

—Desde luego.

—¿Le interrogarán?

—¡Naturalmente!

—Entonces, ¿de cuánto tiempo dispongo?

—No puedo concederte más de una o dos horas, Perry.

—Bueno. Permanece en tu despacho —dijo Mason—. Volveré a

llamarte.

Capítulo 5

Perry Mason detuvo su auto detrás de la estación de servicio, al lado de la sala de espera. Apagó los faros y encendió la luz interior. Unos momentos después, un hombre se aproximó al auto:

—¿Se llama usted Mason?

—Sí.

—¿Puede demostrármelo?

El abogado cogió su cartera y sacó su permiso de conducir.

—Muy bien —dijo entonces el otro—. Yo me llamo Mundy y aquí tiene mi tarjeta de identidad.

Mason le abrió la portezuela.

—Siéntese, Mundy. Paul me ha contado el asunto a grandes rasgos, pero quisiera que usted me diese algunos detalles suplementarios. Ese hombre que estaba en casa de Ballard, ¿podría reconocerlo?

Mundy meneó la cabeza.

—No. No he llegado a ver su rostro. Estaba iluminado por detrás.

—¿Lo ha visto cuando ha salido?

—Sí, al salir de la casa y subir al auto. Pero ya antes le había visto en la ventana de la sala. Apartó las cortinas dobles y de momento creí que quería bajar la persiana. Pero después de haberla bajado hasta la mitad aproximadamente, esperó un poco y volvió a subirla. Debía de tratarse de alguna señal.

—¿Y después?

—Después volvió a adentrarse en la sala y la doble cortina recuperó su posición.

—¿Y no ha podido ver el rostro de ese hombre?

—No, en ambas ocasiones lo he visto iluminado por detrás, es decir, como una sombra chinesca.

—¿Podría describírmelo? —preguntó Mason, guardándose mucho en permitir que su voz trasluciera la menor emoción.

—Era alto… robusto… ya sabe: hombros anchos y caderas estrechas. Un hombre parecido a usted, señor Mason. ¿Cuánto pesa usted?

—La policía le interrogará seguramente en relación con ese hombre y entonces no tendrá la posibilidad de hacerme servir de modelo. Tendrá usted que darle su opinión acerca de su edad, su estatura y su peso.

—De poca ayuda voy a servirles.

—¿Ha vuelto a ver a ese hombre cuando salió de la casa y subió a su auto?

—Sí.

—¿Era el mismo hombre, sin lugar a dudas?

—Sí… Espere… no podría jurarlo. La silueta era sensiblemente igual, pero…

—Usted no estaba solo cuando le vio salir de la casa, ¿verdad?

—No, es cierto. El conductor del auto estaba conmigo.

—¿Sabe cómo se llama?

—Desde luego. Como le he dado veinte dólares para que me admitiera en el vehículo, le he pedido que me firmara un recibo para Paul Drake. Aquí lo tiene… Se llama James Wingate Fraser.

Mason copió el nombre y la dirección, en su agenda y luego preguntó:

—¿Se ha mostrado buen colaborador?

—Oh, puede decir que estaba encantado, señor Mason. Estará explicando su aventura durante diez años seguidos.

—¿Dónde estaba él cuando usted vio al hombre apartar las cortinas y mover la persiana?

—De pie en el bordillo, a unos cincuenta metros de distancia de donde me hallaba yo.

—¿Ha podido ver al hombre en cuestión?

—No. O en todo caso, muy mal. Estaba demasiado lejos.

—Pero, cuando el otro salió de la casa, ¿le vio?

—Sí. En aquel momento estaba incluso mejor situado que yo.

—¿Podría describirme el auto en que se ha marchado el hombre?

—No. Era de color oscuro, ni muy grande ni muy pequeño,

aproximadamente del tamaño de éste, pero es todo lo que puedo decirle. No vale la pena que trate de ocultarlo, señor Mason: me he, dejado engañar. Hágase cargo: como ante la casa sólo había ese auto, he pensado que pertenecía al individuo que vivía allí y no me he molestado en anotar la matrícula. Ni siquiera he intentado saber el nombre del propietario. He anotado la dirección en mi agenda, y eso es todo. A mí quien me interesaba era Arlene Duvall.

—Pues bien, para su información le diré que el hombre que vivía allí se llamaba Jordan L. Ballard, y que ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó el detective.

—Sí, asesinado.

—¿Quién lo ha matado?

—Ciertas pruebas indirectas parecen acusar a Arlene Duvall.

—¡Caramba!

—Por eso interesa que esta historia esté bien clara en su cerebro, porque la policía no dejará de interrogarle sobre ella.

Mundy asintió con la cabeza.

—Van a ametrallarle a preguntas. Usted ha visto a ese hombre salir de la casa. Usted lo ha visto en la ventana de la sala, moviendo la persiana. En su opinión, ¿qué estaba haciendo?

—De esto no tengo la menor idea, señor Mason. Tal vez se tratase de una señal destinada a Arlene Duvall… Lo ignoro.

—¿Hubiese podido ver ella la señal desde el sitio donde estaba?

—En aquel momento, creo que sí.

—¿Dónde estaba ella?

—Había dejado el taxi y permanecí en el porche de la casa escuchando lo que decían los otros en el interior de la casa. Después ha dado la vuelta al edificio, y la ventana por la que se ha asomado el hombre está justamente en ángulo recto en relación con la fachada.

—¿Y ella lo ha visto?

—En todo caso, estaba mucho mejor situada que yo para verle.

—¿Pero Fraser no?

—No. El sólo ha debido de percibir una especie de claridad, al ser apartadas las cortinas.

—¿Y qué ha hecho después Arlene Duvall?

—Ha seguido caminando hacia la parte posterior de la casa y, durante varios minutos, la he perdido de vista, porque he tenido

que cambiar de sitio. Cuando la he descubierto de nuevo, el hombre salía por la puerta delantera. Por eso, no he prestado mucha atención a este último. Me ocupaba de la pequeña.

—¿Y qué ha hecho ella?

—Pues bien, mientras el hombre se iba, ella ha traído desde detrás de la casa una caja que ha colocado bajo la ventana de la cocina. Después se ha subido en ella y ha mirado al interior de la pieza.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé exactamente… Quizá seis o siete segundos. Después ha levantado el marco de la ventana, que aparentemente no estaba cerrada, ha pasado la pierna derecha sobre el alféizar y, hop, ha saltado a la cocina.

—¿Y luego?

—Pues habrá permanecido unos cinco minutos en la casa, antes del salir corriendo por la puerta delantera.

—¿Podía usted vigilar la fachada y un lado de la casa?

—Hacía cuanto me era posible, pero no resultaba fácil. De modo, que cuando he visto a la pequeña entrar en la casa, he ido corriendo a advertir a Fraser que encendiese y apagase sus faros si ella volvía a salir por delante. Esto lo ha hecho bien. Pero cuando después se ha tratado de seguir a la joven se ha acercado demasiado, ha frenado… En resumen, ella nos ha descubierto y se ha largado fingiendo que llamaba a la puerta de una casa, la que ha rodeado, rápidamente, un momento después.

—¿Ha anotado el número de esta casa?

—Sí, sí. Lo tengo en mi agenda.

—Pero, ¿cómo ha podido salir Arlene Duvall del remolque sin que nadie lo notase?

—Lo ignoro. Nosotros no estábamos muy cerca, porque sabíamos que se vería obligada a pasar por allí para subir al auto. Pero los otros dos, de los que probablemente Paul Drake ya le habrá hablado, se habían adentrado en el bosque y debían vigilar la propia puerta del remolque.

—¿Ha regresado a su guarida la señorita Duvall?

—Lo ignoro, y mi compañero debe de preguntarse qué ha sido de mí, porque sólo había ido a telefonear.

—Bueno, voy a llevarle hasta donde él está.

—Gracias. Esto me evitará un buen paseo. Si no le interesa que los otros dos vean su auto, puede dejarme en el…

—Oh, me da lo mismo —aseguró Mason poniendo en marcha el motor—. Si les interesa mi identidad, les daré una de mis tarjetas.

Mundy condujo al abogado hasta el lugar en que esperaba su camarada al volante de un automóvil. A un centenar de metros de distancia, los faros de Mason iluminaron otro automóvil, parado al borde de la carretera.

El colega de Mundy exclamó:

—¿Dónde diablos estabas?

—Oh, es toda una historia. Ya te lo contaré luego. ¿No hay nada de nuevo por aquí?

—No, calma chicha.

—Muy bien —dijo entonces Mason—. Prosigan la vigilancia, amigos míos. Yo me marcho.

Y maniobró de manera que no tuviese que pasar junto al otro automóvil.

Capítulo 6

Seguidamente, Mason se dirigió al domicilio de James Wingate Fraser. Este habitaba un cómodo *bungalow*, en un barrio donde se habían construido bastantes casas de alquiler durante los últimos años.

Cuando el abogado hubo llegado a su destino, vio que la casa estaba completamente iluminada. Tres autos se hallaban detenidos junto a la acera y otros en el camino de acceso. Por las ventanas se escapaba sonido de voces, mezclado con risas.

Cuando Mason llamó, un hombre acudió a abrirle.

—Lamento presentarme a esta hora —dijo Mason—. Pero quisiera, ver al señor Fraser.

—Soy yo.

Mason se dio cuenta de que el hombre estaba un poco congestionado y de que su aliento olía a whisky.

—Me llamo Perry Mason y…

—¿Perry Mason, el *abogado*? ¡Oh, pase, pase! Celebrábamos una pequeña reunión de amigos, y todos estarán encantados de conocerle. Mi esposa había organizado un *bridge* con sus amigas, pero cuando he vuelto, he telefoneado a los maridos para que vinieran a reunirse con nosotros, porque me ha ocurrido una aventura bastante desacostumbrada…

—Preferiría hablarle aquí mismo…

—Vamos, vamos, ¡se tomará una copa con nosotros! ¡Eh, Bertha! ¿A que no adivinas quién está aquí?

Fraser arrastró a Mason hasta el interior de la sala e hizo las presentaciones. Luego, mientras ofrecía una bebida al abogado, le dijo:

—Figúrese que estamos celebrando mis inicios como cazador de ladrones. Pero, a propósito, ¿qué le trae por aquí, señor Mason?

—Precisamente, sus inicios como cazador de ladrones.

Fraser se volvió inmediatamente circunspecto y los otros se acercaron, con expresiones que variaban desde el interés cortés hasta el aire solemne del caballero que ha bebido demasiado y se esfuerza en mantener la mirada serena.

—Pues bien —empezó a decir Fraser con volubilidad—, pasaba cerca del *Remuda Club* cuando vi a un individuo bastante elegante que me hacía señales. Por lo general, no me detengo, pero el hombre en cuestión tenía un aire muy respetable; he frenado y le he preguntado qué quería. Me ha enseñado una tarjeta y de momento le he tomado por policía, pero después me he enterado de que es un detective particular de la Agencia Drake. ¿Le interesan esos detalles, señor Mason?

—Desde luego —contestó el abogado.

—¿Puedo preguntarle por qué, señor Mason? —intervino la esposa de Fraser.

—Pues bien, no quiero ocultarles por más tiempo que aquel detective trabajaba para mí. Me ha hecho un informe relacionado con los acontecimientos y, como ciertos detalles pueden resultar importantes, he querido comprobar sus afirmaciones.

—Oh, entiendo —dijo la señora Fraser, que empezó a recoger los vasos vacíos para irlos, a lavar, en tanto que la atmósfera reinante se clarificaba perceptiblemente.

—Así, pues —prosiguió Fraser con una volubilidad demostrativa de que no era la primera vez que relataba aquello—, ese detective, que dicho sea de paso se llamaba Mundy, me ha pedido que siguiese a un taxi en el que había subido una atractiva joven. Al llegar a su destino, la muchacha se ha dirigido a la puerta de una casita, en cierto modo parecida a esta, ha escuchado un momento a las personas que hablaban en el interior y después, en vez de llamar, ha rodeado la casa, sin duda porque allí había alguien a quien no le interesaba encontrar. Probablemente, era el propietario del auto que estaba detenido ante la casa y que luego he visto marcharse.

—¿Ha anotado la matrícula del auto?

—¿Yo? —dijo Fraser riendo—. Se equivoca usted, mi querido abogado. ¡El detective era el otro!

Los invitados compartieron su hilaridad.

—Bien, prosiga —dijo Mason.

—He perdido de vista a la pequeña, y por cierto que era una chica estupenda, dicho sea de paso —añadió, bajando el tono de su voz y lanzando una mirada hacia la cocina—. Pero Mundy, que había bajado del auto para seguirla, me ha dicho después que ella había colocado una caja bajo la ventana de la cocina, y que por ésta se había metido en la casa. ¡No he tenido suerte! Yo he escogido mal mi observatorio: ha sido Mundy el que se ha regalado la vista.

Todo el mundo rio de nuevo.

—¿Usted vigilaba la fachada de la casa? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y ha visto salir a un hombre, que ha subido al auto allí estacionado?

—Sí.

—¿Podría describirme a este hombre?

—Alto, corpulento. En fin, con aspecto de deportista.

—¿Edad?

—Por su modo de andar, debía de ser más bien joven.

—¿Qué peso, aproximadamente?

—Es difícil de decir. Tenía hombros anchos, pero la cintura estrecha. En cierto modo, una configuración parecida a la de usted, señor Mason.

—¿Podría reconocerle?

—Si le viese en las mismas condiciones, es decir, al salir de la casa y al subir al auto, sí, tal vez le reconocería.

—Pero, ¿no ha visto su rostro?

—No.

—Así, pues, ¿no podría identificarlo si le volviese a ver en otras circunstancias?

—No.

—¿Y el automóvil? Ya sé que no ha anotado su matrícula, pero, ¿podría describírmelo?

—Bueno, era de conducción interior… y por lo que me parece recordar, de un modelo bastante reciente. Nada extraordinario, pero tenía aspecto de portarse bien en la carretera.

—¿No tiene idea de la marca?

—Ni la más mínima.

—¿No ha observado nada más?

—Sí. En un momento dado, ese individuo se ha acercado a la ventana, ha apartado las cortinas y ha hecho una especie de señal con la persiana. Pero yo no estaba tan bien situado como Mundy para observarlo. Sólo lo he vislumbrado. Le he visto mejor cuando ha salido de la casa.

—¿Qué ha pasado después?

—Pues bien, en el momento en que el individuo arrancaba, me he dado cuenta de que Mundy miraba algo por una ventana; luego se me ha acercado corriendo y me ha dicho que encendiese los faros si veía que la joven salía por la puerta delantera. Ha regresado a su sitio y, poco después, la pequeña ha salido corriendo de la casa. He encendido los faros, Mundy se me ha reunido, y hemos empezado a seguirla.

—¿Podría reconocerla si volviese a verla?

—A ella, sí. Porque me faltaba experiencia y la he seguido desde demasiado cerca. Entonces, en un momento dado, ella ha debido de notarlo y se ha vuelto. De tal modo que su rostro ha quedado iluminado por los faros. Un momento después, nos ha despistado metiéndose entre dos casas, después de haber fingido que llamaba a una de ellas. Luego, pese a que hemos dado una docena de vueltas por el barrio, no hemos podido localizarla de nuevo. Eso de seguir a alguien constituye verdaderamente una técnica. Como les contaba a estos amigos, esta noche, en una hora, he aprendido mucho más que en un mes de enseñanza por correspondencia. Otra vez no actuaré de esta manera…

—¿Cree verdaderamente que no podría reconocer al hombre?

—Como ya le he dicho, no he visto su cara. Pero si me lo presentasen en las mismas circunstancias, tal vez… Oiga, me gustaría conocer más detalles. ¿Qué clase de asunto es?

—No puedo facilitarle detalles. Es secreto profesional, ¿comprende?

—Sí, sí, desde luego. Oh, ¡Cáspita!, pensar que el gran Perry Mason está con nosotros… Decididamente, es una noche que no olvidaré con facilidad. ¿Quiere tomar otro trago?

—No, gracias —dijo Mason dirigiéndose hacia la puerta—. Tengo que marcharme, pues aún debo hacer varias cosas. Pero su colaboración ha sido preciosa, señor Wingate, y le doy las gracias.

—¡Ni hablar! Soy yo quien le agradece el que me haya dado la

ocasión de ayudarle. Lástima que no pueda darme detalles sobre este asunto; ¡me apasionarían! Tendré que esperar a leerlo en los diarios.

—Oh, tal vez los diarios no digan nada, ¿sabe?

—¡Qué va! Se trata sin duda de un asunto importante para que usted haya venido a verme a esta hora.

—He notado que aún no estaba en la cama.

—Desde luego, pero tampoco usted estaba acostado.

—Oh, estoy acostumbrado a trabajar hasta tarde —explicó Mason.

Estrechó las manos a los presentes, y Fraser lo acompañó hasta la puerta.

—¿No sabe usted si el propietario de la casa estaba aún vivo cuando ese hombre se marchó? —le preguntó Mason.

—No… Pero, ¿qué quiere decir? ¡Dios mío…! ¿Es que…?

—Sí. Por eso me he permitido venirle a molestar a esta hora. Ese hombre ha sido asesinado. No se acueste. La policía vendrá sin duda a interrogarle de un momento a otro.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Fraser, aferrándose al pomo de la puerta, como si estuviese, al borde del desfallecimiento.

¡No, decididamente, no olvidaría aquella noche con facilidad!

Capítulo 7

Un momento después, desde un teléfono público, Mason llamaba a la Agencia Drake.

—Paul, di a tu hombre que telefonee inmediatamente a la policía. Le bastará con explicar que acaba de comunicarte un informe y que tú le has informado del asesinato de Ballard. Comprendiendo toda la importancia de lo que ha visto, en seguida ha avisado a las autoridades.

—Muy bien —dijo Drake, cuya voz expresó evidente alivio—. Voy a enviar a uno de mis hombres disponibles para que advierta a Mundy.

—Y ahora otra cosa, Paul. Yo…

—¡Un momento, Perry! La telefonista me indica que tiene que comunicarme un mensaje.

—Bueno, entérate de lo que es.

Se produjo un momento de silencio, y luego Mason oyó que Drake lanzaba una exclamación.

—¿Qué ocurre, Paul?

—¿Sabes que Ballard era propietario de la estación de servicio que hay en la calle Décima con Flossman Avenue?

—Sí. ¿Y qué?

—La policía ha estado allí para saber a qué hora se había marchado Ballard. El empleado nos ha dicho que el auto de Ballard estaba en reparación y que su jefe proyectaba coger un taxi, pues no le gustaba utilizar el autobús cuando llevaba consigo mucho dinero. Pero, según el empleado, entonces te has presentado *tú*, has hablado con Ballard… y te lo has llevado en *tu* automóvil.

—¿De modo que el empleado me ha reconocido? Esto complica la situación.

—¡Válganme Dios, Perry! ¿Quieres decir que *es* cierto? Que…

—Quiero decir que es el momento de que Mundy llame a la policía y le cuente lo que ha visto. ¿Se sabe dónde está Arlene Duvall?

—No. Mis hombres siguen en las cercanías del remolque y los otros también. Pero, aparentemente, nosotros somos los únicos que sabemos que la jaula está vacía.

—¿Cómo ha podido salir sin que la viesen?

—No tengo ni la menor idea. Si Mundy no hubiese ido a telefonear en aquel momento, estaríamos como los otros tipos, sin la menor sospecha.

—¿Está Mundy bien seguro de que se trataba de Arlene?

—Oh, desde luego.

—Bueno, entonces, que telefonee a la policía y se lo cuente todo.

—Pero y tú, Perry, ¿qué vas a hacer?

—Retirarme un poco de la circulación, para tener tiempo de reflexionar.

—Perry, ¿qué ha sucedido? ¿Has acompañado a Ballard hasta su casa?

—Si.

—Pero entonces, el asesinato ha debido de cometerse inmediatamente después de tu marcha, a menos que…

—¿A menos que qué?

Drake se esforzó en hacer que su voz sonase risueña, pero fracasó lamentablemente.

—A menos que seas tú el asesino de Ballard.

—Es una hipótesis que hay que tener en cuenta, desde luego, pero preferiría que no la comunicases a la policía.

—¡Hombre, Perry…! Estaba bromeando.

Mason colgó y era ya más de la una cuando, desde una estación de servicio de Santa Ana, consultó un listín telefónico y llamó al número de noche del doctor Holman B. Candler. Al cabo de unos segundos le contestó una voz femenina.

—¿Señora Candler? —preguntó Mason.

—No, ¿desea usted hablar con el doctor Candler?

—Sí.

—¿Quiere contarme de lo que se trata? ¿Describirme lo que siente usted?

—No estoy enfermo. Me llamo Perry Mason y quisiera ver al

doctor acerca de Arlene Duvall. Es muy importante.

Hubo un momento de silencio y después la voz preguntó:

—¿Sabe dónde está el consultorio del doctor Candler?

—Sí, en el listín he visto la dirección.

—Pues bien, vaya allí, y yo me las arreglaré para que el doctor haga lo mismo. Si no está cuando usted llegue, espérale, no tardará más de unos minutos.

Mason colgó, fue rápidamente a beber una taza de café en un establecimiento abierto toda la noche y luego se hizo indicar el camino para llegar al consultorio del doctor Candler.

Cuando llegó a su destino, Mason vio que el médico estaba introduciendo su llave en la cerradura de la puerta.

—¡Hola, doctor! —dijo, apeándose del auto—. Soy Perry Mason.

El otro se volvió bruscamente y el abogado añadió:

—Oh, siento haberle sorprendido.

—No me ha sorprendido usted —le aseguró el médico estrechándole la mano.

—Su manera de volverse me lo ha hecho creer.

—Oh, es un reflejo que me queda de mis tiempos de boxeador y, sin embargo, eso era en mi época de estudiante. Fui campeón aficionado de los semipesados. ¡Ah, que antiguo resulta todo eso! Entre, señor Mason. Precisamente ardía en deseos de hablar con usted. ¿Ha podido recuperar Arlene su remolque?

—Oh, sí. Hace ya bastantes horas.

El doctor Candler indicó el camino a lo largo de un ancho corredor, mientras decía:

—Aunque tengo un sistema de acondicionamiento de aire, esto huele siempre a enfermedad. Extraña manera de hablar para un médico, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Caramba, se supone que somos esencialmente materialistas. Sin embargo, yo no creo que un médico pueda triunfar si no tiene conciencia de ciertas cosas que no se explican en los libros de medicina… Pero siéntese, señor Mason, por favor.

El doctor Candler, que evidentemente se había vestido con apresuramiento, se instaló tras de su mesa y miró a Mason como hombre acostumbrado a establecer un diagnóstico.

—Doctor —dijo el abogado—, creo que conoce lo bastante mi

reputación para saber que no le hubiese molestado a medianoche si no tuviese motivos muy serios para hacerlo.

El médico asintió silenciosamente.

—Como sabe, represento a Arlene Duvall.

—¿La representa verdaderamente?

—¿Qué quiere decir?

—Por lo que he entendido, ha aceptado usted defender sus intereses si ella es inocente. Pero en el caso de que fuese culpable, le ha dicho que no vacilaría en denunciarla a la policía, indemnizándose con la recompensa prometida a quien ayude a descubrir el dinero robado.

—Es exacto —la mirada de Mason se había endurecido—. ¿Tiene que hacer alguna objeción?

—No, ni la más mínima. Usted tiene derecho a entenderse con sus clientes como mejor le parezca, pero no es lo mismo que si representase a Arlene pensando únicamente en sus intereses.

—La representaré pensando únicamente en sus intereses, si ella es inocente.

—Sí, pero, ¿y si llega a la conclusión de que es culpable?

—En tal caso, actuaré como ya he dicho.

—Sí. Sin embargo, supongamos que ella sea inocente, pero que ciertos hechos le hacen creer a usted que es culpable.

—Creo que, sobre este punto, puede confiar en mí. No *soy* hombre que llegue a conclusiones apresuradas.

—No, sin duda. No obstante, podría equivocarse.

—¿Cree usted que ella es inocente?

—Apostaría la cabeza.

—¿Puedo preguntarle qué clase de relaciones tienen ustedes?

—Soy amigo de Arlene.

—¿No hay nada más entre ustedes?

El doctor Candler se frotó la barbilla.

—No me he levantado a medianoche para sufrir un interrogatorio, señor Mason. Me limitaré a decirle que siento mucho afecto por Arlene, y que me considero uno de los mejores, sino el mejor, amigo de su padre, que está pasando por una prueba muy penosa.

—¿Considera, pues, que él es inocente?

—¡Claro que es inocente! —dijo el doctor Candler con ardor—.

Le culparon a él porque la policía y la Compañía de seguros no encontraron a nadie más a quien acusar.

—Sin embargo, se descubrió en su poder parte del dinero robado.

—Sí, lo sé. Pero este descubrimiento no tuvo lugar hasta algún tiempo después del robo. Ahora bien, el autor de éste es indudablemente un empleado del Banco, pues precisa tener acceso a los cheques anulados. En tales condiciones, ¿le era muy difícil apoderarse por un momento de la cartera de Duvall y meter en ella varios billetes robados?

—Evidentemente, es una hipótesis que hay que considerar —reconoció Mason.

—Y que usted hubiese podido considerar ya —recalcó Candler con acritud.

—Doctor —dijo sonriendo el abogado—, si ahora estoy aquí es porqué estoy dispuesto, momentáneamente, a adoptar su punto de vista. Pero Arlene Duvall gasta mucho dinero. ¿De dónde lo saca? ¿Es usted quien se lo da?

—Yo no, pero sí alguien.

—¿Quién?

—Lo ignoro, y me gustaría saberlo.

—¿Ella no se lo ha explicado?

—Mi querido Mason, Arlene me lo ha explicado todo, excepto una cosa, porque había prometido no hacerlo.

—¿Y es?

—La identidad de la persona que le da el dinero. De todo lo demás, estoy informado. Sé, por ejemplo, que esta mañana debe pagarle un anticipo de mil quinientos dólares. Sé que le entregará este dinero, pero ignoro de quién lo obtendrá.

—Pero ella le ha dicho que ese dinero le era dado por alguien.

—Sí.

—¿Y por qué alguien había de darle el dinero de esta manera?

—A esto creo poder responder, pese a que sea sólo una suposición mía. Pienso que esa persona, hondamente convencida de la inocencia de Colton P. Duvall no puede permitir que su nombre aparezca mezclado en el asunto. Su razonamiento es éste: en tanto que las autoridades crean que el dinero fue escondido por Duvall y que éste no quiere revelarles el escondrijo, el desdichado

permanecerá en presidio. En cambio, si las autoridades en cuestión consideran que la hija de Duvall ha descubierto el escondrijo y gasta el dinero, no tendrán ya ningún motivo para conservar al padre en la cárcel. Por el contrario, al liberar a éste, se puede esperar que tenga lugar un ajuste de cuentas, amistoso o no, entre Colton y Arlene. En aquel momento, al entrar Duvall por segunda vez en posesión del dinero robado, podrán encarcelarlo de nuevo y detener a su hija por complicidad, con la esperanza de recuperar el resto del capital. Este es el razonamiento que debe hacerse la persona desconocida que financia los gastos de Arlene. Es una especie de cebo gracias al cual se espera que Duvall sea puesto en libertad condicional.

—Es un razonamiento que no me parece muy correcto.

—A mí tampoco. Lo encuentro incluso estúpido. Lo he discutido con Arlene, sosteniendo que estas maniobras más bien amenazaban con perjudicarles. Pero ella ha prometido a la persona en cuestión que seguiría sus instrucciones durante un período de por lo menos dieciocho meses.

—¿Y usted cree esa historia? —preguntó Mason.

—Por completo, porque ha sido Arlene quien me la ha contado.

—Y si algún otro, en quien tuviese usted una confianza menos absoluta, le hubiese contado el mismo cuento, ¿lo hubiera creído?

—Tal vez no.

—¿Tiene algún indicio relativo a la identidad del filántropo?

—Pienso que es alguien del Banco.

—¿El propio ladrón, que tuviera ahora remordimiento porque Duvall fue encarcelado en su lugar?

—Se me ha ocurrido esta idea, pero más bien creo que el misterioso benefactor es Edward B. Marlow, precisamente del Banco.

—¿Por qué él?

—Porque por el hecho de ser presidente, ha presenciado el origen de las desdichas de Duvall. Tiene una gran fortuna personal y es un hombre de bien, muy capaz de sentir remordimientos si es que duda ahora de la culpabilidad de Duvall. Por lo demás, tiene la influencia suficiente para conseguir que los agentes del fisco guarden silencio sobre la procedencia de los ingresos de Arlene. Sin duda sabrá usted que la policía no ha podido obtener ningún

informe por ese lado, ¿verdad? Desde luego, Marlow debe actuar como si se tratase de un donativo, y pagar los derechos y aferentes.

—Sí, entiendo —dijo Mason—. ¿Tiene algún otro indicio?

—No —repuso el médico, meneando lentamente la cabeza—, por el momento no se me ocurre ninguna otra cosa que contarle.

—¿Sabe dónde está Arlene Duvall?

—No… Es decir, sé que está en su remolque, pero no sé el lugar exacto en que está aparcado éste.

—Ella no está en el remolque.

El rostro de Candler expresó sorpresa.

—¿Está seguro?

—Los detectives que la vigilan me lo han afirmado.

—¿La hace vigilar por detectives? —exclamó el médico.

—Digamos que tengo detectives que no pierden de vista a los policías que la vigilan.

—Entiendo.

—¿Conoce a Jordan L. Ballard?

—¡Desde luego! Soy médico del Banco y examino a todos los empleados dos veces por año. Naturalmente, muchos de ellos se han convertido en clientes míos. Conocí muy bien a Ballard cuando estaba en el Banco, pero ahora le veo mucho menos.

—Entonces, voy a informarle de algo que podrá leer mañana en el diario. Ballard ha sido asesinado esta noche, hacia las diez y media.

—¡Asesinado! ¿Por quién?

—Por motivos que no puedo revelarle actualmente, la policía sospechará de Arlene Duvall.

—¡No es posible!

—Y, dicho sea entre nosotros, en el curso de las últimas cuarenta y ocho horas, Jordan había sostenido una entrevista confidencial, con la policía, en el curso de la cual le había indicado el número de uno de los billetes robados, un billete de mil dólares, del que se había acordado.

—¿Cómo ha tardado tanto tiempo en recordarlo?

—Por asociación de ideas con el número del caballo por quien apostó el día del robo.

—Esta historia me parece muy extraña.

Mason asintió con la cabeza.

—Señor Mason —dijo el médico, como si tomase una decisión después de haber vacilado en hablar—, no le ocultaré que Ballard figuraba desde hace algún tiempo entre el número de mis hipótesis.

—¿Pensaba que podría ser el hombre que subvencionaba a Arlene?

—Pensaba, sobre todo, que podía ser el autor del robo.

—Pero, ¿cómo lo habría hecho?

—Por desdicha, lo ignoro. Pero fijémonos en los hechos: Ballard trabajaba en el Banco. Era uno de los encargados de vigilar el envío de capitales. Dijo que su atención había sido distraída por los resultados de una carrera que se celebraba en aquel mismo momento. Ahora bien, él no tenía por costumbre apostar en las carreras. Había apostado porque alguien le había hecho una confidencia, pero él nunca aclaró quién fue ese confidente. Por lo demás, había apostado mucho para un empleado con un sueldo pequeño. Después del robo, Ballard fue despedido por la dirección del Banco. En apariencia, pasó algún tiempo sin nada que hacer, y después encontró trabajo y, desde aquel momento, se convirtió en un Rey Midas. Todo lo que emprendía tiene éxito. Que hiciera algunas inversiones afortunadas, pase, pero, ¿basta esto para explicar los millones que ha amasado?

—No sabría decirle.

—Ni usted, ni nadie.

—Así, pues, ¿sospechaba de él?

El doctor Candler asintió con la cabeza.

—Es lo que deseaba saber —dijo Mason antes de añadir—. Tengo motivos para suponer que Arlene Duvall estaba en posesión del billete de mil dólares cuyo número ha indicado Ballard a la policía. Le confío esto en plan estrictamente confidencial, desde luego, y sólo porque este detalle me parece susceptible de corroborar su hipótesis de que Ballard es el culpable.

—Sí, ahora Ballard ha sido asesinado, lo que me parece una conclusión bastante lógica. En efecto, incluso si fue el instigador del robo, Ballard no tuvo posibilidad de coger personalmente el dinero. Necesitaba, pues, un cómplice. Y tal vez entre ellos haya surgido un desacuerdo… desacuerdo que ha tenido como consecuencia el asesinato de Ballard.

El médico hizo una pausa.

—Su muerte debería apenarme, pero por el contrario, me regocija, porque pienso que ahora será posible aclarar este asunto. En efecto, gracias a este crimen, la policía dispone de nuevos elementos. Cuando se descubra al asesino de Ballard, se conocerá al cómplice del robo, por lo tanto, se encontrará lo que queda del dinero.

—Dicho esto, doctor Candler, ¿tendrá la bondad de avisarme inmediatamente; si Arlene Duvall da señales de vida?

El médico se frotó de nuevo la barbilla, en la que empezaba a asomar la barba.

—No puedo prometerle nada, señor Mason. Cuando se trata de Arlene, siempre hago lo que creo más conveniente para ayudarla.

—En este caso, lo que más le conviene, sin lugar a dudas, es ponerse urgentemente en contacto conmigo.

—Esta es su opinión. Yo me reservo la mía hasta que haya hablado con Arlene…

—De todos modos, prefiero que nos sirva usted de intermediario.

—¿Por qué?

—Porque he sido citado y debo comparecer mañana a las diez ante la Cámara de acusaciones, llevando cualquier billete de Banco que me haya podido entregar Arlene Duvall.

—Y será interrogado.

—Seguramente.

—Pero, en su calidad de abogado, ¿no puede escudarse tras el secreto profesional?

—Sólo en cierta medida. El secreto profesional sólo ampara lo que es necesario que me explique mi cliente para que yo pueda aconsejarla en cuanto a la protección de sus derechos legales. Pero me esforzaré en interpretar esta regla de la manera que más convenga a los intereses de mi cliente —terminó Mason sonriendo.

Como el abogado se levantara, Candler le imitó al tiempo que le alargaba la mano:

—Ha sido por consejo mío que Arlene ha ido a consultarle.

—¿Ah, sí?

—Sí. Notaba que yo no estaba ya a la altura de la situación, porque me había convencido de que alguien trataba de utilizar a Arlene para que le sacase las castañas del fuego, y que su

intervención precipitaría las cosas.

—¿Opina, pues, qué el asesinato de Ballard es una consecuencia directa de mi entrada en escena?

—Esto es presentar las cosas con bastante crudeza, pero le contestaré que sí.

Mason se había dirigido hacia la puerta y había apoyado la mano en el pomo cuando sintió que éste giraba. Se apartó inmediatamente, mientras se abría la puerta. Una joven pelirroja, de unos treinta años, muy segura de su encanto y su belleza, permanecía en el umbral, sonriente.

—¡Rose! —exclamó el doctor Candler con un deje de irritación en la voz—. ¿Qué hace aquí?

—He venido por si podía ser útil.

—Señor Mason, le presento a Rose Travis, mi enfermera. Ella es quien filtra todas las llamadas que recibo durante la noche.

—Así, pues —dijo Mason, estrechando la mano que le alargaba la joven—, ¿ha sido con usted con quien he hablado antes por teléfono?

—Sí.

—Lamento muchísimo haberla despertado.

—Oh, no importa; estoy acostumbrada y vuelvo a dormirme en seguida. Hágase cargo, es indispensable que se seleccionen las llamadas nocturnas que se reciban, porque muchas personas telefonean a su médico sólo porque se sienten solas o les cuesta dormirse. Entonces les recomiendo que tomen dos aspirinas y un baño caliente, en espera de consultar con el doctor Candler al día siguiente.

—Rose me es extraordinariamente útil —confirmó el doctor—. Hago mucha diatermia y baños de luz. La mayoría de mis colegas desdeñan esta terapéutica. Pero yo opino de otra manera. En fin, Rose está encargada de estos tratamientos. Desde luego, dispone de varios ayudantes, pero muchas veces me pregunto cómo consigue hacerlo todo ella sola. Y desde la muerte de mi esposa, ocurrida hace cinco años, se encarga también de las llamadas nocturnas, como acabo de explicarle. Pronto hará once años que trabajamos juntos, ¿verdad, Rose?

—Doce.

—¿Doce? ¡Dios mío, es cierto! ¡Cómo pasa el tiempo!

La mirada de la enfermera pasó del médico a Mason:

—He venido por si podía servirle de ayuda. ¿Ocurre algo malo?

—Ballard ha sido asesinado —le dijo Candler.

—¡No! ¿A qué hora? —exclamó Rose Travis.

—No lo sabemos con exactitud —repuso el médico.

—Sírvanse disculparme —intervino Mason—, pero debo marcharme. Todavía me espera mucho trabajo.

Y se adentró en el aire fresco de la noche, dejando tras de sí a un médico y a una enfermera perplejos.

Capítulo 8

Cuando Perry Mason llegó a su despacho, poco antes de las nueve y media, Della Street ya le esperaba.

—Estoy citado para comparecer ante la Cámara de acusaciones —anunció el abogado a su secretaria—. Por lo tanto, cuéntame sólo lo que sea importante, porque apenas me queda tiempo para llegar allí si no quiero retrasarme.

—Mejor será que, ante todo, mires esta carta.

Tomó el sobre mecanografiado que Della le alargaba:

—¿De qué se trata? —inquirió con impaciencia.

—Míralo tú mismo.

—¡Caramba! —exclamó el abogado al sacar el contenido del sobre, que había sido abierto cuidadosamente por su secretaria.

Tenía en la mano una nota manuscrita a la que iban unidos mediante un clip metálico, un billete de quinientos y otro de mil dólares.

> *Apreciado señor Mason,* aparecía escrito en la hoja. *Le había prometido que tendría el anticipo esta misma mañana. Me han dicho que esta carta será entregada en su despacho hacia las ocho. Me parece que yo no podré ir. Gracias.*
>
> *Arlene Duvall*

—Esta carta fue depositada en el correo ayer noche, a las ocho y media —observó Mason, después de examinar la estampilla.

Della Street asintió en silencio, mientras el abogado sacaba de un bolsillo el otro sobre, el que había recibido por mediación de Drake. Observó la escritura.

—¿Es la misma máquina de escribir? —preguntó Della.

Mason meneó la cabeza.

—Pues bien —dijo la joven—, esto te representa un anticipo de tres mil dólares en lugar de mil quinientos.

—No. Los otros mil quinientos ya no los tengo.

—¿Ya no los tienes?

—No; ya sabes cómo soy: ¡no sé guardar el dinero! Por lo demás, no hubiésemos podido aseguramos de que esa suma procedía de Arlene Duvall. Una carta mecanografiada y firmada con una A, igualmente escrita a máquina, no constituye una prueba.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—En mi citación de comparecencia, se estipula que debo llevar conmigo todo billete de Banco que haya recibido de Arlene Duvall. Y no dudo de que el señor Hamilton Burger querrá interrogarme personalmente.

—Ya entiendo —dijo Della Street—. ¡Va a ser de miedo!

—Desde luego.

—Paul Drake me ha explicado lo que ha sucedido esta noche. Jefe, ¿quién era el hombre que estaba con Ballard? El que han visto asomarse a la ventana.

—Probablemente lo sabrás cuando leas los periódicos de esta noche —contestó el abogado.

Cogió su cartera de mano, en uno de cuyos compartimientos dejó caer la carta de Arlene y los dos billetes. Se dirigía ya hacia la puerta, después de sonreír a su secretaria, cuando cambió de idea:

—Della, la carta que Paul me dio anoche había sido entregada por un mensajero uniformado. Pídele a Paul que se ponga en contacto con todos los servicios de este tipo que pueden existir en la ciudad y que me encuentre al mensajero en cuestión. Quiero saber dónde le fue entregada esa carta, y que me describa la persona que se la dio. Y ahora, Della, me marcho.

Cuando, una vez en el Palacio de Justicia, Mason se dirigía hacia la Cámara de acusaciones, fue rodeado inmediatamente por los periodistas, en tanto que los fotógrafos le deslumbraban con sus destellos.

—¿De qué se trata, señor Mason? —preguntó uno de los periodistas.

—Yo también quisiera saberlo. He recibido una citación para que comparezca, y como ciudadano que respeta la ley, me presento,

pero, en realidad, eso es todo lo que puedo decirles.

Cuando Mason entró en la sala, Hamilton Burger, que estaba hablando al jurado, se interrumpió y contempló al recién llegado con aire satisfecho. Mason vio que los rostros del jurado expresaban curiosidad, pero percibió también cierta frialdad que le hizo pensar que la situación era, tal vez, más grave de lo que se había figurado.

Después de que hubo prestado juramento, Hamilton Burger le dijo:

—Pese a que es usted abogado, le recuerdo que está obligado a contestar a ciertas preguntas que le serán hechas y que tiene derecho a negarse a hacerlo si ello puede incriminarle a usted.

—Gracias —dijo Mason con frialdad.

—Su citación especificaba que debía usted traer todo billete de Banco que le hubiese entregado la llamada Arlene Duvall. ¿Conoce a esa Arlene Duvall?

—Sí.

—¿Es cliente suya?

—En cierto sentido, sí.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Pues bien, que nuestro acuerdo es condicional. Si en el curso de mi investigación llego a convencerme de que ella es autora o cómplice de un crimen, tanto si es antes como después de la ejecución de éste, me he reservado el derecho de dejar de representarla y de comunicar a las autoridades todo lo que supiera al respecto.

—¡Qué alto concepto de la misión del abogado! —bromeó Burger.

—No creo que la ironía esté muy indicada en este momento —replicó Mason—. En realidad, únicamente me ha guiado la prudencia.

—¿Está usted *seguro* de haber cerrado este trato con su cliente?

—Desde luego.

—¿Cuando acudió a verle por *primera* vez?

—Sí.

—¿No ha sido más bien después de haber recibido usted una citación para comparecer ante esta cámara?

—Estoy aquí para contestar sus preguntas, pero no para soportar sus insinuaciones. Usted es abogado, lo mismo que yo, y sabe de

qué manera debe efectuarse este interrogatorio.

—¡No necesito que usted me lo recuerde! —gritó Burger, cuyo rostro enrojeció.

—Si nadie más lo hace, es necesario que sea yo —contestó con calma Mason—. Dicho esto, aquí somos todos personas muy ocupadas; por lo tanto, no perdamos más tiempo.

—Muy bien. Arlene Duvall le ha entregado dinero; ¿no es así?

—No.

—¿No?

—Entendámonos; he cargado en el crédito de la señorita Duvall una suma de mil quinientos dólares que creo proceden de ella, pero que ella no me ha entregado personalmente.

—Entonces, ¿cómo ha recibido ese dinero?

—Los mil quinientos dólares a *que me refiero* —dijo Mason con lentitud, para cerciorarse de que el taquígrafo no se dejaba ni una palabra—, me han llegado esta mañana, por correo. El sobre estaba mecanografiado, pero contenía asimismo una nota manuscrita que supongo procede de Arlene Duvall, puesto que está firmada con su nombre.

—¿Contenía esta carta unos billetes de Banco?

—Sí, dos. Un billete de quinientos dólares y otro de mil dólares.

Burger no pudo ocultar cierta sorpresa ante la tranquilidad con que Mason contestaba.

—¿Y dónde le ha dicho su diente que había conseguido ese dinero?

—No ha tenido ocasión de decírmelo, puesto que, le repito, esa carta ha llegado por el correo de esta mañana.

—¿A qué hora?

—Sólo unos minutos antes de salir hacia aquí. Por eso llevo el dinero conmigo. De lo contrario, es costumbre del despacho que, cada noche, el dinero que se ha recibido durante el día sea ingresado en el Banco, de donde lo retiro luego mediante cheques, a medida que lo necesito.

—Sí, desde luego, un hombre que ejerce su profesión de la manera como usted la ejerce, debe tomar precauciones para no correr el riesgo de ser acusado de querer defraudar al fisco.

Por toda respuesta, Mason se contentó con disimular un bostezo tras del dorso de su mano.

—¿Ha dicho que tenía en su poder esos dos billetes?
—Sí, helos aquí.
Hamilton Burger apuntó los números de los billetes en un pedazo de papel, que a continuación entregó a uno de sus ayudantes, el cual abandonó inmediatamente la sala.
—Y ahora —prosiguió Burger, encarándose de nuevo con Mason —, dígame si conocía usted a Jordan L. Ballard.
—Si.
—¿Cuándo lo vio por última vez?
—Anoche.
—¿Fue usted a la estación de servicio propiedad del señor Ballard, en la esquina de la calle Décima con Flossman Avenue?
—Sí.
—¿Y allí se encontró con el señor Ballard?
—Si.
—¿Lo había conocido anteriormente?
—No.
—¿Le ofreció usted acompañarle a su domicilio?
—Él fue quien me lo pidió.
—¿Y usted lo hizo?
—Sí.
—Cuando llegaron ustedes a su destino, ¿no vio usted ningún auto detenido ante la casa del señor Ballard, ni en el camino ni en el garaje?
—No, en efecto.
—¿Dejó usted su auto junto a la acera o en el camino de acceso?
—En el camino de acceso.
—¿Por qué no lo dejó junto a la acera?
—Porque el señor Ballard me sugirió que lo condujese hasta delante de la casa.
—¿Estaba, pues, muy cerca de la puerta de entrada?
—Sí.
—¿A qué distancia, aproximadamente?
—Tres o cuatro metros, todo lo más.
—¿La portezuela derecha de su auto estaba del lado de la casa?
—Sí, en efecto.
—¿Ballard estaba sentado a su derecha?
—Naturalmente. Yo conducía.

—¿Él se apeó primero?

—Sí.

—¿Y qué hizo usted?

—Me desplacé sobre el asiento y bajé por la portezuela de la derecha.

—¿Detrás de Ballard?

—Es del todo evidente que no pasé por encima de su cuerpo.

—No es necesario que trate de hacerse el gracioso, señor Mason. Sólo deseamos saber lo ocurrido.

—Bueno, ya se lo he dicho.

—¿Entró usted en la casa, junto con el señor Ballard?

—Si.

—Y usted había dicho a su cliente, Arlene Duvall, que iba a visitar al señor Ballard, ¿no es cierto? —exclamó Burger, señalando bruscamente con el índice a Mason.

—No.

—¿No le dijo que se reuniera con usted en casa de Ballard?

—No.

Hamilton Burger sonrió sarcásticamente:

—Una vez en la casa, aprovechó usted un momento en que Ballard le dejó solo para acercarse a una ventana de la sala y hacer una señal a alguien, moviendo la persiana, ¿no es cierto?

—No.

—¿Niega haber hecho tal cosa?

—Formalmente.

—¿Se atreve usted a negar que hizo una señal a alguien?

—Desde luego.

Burger vaciló un momento, y después dijo:

—Señor Mason, le advierto que poseemos ciertas pruebas que indican que sus últimas respuestas constituyen un falso testimonio. Para que no haya ningún mal entendido, voy a repetirle las preguntas…

—Es inútil que me repita las preguntas a las que acabo de responder. También es inútil que trate de intimidarme. Es usted muy libre de decir que constituyen un falso testimonio; yo sigo manteniendo lo mismo.

—Un hombre movió la persiana de la sala en el momento de la muerte de Ballard, y podemos demostrarlo —exclamó Burger.

—Bueno, adelante, demuéstrelo —dijo Mason impasible.

—Por el momento, prefiero demostrar cierto falso testimonio. Si le he entendido bien, ha afirmado usted no haber dirigido ninguna señal a nadie bajando y volviendo a subir después la persiana de la sala de estar, ¿no es eso?

—Sí, me ha entendido usted muy bien.

—¡Perfecto! —clamó Burger—. Le había tendido una mano, aunque sólo Dios sabe por qué, pero ahora le pido que permanezca sentado donde está mientras hacemos entrar a otros dos testigos.

Volviéndose hacia el ujier, en pie junto a la puerta, Burger ordenó:

—Haga entrar a Horace Mundy.

Mundy entró en la sala con aspecto de perro apaleado. Lanzó una fugaz mirada a Mason y en seguida apartó los ojos.

—Recuerdo al señor Mason —dijo entonces Hamilton Burger— que en esta clase de debates no tiene derecho a contrainterrogar a los testigos. Por lo demás, puedo asegurar al jurado que mis preguntas serán perfectamente claras y leales y que en ningún momento trataré de arrancar ninguna identificación a los testigos. Dicho esto, señor Mundy, ¿conoce usted al caballero que está ahí sentado, el señor Perry Mason?

—Sí, le conozco.

—¿Le vio la noche última?

—Sí.

—¿Dónde?

—Bueno, le vi en varias ocasiones. El señor Mason vino a mi encuentro a consecuencia del informe que yo había enviado a Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake.

—¿El citado Drake es su jefe?

—Sí.

—¿Le había encargado el señor Drake que vigilase, por cuenta del señor Mason…?

—No. En este aspecto no puedo asegurar nada. El señor Drake me pidió que hiciera ciertas gestiones, y yo pude suponer que era por cuenta del señor Mason, pero esto es todo.

—Bueno, bueno. La noche pasada, estuvo usted siguiendo a Arlene Duvall, ¿no es cierto?

—Si.

—¿Quiere explicarnos en qué condiciones?

Mundy empezó a contar cómo su camarada y él se habían emboscado en las cercanías del lugar en que estaba aparcado el remolque, que él había querido ir a telefonear su informe y de esta manera había descubierto a Arlene Duvall en el terreno de *golf*. Terminó relatando cómo había solicitado la ayuda de James Wingate Fraser.

—¿Anotó usted el número del taxi al que subió la señorita Duvall? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí: 245.

—Bien. ¿Qué ocurrió después?

—Bueno. En seguimiento de la señorita Duvall llegamos hasta una casa que, según me enteré más tarde, era la residencia de Jordan L. Ballard. Había un auto aparcado ante la puerta, y supuse que era el del señor Ballard.

El testigo explicó seguidamente cómo Arlene Duvall, después de haber estado a punto de llamar a la puerta de entrada, había cambiado de idea y había rodeado la casa. Cuando mencionó que un hombre había bajado y después vuelto a subir la persiana de la sala, Burger le preguntó inmediatamente:

—¿Sabe usted ahora quién era aquel hombre?

—No… no puedo afirmarlo con toda certidumbre, pero creo que era Perry Mason.

—Bien. Prosiga.

—Al cabo de un momento, ese hombre salió de la casa, subió al auto y se marchó. Entretanto, Arlene Duvall, que había colocado un cajón bajo la ventana de la cocina, se encaramó en él, se levantó la falda y entro por allí en la casa.

—¿Cuánto tiempo permaneció dentro?

—Unos diez minutos.

—¿Y después?

—Volvió a salir, casi corriendo.

Seguidamente, el detective explicó cómo la joven se las había arreglado para despistar a sus seguidores y Hamilton Burger volvió al punto que le interesaba especialmente:

—En su opinión, la persona a quien vio usted hacer señales a alguien, por medio de la persiana, ¿era Perry Mason?

—Yo… Sí, ahora creo que sí era él.

—¿Le hizo el señor Mason preguntas para tratar de averiguar si le había reconocido?

—Me pidió que le describiese a la persona que había visto por la ventana, y le contesté que ese hombre era de una corpulencia bastante parecida a la de él… Pero en aquel momento no se me ocurrió la idea de que pudiese tratarse de él.

—¿Cuándo se le ha ocurrido esta idea?

—Cuando usted me ha interrogado en su despacho y… y después de haber hablado con el señor Fraser.

—Creo que, por el momento, esto es todo —declaró Hamilton Burger—. Que pase James Wingate Fraser.

Fraser prestó juramento y su historia confirmó la de Mundy, excepto en lo que se refería a la hora. En tanto que el detective calculaba haberse separado de su colega hacia las nueve y media y las diez, Fraser declaraba que el otro le había detenido entre las nueve y las nueve y media.

—¿En qué se basa para determinar la hora de su encuentro con el señor Mundy?

—Oh, es algo aproximado, pero suelo regresar a esa hora. En mi opinión, cuando el individuo movió la persiana en casa de Ballard, debían de ser alrededor de las diez.

—¿Podría reconocer al hombre en cuestión?

—Sí. Era Perry Mason.

—¿Cuándo *se* dio cuenta de ello?

—Cuando el señor Mason vino a mi casa, más tarde. Yo estaba con unos amigos y…

—¿Qué quería el señor Mason? ¿Qué le dijo?

—Bueno, sobre todo quería saber si podría reconocer al hombre a quien había visto por la ventana. Le contesté que era un hombre aproximadamente de la misma constitución que él. Luego, cuando él se hubo marchado, uno de mis amigos observó que el señor Mason parecía muy ansioso por saber si podría reconocer a aquel hombre, en el caso de que volviese a verlo y añadió riendo: «Tal vez sea porque él mismo no dispone de una coartada». Me reí lo mismo que los otros y luego, bruscamente, se me ocurrió la idea de que podía ser el señor Mason aquel a quien vi por la ventana.

—¿Vio asimismo a ese hombre cuando salió de la casa y subió a su auto?

—Sí, y es precisamente en aquel momento cuando le vi mejor, y ahora estoy completamente convencido de que era Perry Mason.

—Bueno, esto es todo, gracias —dijo Hamilton Burger. Luego, volviéndose hacia Mason—. No le necesitamos ya más, señor Mason. Puede usted retirarse.

—Gracias. Para proceder con plena lealtad, podría usted hacer observar al jurado que yo mismo pregunté a esos dos hombres si podrían reconocer a la persona que habían visto. Mundy me contestó que no lo creía y Fraser: «Tal vez, si volviese a verle en las mismas condiciones…». Y tanto el uno como el otro me tenían ante ellos mientras decían esto.

—No tiene usted por qué discutir las testificaciones, señor Mason. El jurado sabrá apreciar los motivos que le han impulsado a asegurarse de que estos dos testigos no estaban en situación de identificar al hombre que habían visto en un momento en el que evidentemente distaban mucho de pensar que pudiese ser usted. Puede retirarse.

—Gracias —dijo Mason.

Asi que hubo salido de la sala los periodistas le rodearon.

—¿Qué ocurre ahí dentro? —preguntaron—. ¿Es cierto que está usted mezclado en el asunto Ballard?

—Un testigo que habla ante la Cámara de acusaciones no tiene derecho a repetir su declaración.

—¿Ha actuado, pues, de testigo?

—Sí.

—Pero entonces, ¿cómo es que ha permanecido en la sala mientras se convocaba a otras dos personas? ¿Era para que le identificasen?

—Tendrán que preguntar esto al fiscal del distrito. Yo no puedo decirles nada. Si se sirven disculparme, caballeros…

—¡No, no, señor Mason! ¡No se vaya así! ¿Estuvo usted en casa de Ballard la noche pasada?

—Sí.

—¿Cuando fue asesinado?

—No. Cuando me marché gozaba de una salud perfecta.

—¿A qué hora fue eso?

—No miré el reloj.

—¿Es cierto que fue usted la última persona que vio vivo a

Jordan Ballard?

—No, porque el asesino le vio vivo.

—¿Es cierto que le amenazan con una acusación por falso testimonio?

—Verdaderamente, señores, ¿por qué no preguntan todo esto a Hamilton Burger? El estará sin duda encantado de informarles. Y ahora, adiós.

Al salir del Palacio de Justicia, Mason cogió un taxi y regresó a su despacho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó inmediatamente Della Street.

—Hamilton Burger se dispone a hacerme acusar de falso testimonio.

—¿Has rehusado contestar sus preguntas?

—No, porque las ha formulado de tal manera que no he podido preguntarme si debía o no contestar.

—¿Cómo es eso?

—Me ha preguntado si no había hecho una señal a alguien moviendo la persiana de la sala de estar de Ballard. Yo he negado formalmente haberlo hecho… lo que me hubiese sido imposible si él se hubiese limitado a preguntar: «¿Manejó la persiana que está en la sala de Ballard?».

—¿Quieres decir que siempre ha asegurado que tú habías hecho señales?

—Sí.

—Oh, es maravilloso. ¿Qué haremos ahora?

—¿Ha descubierto algo Drake en relación con ese mensajero?

—No. Ha visitado todas las agencias sin poderlo localizar.

—Entonces, hay que preguntar en las tiendas de disfraces si alguien ha alquilado un uniforme de mensajero.

—A Paul ya se le ha ocurrido y efectivamente es lo que ha sucedido… Pero, ahí llega él —dijo Della Street al reconocer la manera especial que el detective tenía de llamar a la puerta.

—Perry —anunció Drake así que hubo entrado—, el falso mensajero pudo haber sido Howard Prim, el sujeto complicado en el robo del remolque.

—¿Estás seguro?

—Por desdicha, no. No puedo facilitarte ninguna prueba concreta.

—Cuéntame de todos modos lo que sabes.

—Pues bien, tenía dos hombres que seguían a Prim, o a Sackett, como prefieras, pero él ha debido de acabar por notarlo y los ha despistado entrando en un edificio comercial del que ya no le han visto salir.

—¿Qué relación tiene esto con lo del mensajero?

—Cuando he realizado la investigación en las tiendas de disfraces, he encontrado una que ayer, justo antes de la hora de cierre, había alquilado un traje de mensajero. Pero el cliente había pedido también un vestido de sacerdote. Y esa tienda está en el edificio donde Sackett despistó a mis hombres. Por lo tanto, supongo que Sackett salió vestido de cura, con un paquete bajo el brazo, y sin que mis hombres sospecharan nada porque, no pensando que Sackett trataba de despistarlos, no se fijaron en los rostros de todas las personas que salían del edificio.

—¿Crees, pues, que fue Sackett quien llevó la carta a tu despacho?

—Es posible, aunque la descripción no corresponde. Sackett es más bien grueso, en tanto que, según mi telefonista, el mensajero era delgado y bastante… ¡Válgame Dios, Perry! Ese mensajero podía ser una mujer vestida de hombre por la descripción que me ha hecho la telefonista.

—¿Tus hombres han vuelto a encontrar la pista de Sackett?

—Sí, esta mañana, hacia las seis. Ha regresado al 3.921 de Mitner Avenue, donde vive bajo el nombre de Sackett. Aparentemente, no ha pensado que podíamos haber descubierto ese domicilio. Ha aparcado su jeep junto al bordillo y ha entrado en la casa sin ni siquiera volverse. ¡Oh! Me mordería los puños cuando pienso…

—Es inútil recriminarte, Paul. Hay que tomarse las cosas tal como se presentan. Por cierto que tu Mundy me ha identificado ante el jurado de la Cámara de acusaciones como el hombre que, la noche pasada, había visto en casa de Ballard.

—*¿Qué?*

Mason confirmó la noticia con un movimiento de cabeza.

—¡Eso no es lo que él me había dicho!

—¿Te ha entregado un informe por escrito?

—No… Caramba, pues es verdad, hubiese debido entregarme

uno. Seguramente le habrán aconsejado que no lo hiciera.

—¿Te ha dicho que le habían citado para que compareciese ante la Cámara de acusaciones?

Drake meneó la cabeza y después añadió con viveza:

—No hay que tomárselo demasiado en cuenta. Si la policía lo ha pescado y el fiscal lo ha metido entre cuatro paredes, no hay que criticarlo por no haber querido desobedecer las órdenes de Burger, dirigiéndome un informe por escrito. Después de todo, es detective privado y necesita ganarse la vida.

—Lo que me interesa no es lo que el fiscal le ha dicho que no haga, sino lo que haya podido ordenarle hacer… Es decir, referente a mi identificación.

—Oh, Mundy no es capaz de prestarse a una cosa así. Es un muchacho muy serio y concienzudo en el que se puede confiar. Su único inconveniente es que es un poco tímido. Cuando las cosas van mal, como ocurre a menudo en un interrogatorio, es incapaz de resistir.

—¡Pero el resultado es el mismo! No se atreverá a callar lo que el fiscal le ordene que diga.

—No, Mundy no hubiese declarado bajo juramento una cosa de la que no estuviese convencido.

—Pero, ¿tampoco habría sido capaz de plantar cara al fiscal?

—No, sin duda. De todos modos, Perry, tú tenías derecho a estar en casa de Ballard. Nadie piensa seriamente en acusarte de su asesinato. Tu visita sólo es importante porque permite fijar la hora del crimen. ¿Arlene Duvall entró en la casa inmediatamente después de tu marcha?

—Es lo que dice Mundy.

—Si él lo dice, seguro que es verdad. ¿Qué podrás hacer por ella, Perry?

—Nada. Si Burger me convoca como testigo y me hace las preguntas adecuadas, me veré obligado a decir todo lo que sé, y a abrumar a mi cliente.

—¿Y qué crees que ella hará?

—La única cosa que puede salvarla. Jurará que Ballard estaba muerto cuando yo salí de la casa.

—Pero, ¿cuál será entonces la reacción de Hamilton Burger?

—Es difícil de decir. Tal vez nos hará inculpar a los dos por el

jurado… Pero dejemos esto por el momento, Paul. Hablame de Arlene Duvall y dame las últimas noticias del terreno de golf.

—Oh, allí las cosas han empezado a moverse. La policía ha acabado por descubrir que vigilaba un remolque vacío. Entonces ha entrado en él y lo ha registrado.

—¡No es posible! ¿Tenían una orden de registro?

—No lo creo. Por lo que me han dicho mis hombres, han entrado en el remolque así que han notado que estaba vacío, sin perder tiempo en pedir instrucciones. Todavía están allí. ¡Deben de estar deshaciéndolo en pedazos!

—Está bien. Paul, ocúpate especialmente de Sackett. No dejes que os burle de nuevo. Emplea a los hombres que sea preciso, pero preferiría que Sackett no notase que le siguen.

—Entendido. ¿Algo más?

—¿Tienes alguna nueva información relacionada con el asesinato de Ballard?

—No, apenas nada. Parece que fue dejado sin sentido por detrás. Luego, una vez caído, fue apuñalado por tres veces con un cuchillo de cocina.

—¿De dónde procedía el cuchillo?

—Era el suyo. Estaba sujeto en un soporte magnético, encima del fregadero.

—Así, pues, es muy probable que no haya habido premeditación.

—¿Quién pudo matarlo, Perry?

—Según el razonamiento de la policía, en el que aún no he podido descubrir ningún fallo, sólo dos personas han estado en situación de cometer este crimen: Arlene Duvall y Perry Mason. Ahora bien. Estoy bien situado para saber que yo no he sido.

—Pero nada demuestra que Ballard estuviese muerto cuando Arlene salió de su casa.

—No, sin duda. Y por el momento esta es mi última esperanza. Si Arlene tiene suficiente sentido común para no decir nada, tal vez consigamos confundir a los testigos sobre este punto. Pero es indudable que algo produjo una gran impresión a Arlene, mientras ella estaba en casa de Ballard, para que se marchase corriendo como lo hizo. Tarde o temprano, la detendrán. Si dice que Ballard estaba vivo y gozando de buena salud cuando ella se marchó, le

preguntarán por qué, en tal caso, sintió necesidad de entrar por la ventana de la cocina, y por qué huyó tan apresuradamente, sin ni siquiera cerrar la puerta principal. Si ella dice que Ballard estaba muerto cuando entró en la casa y que esto fue lo que la asustó, entonces me voy a encontrar en plena línea de fuego. Y hay que considerar una posibilidad muy desagradable, Paul.

—¿Cuál?

—La posibilidad de que Arlene, en el curso de una discusión, golpeara a Ballard en la cabeza y luego, presa del mayor furor, lo acribillara a cuchilladas. Y que, viendo que las cosas se ponen mal, trate de salvarse echándome el muerto encima.

—Pero, ¿qué habría podido ponerla tan furiosa?

—El hecho de descubrir que Jordan L. Ballard era el instigador del robo del *Mercantile Security*, por culpa del cual su padre…

Mason fue interrumpido por el timbre del teléfono. Por indicación suya, Della Street contestó. Después la secretaria alargó el aparato a Drake:

—Es para ti, Paul.

Después de haber escuchado durante unos segundos y de haber lanzado varias exclamaciones, el detective colgó y dijo:

—Ya está armada, Perry.

—¿Qué sucede?

—La policía acaba de detener a Arlene Duvall. Ella ha reconocido que fue a casa de Ballard, pero no ha querido revelar el motivo. Dice que entró por la ventana, porque había visto a Ballard tendido en el suelo de la cocina. Afirma que estaba ya muerto cuando ella entró en la casa.

—En tal caso —dijo Mason lanzando una ojeada al reloj que adornaba su despacho—, empieza la carrera contra reloj. Della, redacta una solicitud de *habeas corpus* a nombre de Arlene Duvall, para obligar a Burger a que se defina de una vez.

—¿Qué crees tú que hará? —preguntó Drake.

—Si es listo, no recurrirá a la Cámara de acusaciones e inculpará directamente de asesinato a Arlene. Tras de lo cual, me citará como testigo de la acusación en la audiencia preliminar, para que Arlene y yo no tengamos más remedio que acusarnos mutuamente. De esta manera, tendrá todos los triunfos en la mano.

Drake asintió pensativamente con la cabeza.

—No quisiera estar en tus zapatos, Perry.

—¡Confieso que empiezan a parecerme un poco estrechos!

—¿De cuánto tiempo crees que dispones, Perry?

—De muy poco. Paul, si no fue Arlene la que mató a Ballard, tuvo que ser una tercera persona, pese a lo que pueda pensar el señor Burger. Esta persona debería encontrarse ya en la casa cuando Ballard y yo llegamos a ella. Y para marcharse esperaría a que Arlene hubiese salido.

—No, Perry, si quieres saber mi opinión, la pequeña fue quien dio el golpe. Ignoramos por qué motivo. Tal vez fue el otro quien empezó… Sea como fuere, te meterá en un buen lío.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien. Va a echarte todas las culpáis a ti, cogerá a otro abogado que la defienda, y acabarán por hacer causa común con Hamilton Burger, para que se te reconozca culpable del asesinato.

—Mucho me temo que tengas razón, Paul —dijo Mason—, y dispongo de muy poco tiempo para tratar de rechazar este ataque.

Capítulo 9

Los diarios de la tarde llevaban unos titulares enormes:

EMINENTE ABOGADO ACUSADO DE FALSO TESTIMONIO

Según todas las evidencias, algún miembro de la oficina del fiscal había hablado libremente con los periodistas. Por la lectura de esos artículos, Mason se enteró de que el jurado había considerado en serio la sugerencia de Burger para que el «eminente abogado» fuese acusado de falso testimonio. Pero había decidido, en interés de la justicia, aplazar toda acción en este sentido hasta que se conociera el resultado del proceso de Arlene Duvall por el asesinato de Jordan L. Ballard.

Tan pronto como se enteró de que Mason había presentado una demanda de *habeas corpus* en nombre de su cliente, el fiscal inculpó a Arlene Duvall de homicidio en primer grado. Simultáneamente, había informado a la prensa que ella había declarado que entró por la ventana de la cocina porque vio el cuerpo de Ballard tendido en el suelo. Se habían encontrado manchas de sangre en un zapato de la joven, sangre que los técnicos del laboratorio afirmaban ser humana, del grupo AB, grupo al que sólo pertenecen de un tres a un cinco por ciento de los individuos, y que era el de Jordan Ballard.

Los periodistas dejaban sobreentender que se había descubierto otro indicio, enormemente abrumador, pero respecto al cual los investigadores rehusaban hablar. Después volvía a aludirse al robo del *Mercantile Security Bank*, a propósito del cual Ballard había dado un informe a la policía, poco antes de su muerte, haciendo especial hincapié en los billetes cuyos números poseían las autoridades. Corría el rumor de que ni el propio Hamilton Burger había conseguido que le comunicaran la lista, porque era conservándola

secreta como el F. B. I. esperaba conseguir que el ladrón se traicionase, gastando uno de los billetes de número conocido. Según una declaración del fiscal, el asesinato de Jordan Ballard estaba sin duda relacionado con el robo del *Mercantile Security*.

Los investigadores habían comunicado a la Prensa que Perry Mason había reconocido ante la Cámara de acusaciones que había recibido de Arlene Duvall un billete de quinientos dólares y otro de mil. Los números de estos billetes habían sido anotados por el fiscal, «para lo que pudiera interesar», y se subrayaba que desde hacía dieciocho meses Arlene Duvall vivía sin hacer nada, pero con mucha esplendidez, gastando un dinero que ciertamente no había ganado y cuya procedencia no podía explicar. Y durante este tiempo, su padre, reconocido culpable del robo, estaba en la cárcel de San Quintín donde, según todas las evidencias, pasaría aún muchos años.

—En resumen —dijo Della Street—, han hecho todo lo que han podido, excepto acusarte abiertamente de ser cómplice de Arlene y de haber querido impedir que Ballard testificara contra ella. A propósito: ahora que ella ha sido formalmente inculpada, puedes tener una entrevista con tu cliente, ¿no?

—¡Desde luego! Y la policía me ha comunicado incluso que podía visitarla a cualquier hora del día y de la noche, lo que me guardaré de hacer tanto como de escaldarme.

—¿Por qué?

—Porque la policía ha debido de instalar micrófonos en todos los rincones.

—Bueno, ¿y qué? Te bastará con vigilar tus palabras.

—Sí, pero, ¿hará lo mismo Arlene? ¿Quién me garantiza que no dirá cosas susceptibles de comprometernos a los dos?

—Es cierto, no se me había ocurrido —reconoció Della.

—¡Pero puedes estar segura de que a Burger sí!

En aquel momento, Drake llamó a Mason por la línea cuyo número sólo conocían él y Della Street.

—Perry, sabemos cuál es la prueba abrumadora sobre la cual los investigadores no han querido hablar a la Prensa.

—¿Sí?

—Han descubierto un escondrijo lleno de dinero en el remolque de Arlene Duvall. Según creo, más de veinticinco mil dólares.

—¿Dónde?

—El remolque tiene una doble pared, y el aislamiento se consigue mediante lana de vidrio. Pero detrás de uno de los paneles la lana de vidrio había sido sustituida por un fajo compacto de billetes de Banco, entre los que había algunos cuyos números tiene la policía.

—¡Vaya! —dijo Mason con tono expresivo.

—Espera, tengo otras noticias que te reanimarán. Contrariamente a Mundy, el hombre a quien he encargado que siga a Thomas Sackett, alias Howard Prim, es un muchacho muy emprendedor y audaz. La noche última, después de que Sackett hubo entrado en su casa, mi hombre se puso a buscar huellas dactilares en el jeep. Ha encontrado algunas muy buenas y esto le ha permitido descubrir que el dicho Sackett tiene una ficha judicial muy cargada. Es un falsificador que ha cometido, igualmente, asaltos a mano armada; en resumen, un tipo peligroso.

—¡Bravo! —dijo Mason—. Entonces, vamos a lanzarnos sobre ese Sackett y a hacerle desembuchar todo lo que sabe. ¿Dónde está ahora, Paul?

—En la playa de Laguna. En Newport ha pescado a una pelirroja encantadora con un traje de baño sensacional. Han estado nadando un rato y ahora descansan en la arena. Tengo un hombre que los vigila y otro que no pierde de vista el jeep, por si Sackett trata de escabullirse de nuevo.

—Muy bien, Paul. Vamos a ir los dos allí. Interrogaremos al señor Sackett y dudo que la conversación sea de su gusto.

—Ya sabes, Perry, que nos costará muchísimo demostrar que ha robado el remolque, y…

—Pero, de todos modos, le haremos pasar media hora muy desagradable —aseguró Mason.

—Es un caballo resabiado, Perry. Como se ha visto acusado de casi todo lo que se encuentra en el Código Penal, la perspectiva de ser acusado del robo de un remolque no le conmoverá gran cosa.

—No es del robo de un remolque de lo que vamos a acusarle, sino del asesinato de Jordan L. Ballard, y ya veremos cómo le sienta esto. ¿Cuánto tardarás en estar libre, Paul?

—En seguida, Perry… Pero, por lo que sé, ese tipo es peligroso, y vas a jugar con pólvora.

—Paso a recogerte —se limitó a contestar el abogado.

Capítulo 10

Drake y Mason se reunieron ante el *Laguna Beach Hotel* con Phil Rice, el detective que tanto se había distinguido en el seguimiento de Sackett. El detective les informó que la compañera de éste, según las indicaciones inscritas en su buzón, se llamaba Helen Rucker.

—¿Es bonita? —preguntó Mason.

—¡Ya lo creo! —contestó el otro con un ademán apreciativo.

—¿Parecen conocerse bien?

—Sí. Sólo cesan de nadar para acariciarse en la arena, pero ahora empieza a hacerse tarde e irán a vestirse de un momento a otro.

—Bueno, vamos a su encuentro. ¿Su colega está con ellos?

—Sí —contestó Rice—, voy a indicarles el camino.

El otro detective, con una cámara fotográfica en la mano, parecía estar absorto en los reflejos de las olas. Rice le hizo una señal discreta e indicó a sus compañeros la pareja sentada en la playa.

—Vamos allá —dijo Mason.

—Este tipo es un gato viejo, Perry, y… ¡Oh, creo que ya nos ha visto!

Sackett se había incorporado y, después de mirar a los tres hombres que se dirigían hacia él, había echado una ojeada al fotógrafo aficionado. Se inclinó hacia su compañera para decirle algo y ésta pareció visiblemente alarmada. Sackett se levantó y le alargó la mano para ayudarla a ponerse en pie. Ella lo hizo con ligereza, al tiempo que se sacudía la arena que había quedado prendida en su traje de baño. El hombre le dijo algo al oído y se abrazaron en tanto que las dos manos de Sackett se apoyaban en la espalda de la joven. Después se separaron bruscamente, y Sackett dio media vuelta para enfrentarse con los que se acercaban.

—¡Hola! —le dijo Mason—. ¿Cómo prefiere ser llamado: Sackett o Prim?

—¿De qué se trata? ¿De una detención?

—No, aún no. Sólo deseamos hablar un rato con usted.

—Ve a vestirte, querida. Me reuniré contigo en el auto —dijo Sackett a su compañera.

—¿Tardarás mucho?

—Sólo el tiempo que tardes en vestirte —le aseguró el otro—. Estos caballeros no tienen autoridad para retenerme mucho tiempo.

—Parece conocernos —observó Mason.

—¿Por qué no? Por lo menos a usted. Es Mason, el abogado.

—Debería conocer también a Paul Drake. Anoche hizo usted entregar una carta en su despacho.

—¡Se equivoca!

—¡Oh, no! Ayer tuvo usted un día muy ajetreado, ¿verdad, Prim?

—Sackett.

—Sackett, si lo prefiere.

—Ve a vestirte, querida. *No te quedes aquí.*

Dijo estas últimas palabras en tono significativo y mirando a la joven a los ojos.

—¡Oh, qué lata! ¡Ni siquiera es posible bañarse en paz! —dijo ella a los importunos, antes de alejarse en dirección a las casetas.

—Bueno —dijo entonces Sackett—, ahora, dense prisa, porque iré a reunirme con ella así que esté lista.

—Nuestra entrevista corre el riesgo de ser mucho más larga… Por lo menos tanto como sus antecedentes judiciales, Sackett.

—Lo pasado, pasado está. Actualmente no se me busca por nada.

—Eso lo dice usted.

—¿De qué me acusan?

—Del robo de un remolque, entre otras cosas.

El rostro del hombre se endureció y examinó a Mason en silencio.

—Eso es mentira —dijo por fin.

—Un tal Jim Hartsel, gerente de *La dicha del excursionista* se sentirá indudablemente muy dichoso de volverle a ver. Tenemos igualmente un molde de los neumáticos de su jeep, y varias huellas dactilares encontradas en el interior del remolque.

Sackett permaneció pensativo por un momento y luego preguntó:

—¿Qué desean ustedes exactamente?

—Queremos saber quién le entregó el sobre que llevó usted anoche al despacho de Paul Drake.

—Ignoro de qué sobre me están hablando, y no conozco a Paul Drake. Pero a usted si le conozco y sé que está metido en un buen apuro. No trate de descargarse a costa mía. No le saldría bien.

—El hombre que le alquiló los trajes podrá identificarle —dijo Mason.

—Sea, alquilé unos vestidos de teatro, ¿y qué?

—¿De dónde sacó el sobre que entregó en el despacho de Drake?

—Pues bien, me lo dio Arlene Duvall.

—¡Miente!

—¡Demuéstrelo! —dijo el otro con ironía—. Si me molesta iré al encuentro del fiscal con esta información y él me acogerá con los brazos abiertos. No podrá usted culparme del robo de este remolque, porque el fiscal pasará la esponja si consiento en hablar. Ya está advertido. Será mejor para usted que las cosas queden así.

—No —replicó Mason—. Anoche se puso usted ese traje de mensajero para introducirse en casa de Jordan L. Ballard, le atacó por detrás y…

La expresión de intensa sorpresa que apareció en el rostro de Sackett era casi cómica.

—¿De qué diablos está hablando?

—Le hablo de un asesinato. Con las pruebas que puedo aportar y sus antecedentes judiciales, ya puede figurarse las probabilidades que tendrá usted de salir con bien ante un jurado, si le cito como testigo. ¡Y para esto también podrá pedir a su amigo el fiscal que pase la esponja!

—¡Eh, alto! —dijo Sackett—. Ignoro cuál es su juego, pero conmigo no le saldrá bien. Puedo ir ahora mismo a la policía y decirle que trata usted de hacerme chantaje.

—¿Hacerle chantaje, para qué?

—Para sacarme información.

—¿Lo probamos? —dijo Mason sonriendo, haciendo signo a Drake para que se mantuviera aparte.

—Voy a vestirme —manifestó Sackett—, y si trata usted de

causarme molestias, avisaré a mi abogado. Ya hablará usted con él…

—¡Aquí nadie se mueve! —ordenó Rice, plantándose ante el otro.

Y su puño se balanceaba de manera expresiva. Sackett vaciló mientras su mirada se desplazaba de Mason a Drake y viceversa.

—Paul —cuchicheó el abogado al detective—, es muy duro de pelar, un veterano. No nos dirá nada, o en todo caso será una mentira. Voy a fingir que voy a telefonear, pero en realidad me iré al jeep a esperar a la chica. Me parece que, antes, al abrazarse, él ha ocultado algo dentro del traje de baño de ella.

—¿Qué?

—Lo ignoro, pero sin duda algo muy importante, desde el momento que ha recurrido a este truco. Ahora, dime, ¿cómo se llama tu hombre, él del aparato fotográfico?

—Harvey Niles. Es uno de mis mejores sabuesos.

—¿Sabe verdaderamente utilizar su cámara?

—¡Ya lo creo! Es un hacha, y hay que ver las maravillas que realiza con su aparatito de treinta y cinco milímetros. Estoy seguro de que ha debido de tomar un montón de instantáneas de esta pareja en el rato que lleva siguiéndolos.

—Bueno —dijo Mason—. Voy a ocuparme de la chica. Que Rice vaya a decir a Niles que se reúna conmigo junto al jeep y que me siga por si le necesito.

—¡Eh, ustedes dos! —les gritó Sackett—. Si tienen algo que proponerme, a ver si se deciden de una vez.

—Lo único que deseo es que esté usted aquí cuando llegue la policía —le contestó Mason.

—¡Esto es una fanfarronada! ¡No se atrevería a llamar a la poli!

Mason se volvió hacia Drake.

—Quédate aquí vigilándole, Paul. Yo voy a telefonear a la policía. Y si entretanto trata de huir no olvides que, en caso de urgencia, todo ciudadano tiene derecho a efectuar una detención.

—¿Acusándole de qué?

—Del asesinato de Jordan L. Ballard. No, pensándolo mejor, deja que esta acusación la haga la policía. Deténle sólo por el robo de un remolque. Con el testimonio de Jim Hartsel, será pan comido. ¡Hasta ahora!

Mientras se alejaba con paso rápido, Mason tuvo aún tiempo de oír cómo Sackett decía a Drake:

—¡Pero si no sé nada de ese asunto Ballard!

—Guárdate la voz para la policía, Sackett —replicó el detective, mientras encendía un cigarrillo.

Acababa Mason de llegar junto al jeep cuando Harvey Niles compareció, a su vez, con el aparato fotográfico colgando del cuello, y se plantó en la entrada del parque de automóviles. Mason le hizo una señal y el otro asintió con la cabeza.

Unos momentos más tarde, vieron llegar, andando rápidamente, a la joven que estaba en la playa con Sackett. Mason se las arregló para interceptarla cerca de la entrada del aparcamiento.

—Un momento, señorita Rucker —le dijo.

Ella se sobresaltó al oír que la llamaban por su apellido, crispó las manos en su bolso y quiso seguir adelante.

—Calma, señorita Rucker —prosiguió Mason—. La dejaremos pasar cuando nos haya entregado lo que Sackett escondió antes, dentro de su traje de baño.

—Yo… yo no sé de qué me está hablando.

—¡Vamos, vamos! —dijo Mason con impaciencia—. Es usted una joven encantadora y lamentaría tenerla que acusar de complicidad. Déme el papel y la dejaremos marcharse. Estoy cerrando un trato con Sackett.

—Él no me lo ha dicho.

Mason sonrió:

—¿Por qué, sino, nos habría hablado de lo que le había entregado?

Ella pareció sopesar aquel argumento y después abrió el bolso y alargó a Mason una hoja con varios dobleces. El abogado la desplegó y vio que en ella había escrita una larga lista de números, ocupando varias columnas. Se volvió, inmediatamente, hacia el hombre del aparato fotográfico y éste se preparó para utilizarlo. Mason le presentó la hoja desdoblada de manera que estuviese perfectamente iluminada.

Niles accionó el disparador, dio vueltas a un botón e hizo un gesto de contrariedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mason.

—Tengo que cambiar el carrete. Era la última foto.

Helen Rucker miró a Mason con expresión recelosa.

—Decididamente —dijo—, prefiero que sea el señor Sackett quien me comunique el acuerdo a que han llegado…

Mason hizo un signo a Niles para que se apresurase e ignoró la mano que le tendía la joven.

—¿Qué sabe usted en relación con el asesinato de Jordan L. Ballard? —le preguntó.

—¿El asesinato de Jordan Ballard? ¡Pues… nada!

—Sackett ha participado en el golpe, De modo que su ignorancia me sorprende.

—Ve… verdaderamente no entiendo a qué se refiere usted.

—¿Y el robo del remolque?

—¡Pero si no estoy enterada de nada de eso! Y no admito que parezca usted quererme acusar.

—Es usted una buena muchacha —dijo Mason.

—¡Gracias! —replicó ella con cierto sarcasmo—. Por lo general, la gente sólo es amable cuando quiere obtener algo. ¿Qué quiere usted, señor Mason?

—La verdad.

El fotógrafo, que había desplegado una actividad intensa durante aquellos breves minutos, hizo ademán de hallarse dispuesto. Mason le presentó de nuevo la hoja. Se impresionó un negativo, y después otro.

—Esto no me gusta —dijo Helen Rucker.

—¿Por qué? —inquirió el abogado mientras el detective tomaba otras dos fotografías.

Con un movimiento rápido, la joven quitó la hoja a Mason.

—Se lo repito: prefiero que sea el propio señor Sackett quien me hable del acuerdo que ha habido entre ustedes. Vamos a buscarle. Si me dice que puede usted guardar esta hoja, entonces… ¡Mire, precisamente ahora llega!

Sackett, completamente vestido ya, asomaba por entre las casetas de baño. Siempre seguido por Drake y Rice. Atravesó el paseo hasta alcanzar el parque de vehículos.

—¡Caramba, caramba! —dijo con ironía—. ¡Miren quién está aquí!

—Tom —dijo vivamente Helen Rucker—, ¿es cierto que podía enseñar el papel al señor Mason?

El rostro de Sackett enrojeció de ira:

—¿Qué papel?

—El que… —empezó a decir la joven antes de callar bruscamente.

—No sé nada de ningún papel y estos individuos sólo tratan de asustarme. Parece que Ballard fue asesinado anoche, pero yo la pasé entera contigo, ¿no es cierto, cariño?

La joven le miró fijamente y luego asintió con la cabeza.

—¡Cómo cambian los tiempos! —dijo Mason—. Un caballero de la vieja escuela se hubiese dejado condenar de buena gana antes que comprometer la reputación de una dama. Pero usted, por el contrario, no vacila en sacrificar a la de la señorita Rucker para tratar de protegerse de las consecuencias de un crimen que ha cometido.

—¡Bah, conseguirá usted que llore! —exclamó Sackett con un encogimiento de hombros.

—Es posible que ocurra así dentro de muy poco tiempo —replicó Mason—. ¿Y dónde pasaron ustedes dos la noche?

—En el apartamento de ella —dijo Sackett.

—En un hotel —rectificó en seguida la joven.

—¿En un hotel o en su apartamento? —dijo Mason.

—En su apartamento.

La joven se volvió hacia Sackett:

—Diles la verdad, Tom. ¡En mi apartamento no!

—En tu apartamento, y es la pura verdad. ¡Tranquilízate, que tu propietario no te despedirá por esto!

Mason lanzó una risita.

—Tienes duras las entendederas, Sackett. Es evidente que la señorita Rucker ha tenido a alguien en su casa la noche pasada y está tratando de ponerte en guardia.

—Mamá estaba conmigo, Tom. Llegó ayer.

—¡Váyanse todos al diablo! —exclamó Sackett—. No les diré una palabra más y Helen tampoco. ¡Vamos, Helen!

Había cogido a la joven por el brazo y Rice, que evidentemente gozaba con aquello, se disponía a intervenir cuando Mason le dijo:

—Deje que se marchen.

La pareja se dirigió hacia el jeep en tanto que Drake observaba:

—¡No les hemos sacado gran cosa!

—¡Oh, ya lo creo! —le contradijo Mason—. A condición de que las fotos de Niles sean buenas.

—Por lo que respecta a la primera que he tomado no garantizo nada porque a menudo sale mal al final del carrete —declaró el detective—. Pero apostaría la cabeza a que las otras saldrán bien.

—¿Se podrán leer los números? —preguntó Mason.

—En este tamaño, no; necesitaría una lupa. Pero este objetivo es muy claro y cuando haya hecho una ampliación de 18 x 24 podrá leer los números a simple vista.

—¿De qué se trata? —interrogó Drake.

—De una especie de mensaje cifrado que había en la hoja que he conseguido que Helen Rucker nos enseñara. La que Sackett había ocultado en el traje de baño de ella.

—¿Un mensaje cifrado? —repitió Drake.

—Sí, a menos que se trate de la famosa lista de billetes.

—¡Seguro que no! ¡Es un secreto celosamente guardado por la policía!

—Lo sé. Sin embargo, cuanto más lo pienso más verosímil me parece esta hipótesis. ¿Cuánto tiempo necesitará para hacer revelar esas fotografías, Niles?

—Veinticuatro horas como máximo.

—Déme el aparato —dijo Drake—. Tengo un cliente que se ocupa de trabajos fotográficos. Con él podremos tener las ampliaciones esta misma noche.

—¿Sabe cómo se saca el carrete? —preguntó Niles mientras entregaba la cámara a su jefe—. Hay que dar vueltas al botón…

—Puede estar tranquilo —intervino Mason—. De todos modos, lo haremos en la cámara oscura, porque no quiero correr riesgos. Ven, Paul, ¡Apresurémonos!

El jeep pasó junto a ellos con un gran rugido y casi rozó a Drake.

—¡El muy cerdo! —exclamó el detective—. Nos hubiese aplastado con placer.

—¿Hay que seguirlo? —preguntó vivamente Rice.

—Sí —dijo Mason—. Se dará cuenta, pero esto le hará reflexionar.

Después de haber obtenido el asentimiento de su jefe, los dos detectives subieron en su auto.

Un momento más tarde, Mason y Drake arrancaron esa vez.

—Pasemos por Santa Ana —dijo el abogado—. Me gustaría sostener una charla con el doctor Candler para ver si sabe algo relativo a Sackett y a esta lista de números. Pero mejor será que antes le telefonee, porque es la hora en que debe de abandonar él su consultorio.

Desde la cabina de una estación de servicio, Mason telefoneó al médico y éste declaró que les esperaría.

Los dos hombres reemprendieron el camino, y entonces Drake preguntó a Mason:

—Ya sé que no me importa, Perry, pero me gustaría saber a quién hacías señas cuando moviste la persiana en casa de Ballard.

—A nadie.

—¡Ah!, bueno… ¡Como te parezca!

—No te sulfures así, Paul, cree, más bien, que oculté algo en dicha persiana.

—¿Ocultaste algo? —repitió el otro atónito.

—Sí, supón que tenía en mi poder unos documentos demasiado peligrosos para atreverme a conservarlos conmigo. Pude bajar la persiana, ocultar los documentos en cuestión y volverla a subir. Todo el mundo ha pensado que se trataba de una señal, pero…

—Escucha, Perry, si me dices la verdad entonces esos documentos están ahora en manos del sargento Holcomb, de la Brigada Criminal.

—¿Cómo es eso?

—Holcomb ha ido allí con uno de sus hombres al que ha colocado en la acera. Después ha entrado en la sala, ha encendido la luz y se ha puesto a mover la persiana para comprobar si la señal en cuestión era visible desde la acera.

—¿Y Holcomb no ha comunicado haber hecho ningún descubrimiento?

—No, o de lo contrario lo sabría.

—A veces, Paul, un policía prefiere guardar sus descubrimientos para él.

—¿Quieres decir… cuándo se trata de dinero? Bueno… ya sabes lo que opino de Holcomb.

Mason permaneció silencioso.

—Sería una buena cosa para ti —prosiguió Drake—, porque de esta manera ese dinero comprometedor quedaría fuera de la

circulación. Pero no podemos confiar en ello. Holcomb puede aludir a él en cualquier momento.

Nuevamente, Mason se abstuvo de hacer comentarios.

—Y acuérdate de que has podido librarte ante la Cámara de acusaciones porque Burger no te ha hecho las preguntas adecuadas, pero esta vez seguramente pensará en hacértelas.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy seguro, porque no dejará de hacerte ninguna pregunta. Preferirá preguntarte incluso la edad de tu criada antes que correr el riesgo de olvidarse de algo.

Capítulo 11

Todavía quedaban dos o tres clientes esperando en el consultorio del doctor Candler. Siguieron con mirada expresiva a Mason y a Drake cuando la enfermera pelirroja les condujo directamente hacia la puerta que comunicaba con el despacho del médico.

Rose Travis introdujo a los dos hombres en una pequeña habitación que contenía una mesa y dos sillas, situadas junto a una pared.

—Siéntense aquí un momento —les dijo en voz baja—. El doctor ha tenido hoy mucho trabajo y en este momento visita dos clientes, pero les verá a ustedes antes de recibir a los otros.

Mason y Drake dieron las gracias a la joven y se sentaron. Al cabo de cinco minutos, Drake dijo:

—¿Crees que se puede fumar aquí?

—Desde luego —repuso Mason.

El detective dejó el aparato fotográfico en la mesa que tenía a su lado y ofreció un cigarrillo a su compañero antes de coger otro para él.

Un momento después, la puerta se abrió bruscamente y la enfermera irrumpió en la habitación:

—Oh, lo siento mucho —dijo—, pero el doctor Candler se ha visto obligado a efectuar una pequeña intervención. ¿Pueden ustedes esperar o…?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Mason.

—¡Oh!, creo que unos veinte minutos. Hemos de preparar…

—Entonces, no esperaremos. Por lo demás, sólo nos habíamos detenido para explicar al doctor ciertos acontecimientos que han ocurrido. Dígale que, en caso de necesidad, puede ponerse en contacto conmigo por mediación de la Agencia. Drake.

—De acuerdo, señor Mason. Discúlpeme si no les acompaño —

dijo la enfermera, dirigiendo al abogado una sonrisa más que cordial—. Pero he de ir a ayudar al doctor.

La joven desapareció rápidamente por el pasillo y, mientras se dirigían a la salida, Drake observó en tono admirativo:

—¡Vaya mujer! Podría hacer esperar dos horas a un enfermo y éste aún debería mostrarse agradecido. Hace algún tiempo que el estómago me molesta y creo que vendré a consultar al doctor Candler… ¿Y si cenáramos?

—No antes de haber dado a revelar esas películas —declaró Mason—. Pero, ante todo, pasemos por tu despacho para ver si hay novedad. Me gustaría saber lo que Sackett ha hecho después de haberle dejado.

Una vez hubieron llegado se separaron al salir del ascensor.

—Ve a ver si Della está aún en el despacho —dijo Drake—. Entretanto, echaré una ojeada a los informes.

Della Street seguía allí, escribiendo a máquina con actividad febril.

—¿Es que nunca cesas de trabajar? —exclamó el abogado.

Ella alzó la cabeza sonriendo:

—Se trata de varias cartas confidenciales que quería escribir personalmente, pero no había tiempo. Ahora ya está hecho.

Mientras ella sacaba de la máquina la última carta, Mason le dijo:

—Supongo que ahora tendrás ganas de cenar.

—Siempre tengo hambre, pero, por el momento, lo que deseo sobre todo es saber cómo han ido las cosas con Prim.

—Es un tipo curioso. Tiene algo que reprocharse, pero Dios sabe qué.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le he acusado de haber asesinado a Ballard ha sido presa del pánico y ha tratado de facilitarnos una coartada sintética, asegurándonos que había pasado la noche con la joven que le acompañaba en la playa.

—¿Qué clase de chica?

—Helen Rucker… Una chica bien, por lo que me ha parecido. Está muy enamorada de Sackett y al mismo tiempo le tiene miedo. Pero lo de la coartada le ha salido mal porque ella estuvo con su madre esta noche pasada.

Mason explicó detalladamente el asunto a su secretaria, sin olvidar la manera como había conseguido fotografiar el documento misterioso que Sackett había tratado de ocultar en el traje de baño de su compañera.

—Y ahora —terminó—, vamos a ver al fotógrafo cliente de Paul y, después, a cenar.

Se detuvieron al extremo del pasillo para recoger al detective.

—Sackett y su amiguita se han peleado como perro y gato —les anunció éste—. Sabían que eran seguidos, desde luego, pero esto no les ha cohibido lo más mínimo. Naturalmente, mis hombres no podían oírles, pero bastaba con verles.

—Sin duda era a propósito de esa coartada.

—En efecto, podría ser. La cuestión es que Sackett se ha detenido a telefonear desde una estación de servicio. Rice tiene la sensación de que sólo ha metido una moneda en la ranura y que, por lo tanto, se trataba de una comunicación local. Después, Sackett se ha encerrado en el lavabo, donde ha debido de quemar un papel antes de tirar las cenizas al inodoro.

—¡No es posible!

—Sí. Como esto ocurría a la entrada de la autopista, y ellos iban en jeep, Rice ha pensado que podrían alcanzarles. Por lo tanto, se han entretenido y a su vez ha entrado en el lavabo. Allí olía a papel quemado y ha visto puntitos negros en el lavabo.

—Esto es interesante. ¿Qué han hecho después?

—Han seguido hasta Newport y allí Sackett ha acompañado a Helen Rucker hasta su casa. Ha subido con ella y ha permanecido en el apartamento una media hora. Después se ha marchado en dirección a los Angeles. Ahora debe de estar por el camino. Desde entonces, no he recibido más informes. En todo caso, continúan siguiéndole, aunque, desde luego, él lo sabe.

—No importa. Siempre servirá para cohibirle un poco. Ahora, Paul, ocupémonos de las fotografías.

—He telefoneado a mi amigo. Nos espera, dispuesto a ponerse a trabajar.

—No entiendo por qué Sackett ha querido destruir este documento ahora que lo hemos fotografiado.

—Probablemente, habrá tenido miedo de que le hiciese comparecer como testigo o, incluso, detener.

—Hay una cosa segura —dijo Mason—, y es que ese documento es aún mucho más importante de lo que suponíamos. Me muero de ganas de poderlo examinar. ¡Vámonos!

El fotógrafo, deseoso de marcharse a su casa, les esperaba en la puerta de la tienda.

—¿Conoce esta clase de aparatos? —le preguntó Drake.

—¡Desde luego! ¿Sabe con qué clase de película está cargado?

—Con Plus X —contestó el detective—. Son las que Niles me ha dicho que utiliza. Le ruego que las revele en la cámara oscura…

—Sí, sí, puede estar tranquilo. ¿Sólo se han tomado cuatro fotografías?

—Sí —intervino Mason—, y todas sobre el mismo tema: un documento que le rogamos amplíe hasta el máximo. Se trata de números, pero escritos cuidadosamente en tinta.

—En tal caso, podré hacerles una ampliación 18 x 24 tan clara como la original. A condición, desde luego, que la foto haya sido bien tomada.

—Oh, puede confiar en ello —le aseguró Drake.

—Entonces, perfectamente.

—¿Podemos entrar con usted en la cámara oscura? —inquirió Mason.

El fotógrafo sonrió y meneó la cabeza.

—No; de nada les serviría y en cambio podría estropearlo todo. No verían nada y, al cabo de un momento se pondrían nerviosos, impacientes, encenderían maquinalmente un cigarrillo… lo que haría que se velasen todas las películas que hubiera en la habitación. Más vale, pues, que esperen aquí.

—¿Dentro de cuánto tiempo podremos echar una ojeada a la película y saber si las fotos son buenas? —interrogó Mason.

—Media hora, aproximadamente. Todavía estará húmeda, pero, sin embargo, podrán darse cuenta. Este aparato es excelente y si el operador ha sabido utilizarlo deben obtenerse negativos extremadamente nítidos.

—Bueno —dijo Drake—. Conozco un lugar cerca de aquí donde podremos bebernos una cerveza y comer unos bocadillos excelentes. De este modo, la espera será menos larga.

Así lo hicieron y, mientras estaban comiendo, un muchacho entró en el bar pregonando la última edición de un diario de la

noche. Mason echó una ajeada a la primera página y alargó un dólar al vendedor:

—Dame tres.

Un gran titular anunciaba:

LOS BILLETES ROBADOS APARECEN EN EL REMOLQUE DE DUVALL.

Había fotografías de Arlene, del remolque y de una lista de números.

—¡Oh! —exclamó Drake—. Es la famosa lista que tanto les interesaba mantener en secreto.

—El secreto no tiene razón de existir por lo que respecta a los billetes recuperados —dijo Mason—. Y únicamente son los números de éstos los que se publican. Pero te apuesto lo que quieras, Paul, a que los encontraremos en la hoja de Sackett.

—Pero, ¿cómo diablos habría podido procurarse la lista, Perry? Te aseguro que es imposible. Sólo uno de los jetazos del F. B. I…

—¿Cuánto te apuestas? —le interrumpió Mason, sonriendo—. ¿Cincuenta dólares?

—¡Oh, no! Con diez dólares tengo bastante. Yo no gano el dinero a paladas como tú.

Después de terminar el último bocadillo vaciaron sus vasos y regresaron a casa del fotógrafo.

—Han llegado demasiado pronto —les dijo éste— pero como parecen estar impacientes —añadió, mientras consultaba su reloj, creo que podemos ya ir a ver las fotografías.

Después de haber franqueado una puerta doble que aislaba un pequeño vestíbulo, el fotógrafo les introdujo en la cámara oscura. Reinaba un fuerte olor a ácido acético y estaba débilmente iluminada por una luz roja situada sobre la cubeta del lavabo.

—Lo he preparado todo para hacer las ampliaciones —explicó el fotógrafo—, y ponerme a trabajar tan pronto como las películas estén secas. Ahora podemos encender la luz.

Dio vuelta a un conmutador, y mientras los otros parpadeaban, él se dirigió a una cubeta cuya tapa de acero levantó, y en la que metió la mano.

—¡Maldita sea! —exclamó al cabo de un momento—. ¡Están todas veladas!

—¿Qué? —gritó Mason.

—¡Mírelo usted mismo! ¡Completamente negras!

Mason se volvió hacia Drake con ademán exasperado.

—Tu Niles nos ha gastado una jugarreta. Evidentemente, con las prisas que se ha dado, habrá cerrado mal el aparato…

—¡Un momento! —intervino el fotógrafo—. Si fuese debido a una cosa así todas las fotos no hubiesen quedado veladas… Por lo demás, todo el carrete está completamente negro. Debe de tratarse de una película defectuosa. De lo contrario, no sería posible…

—¡Vaya suerte la nuestra! —exclamó Mason—. La prueba más importante de todo el asunto, y *se* nos desvanece entre los dedos.

El abogado se interrumpió bruscamente y preguntó al fotógrafo:

—¿No habrá encendido un cigarrillo, por casualidad?

—Señor Mason —replicó el otro enfadado—, hace veintidós años que ejerzo esta profesión y con las películas que he revelado se podrían dar varias vueltas a la tierra. ¡Nunca me ha ocurrido una cosa así!

—Discúlpeme; no sé lo que me digo. Es tan… ¿No podría ser debido a los baños, tal vez?

—No lo creo, pero voy a sumergir otras películas para asegurarme, porque no quiero que pueda atribuírseme este fallo.

—Oh, de todas maneras, cualquiera que sea el motivo, las fotos están fastidiadas. Drake, acompaña a Della a que haga una cena un poco más consistente. Yo voy a ver a nuestra cliente. En el punto en que estamos, por lo menos hay una cosa segura: ¡ella no podrá agravar más la situación!

Capítulo 12

Mason contempló a Arlene Duvall a través del enrejado del locutorio:

—Supongo que la policía habrá puesto micrófonos por todas partes. Por lo tanto, será mejor que vigile sus palabras. ¿Qué les ha dicho, exactamente?

—Se lo he dicho todo.

—Bueno, ahora desplácese cinco sillas hacia la izquierda.

Ambos hicieron el mismo movimiento a cada lado del enrejado, y una celadora intervino inmediatamente:

—¡No tienen derecho a cambiar de sitio!

—Soy abogado —le contestó Mason—, y tengo derecho a hablar en privado con mi cliente. Ahora bien, en el sitio en que estábamos hay un micrófono.

—¿Qué le hace creer tal cosa?

—No sé. Tengo un detector de micrófonos. Si alguien puede escuchar lo que me dice mi cliente, ello constituye la negación del secreto profesional. Ahora, si quiere usted tomar la responsabilidad de hacernos regresar a donde estábamos hace un momento…

La celadora vaciló un momento y después se encogió de hombros.

—No quiero ninguna responsabilidad. Les he dicho que no cambiasen de lugar. Ya he cumplido con mi deber.

Cuando ella se hubo alejado de nuevo, Mason prosiguió:

—Ahora, cuéntemelo todo. Quiero saber lo que me espera en este asunto.

—Mucho me temo que la situación sea desesperada para mí señor Mason. Se ha producido un horrible encadenamiento de coincidencias… ¡Es una verdadera pesadilla!

—No se azare. Conserve la sangre fría y cuénteme lo ocurrido.

—Quería ver al señor Ballard…
—¿Por qué necesitaba verle a tales horas?
—Porque acababa de descubrir un fajo de billetes de Banco tras un panel de mi remolque.
—¿Había contado esos billetes?
—Sí. Había veintiséis mil quinientos veinticinco dólares.
—¿En billetes de diversos valores?
—Sí.
—¿Billetes de mil dólares?
—Uno solo. Pero varios billetes de quinientos y muchos de cien, de veinte y de diez.
—¿Y usted no sabía que estuviesen allí?
—Le juro que no, señor Mason. No tenía ni la menor idea.
—Entonces, ¿qué había ocultado en el remolque? Cuando volvimos a encontrarlo en *La dicha del excursionista*, dejó usted adrede su bolso en él para tener un pretexto para regresar sola. ¿Qué buscaba?
—Mi Diario.
—¿Dónde estaba?
—En un lugar donde a nadie se le ocurriría buscarlo.
—¿Dónde?
—No se lo diré.
—¿Por qué?
—Porque todavía está allí.
—La policía lo encontrará.
—Seguro que no.
—Pero ¿dónde está metido?
Arlene Duvall suspiró.
—En el remolque hay un armario y dentro de este armario se aloja una rueda. Como estaba cubierto con una plancha de madera, he pensado que, a la larga, el barro que proyecta la rueda pudriría esa madera. Por lo tanto, quise sustituir la madera por metal, cuando, después de haber desatornillado la tapa me he dado cuenta que ya se había previsto tal contingencia y que, unos centímetros más abajo había una placa de metal, justamente por encima de la rueda. Entre las dos placas había, pues, un espacio que me pareció un excelente escondrijo para mi Diario.
—¿Y qué ha escrito usted en ese Diario?

—Todo.

—¿Por ejemplo?

—Pues de donde procedía el dinero y cuanto había cobrado. He llevado la cuenta de cada dólar recibido.

—¿Y quién le daba el dinero?

—El señor Ballard.

—¡Ballard!

—Ella asintió con la cabeza.

—¿Y por qué se lo daba?

—Creía haber descubierto cómo se había realizado el robo y por quien. Quería utilizarme como cebo para atrapar al verdadero culpable.

—¿Le explicó de quién sospechaba?

Ella meneó la cabeza.

—¿O cómo fue cometido el robo?

Arlene meneó de nuevo la cabeza, pero esta vez evitó la mirada del abogado.

—¿Se le ha ocurrido pensar que Ballard podía ser el verdadero culpable?

—¡No lo creo!

—¿Por qué?

—Porque fue siempre muy amable conmigo.

—Tal vez le atormentasen los remordimientos.

—No, señor Mason. Estoy segura de que no mentía. Había ganado mucho dinero gracias a especulaciones porque tenía olfato para los negocios, y estoy segura de que era sincero cuando decía que estaba resuelto a desenmascarar al causante de todo esto.

—¿Al causante o a los causantes?

—Siempre habló en singular.

—Sin embargo, parece que por lo menos fueron precisos dos hombres para cometer el robo.

—Yo sólo sé lo que el señor Ballard me dijo.

—Bueno, muy bien. Cuénteme lo demás.

—Pues…, poco después de que usted acudiese en mi socorro en el *Remuda Club*, telefoneé al señor Ballard para decirle que necesitaba dinero para sus honorarios. Me entregó una fuerte suma, diciéndome que necesitaría afrontar una serie de gastos como resultado del robo del remolque, y después me dio un billete de mil

dólares y otro de quinientos para que se los enviase por correo.

—¿No le hizo usted notar que era muy imprudente enviar el dinero de aquella manera?

—Sí.

—¿Y qué contestó?

—Se limitó a sonreír, diciéndome que estábamos llegando a la meta, que el culpable iba a ser detenido y mi padre liberado si yo hacía exactamente lo que él me pedía. Me recordó que había ofrecido una recompensa del 15% para quien ayudase a encontrar el dinero robado, más cinco mil dólares por cualquier informe que permitiese la detención del culpable. Considerándose ya suficientemente rico, quería que todo ese dinero fuese para papá y para mí.

—¿Había explicado todo esto a su padre?

—En las cartas no, porque son censuradas. Pero de viva voz, sí.

—Bueno —dijo Mason—. Así, pues, Ballard le entregó mil quinientos dólares. ¿Y usted me los envió?

—¿Es que no los ha recibido?

—Eso depende. ¿Cómo me los envió?

Ella le miró con inquietud:

—Oh, señor Mason, yo quería llevárselos en persona o, por lo menos, certificar la carta, pero el señor Ballard insistió en que se los enviase por correo ordinario. Me dijo que tenía sus motivos para actuar así. Mi impresión es que trataba de tender una trampa a alguien.

—Entiendo. ¿Y me envió usted algún otro dinero?

Ella meneó la cabeza.

—No me mienta —insistió Mason—. Si me miente, va a pasar el resto de su vida en la cárcel. ¿No me envió otros mil quinientos dólares?

—¿*Otros mil quinientos dólares*? —repitió ella, sorprendida—. ¡Dios mío! ¿De dónde podía sacarlos?

—De ese escondrijo que descubrió.

—No. Después de contar los billetes, volví a esconderlos todos. Luego, sin perder tiempo, quise advertir al señor Ballard.

—¿Sabía que la vigilaban a usted?

—¡Claro!

—¿Cómo se las arregló para salir sin ser vista?

—En los Heliar, debajo de la cama hay un espacio para guardar provisiones. Este espacio comunica directamente con el exterior mediante una trampilla, para que puedan guardarse cosas allí sin necesidad de dar la vuelta y entrar en el remolque. Me deslicé bajo la cama. Como esa trampilla está situada al lado opuesto de la puerta del remolque, no corría el riesgo de que me vieran. Después atravesé el campo de golf y telefoneé desde la estación de servicio para que un taxi pasara a recogerme. Me hice conducir a casa del señor Ballard, pero cuando llegué, usted estaba con él.

Mason entornó los ojos:

—¿Cómo lo sabe?

—Oí sus voces.

—¿Mi voz?

—Había dos hombres que hablaban.

—¿Oyó usted *mi* voz?

—Me han asegurado que usted estaba allí. De modo que he pensado…

—¿Ha dicho a la policía que había oído mi voz?

—Sí.

—Prosiga. ¿Qué hizo después?

—Sabiendo que al señor Ballard no le gustaría que yo me mostrara cuando él tenía visita, di la vuelta a la casa para esperar a que usted se marchara. Fui a buscar una caja para poder mirar al interior de la cocina, y en el mismo instante oí que un auto arrancaba ante la casa. Por lo tanto, pensé que acababa usted de marcharse. Pero, para no correr ningún riesgo, me encaramé en la caja con intención de llamar en el cristal para asegurarme de que el señor Ballard estaba efectivamente solo. Y entonces le vi tendido en el suelo.

—Voy a pedirle que reflexione bien, Arlene. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento que oyó arrancar el auto y aquel en que subió a la caja para mirar en la cocina?

—Me subí a la caja así que oí que el coche arrancaba.

—Bueno. Prosiga.

—Así, pues, el señor Ballard estaba tendido en el suelo, con sangre a su alrededor y aquel enorme cuchillo de cocina clavado en su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que yo me

fui y aquél en que pudo usted mirar en el interior de la cocina?

—Es lo que la policía me ha preguntado.

—¿Y qué ha contestado usted?

—Les he dicho que había podido transcurrir un minuto o un minuto y medio.

—¿Más no?

—No. Quizá menos que eso.

—Entonces, ¿por qué les ha dicho un minuto, un minuto y medio si fue menos?

—Porque usted es mi abogado, y me defiende, y… no quería meterle en ningún lío.

—¿Cuánto tiempo cree usted que transcurrió en realidad?

—No más de treinta segundos. Si él le hubiese acompañado hasta la puerta, ni siquiera hubiese tenido tiempo para llegar a la cocina.

—Me acompañó hasta el vestíbulo, pero después salí solo.

—Entonces, hubiese tenido el tiempo justo de llegar a la cocina porque… A menos, desde luego, que no se entretuviese usted un poco antes de arrancar. Desde donde yo estaba, sólo podía oír el ruido del motor.

—Más tarde volveremos a hablar de eso. ¿Ha dicho a la policía que era Ballard el que le daba el dinero?

—Aún no.

—¿Tiene intención de hacerlo?

—Es preciso, señor Mason. El fiscal cree que yo maté al señor Ballard, pero me ha ofrecido una salida.

—¿Qué clase de salida?

—Me ha dicho que si declaraba que usted me había citado en casa del señor Ballard y que me había hecho una señal moviendo las persianas, permitiría que yo alegara homicidio involuntario y cuidaría de que me pusiesen rápidamente en libertad. Afirma que usted quiso indicarme algo mediante los movimientos de la persiana y que, si digo la verdad a este respecto, todo se arreglará bien para mí.

—¿Qué le ha contestado?

—Que necesitaba reflexionar. Pero él me ha aconsejado que no pierda el tiempo.

Mason sonrió sarcásticamente:

—¿Le interesaba que usted se decidiese antes de haberme visto?

—En efecto, sí. Ha asegurado que usted me embrollaría las ideas y me impediría ver dónde estaba mi salvación.

—La verdad es que así que haya usted declarado esto, podrá acusarme de falso testimonio. Entonces, no sólo seré eliminado de la profesión sino, que me enviarán a la cárcel.

—Entiendo —dijo ella, mirándole con gravedad—. Por eso me ha hecho tantas promesas.

—Que no cumplirá —aseguró Mason—. Todo lo más, tal vez la deje que alegue homicidio involuntario, pero una vez esté en la cárcel no moverá un dedo para sacarla de allí.

—Ya lo sospechaba. Pero, de todos modos, hay mucha diferencia entre el homicidio por imprudencia y…

Bruscamente, la joven se puso a llorar.

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—Y el asesinato de primer grado —sollozó Arlene—. La idea de estar sentada en esa silla metálica y oír las cápsulas de cianuro cómo caen en el depósito de ácido… sentir que te ahogas…

—Ya veo que no han escatimado nada para crisparle los nervios y debilitar su resistencia. ¡No piense más en eso!

Ella meneó la cabeza, y se secó las lágrimas, pero sus labios continuaron temblando.

—¿Adonde fue después de haber descubierto el asesinato de Ballard?

—Quise localizar por teléfono al doctor Candler, pero estaba ausente de la ciudad y no debía regresar hasta después de medianoche.

—¿Con quién habló usted?

—Con su enfermera, Rose Travis.

—¿Le es simpática?

—No puedo ni verla. Y a ella le sucede lo mismo. Por tal motivo, disfracé la voz, fingiendo ser una enferma a quien el doctor Candler había dicho que telefonease si experimentaba ciertos síntomas.

—¿Cómo es que Candler no le había dado el teléfono de su apartamento en vez de obligarla a llamar a su servicio nocturno en el que responde la señorita Travis?

—Me dijo que esto no le era posible, que aquel número sólo lo conocía su enfermera y que, de lo contrario, no dispondría ni de un

momento de tranquilidad.

—Así, pues, ¿no pudo localizarle?

—No.

—¿Y dónde la detuvo la policía?

—En el domicilio de una amiga, a donde había ido a esperar la oportunidad de ver al doctor Candler.

—¿Confía enteramente en el doctor Candler?

—¡Oh, sí! ¡No vacilaría en poner mi vida en sus manos!

—Sin embargo, no le explicó que era Ballard quien le daba el dinero, ¿verdad?

—Le dije que alguien me lo daba, pero sin especificar quién.

—¿Por qué, puesto que confiaba enteramente en él?

—Había dado mi palabra de honor al señor Ballard que no revelaría su nombre. Pero temía que el doctor Candler me juzgase mal si me ocurría algo y él no llegaba a averiguar nunca la procedencia de ese dinero. Y, además, pensaba en papá. Si me moría de repente, era preciso que nadie creyese que papá había descubierto la situación del escondrijo y que lo había gastado todo. Por eso empecé a llevar ese Diario en el que explicaba detalladamente la situación, y dije al doctor Candler dónde podía encontrarlo si alguna vez me ocurría una desgracia.

—¿Le indicó dónde lo ocultaba?

—Tenía que confiar en alguien. Si moría, no quería que ese Diario se pudriese en su agujero.

—Bueno, la situación es ésta, Arlene: en la audiencia preliminar, la persuadirán de que tienen todo lo necesario para acusarla de asesinato en primer grado. Si me traiciona, declarando bajo juramento una cosa que le consta a usted que es falsa, podrá librarse con una simple inculpación de homicidio involuntario.

—¿Y en el caso contrario?

—En el caso contrario, no lo sé. Si lo que usted me ha contado es exacto, trataré de sacarla de aquí. Si es falso, le confirmo lo que le dije al principio de nuestras relaciones y me reservo el derecho a abandonarla. Pero esto sólo se refiere al robo. Por lo que respecta al asesinato, una vez que haya empezado a defenderla, seguiré hasta el final.

Ella le contempló con expresión pensativa:

—¿Tengo una probabilidad entre cuatro de librarme?

—Por el momento, no —contestó Mason.
—¿Una probabilidad entre diez?
—Digamos más bien cinco probabilidades entre cien.
—En realidad, parece como si quisiera usted impulsarme a hacer lo que ellos desean.
—Ante todo, quiero ser franco con usted y no tratar de influir en sus decisiones —declaró Mason mientras se ponía en pie—. Obre según considere conveniente.

* * *

Sonaba el teléfono cuando Perry Mason abrió la puerta de su apartamento. Como aquel número sólo era conocido por Drake y por Della Street, el abogado se precipitó hacia el aparato.
—¡Hola, Perry! —dijo la voz de Drake con tono excitado—. Tal vez, después de todo, el día no haya resultado tan malo como te figuras.
—¡Pues no sé qué más quieres! Pero he decidido no hacer nada más hasta mañana por la mañana.
—¿Te has entrevistado con tu cliente?
—Sí, ha dicho a la policía todo lo que hubiese debido callar y ahora están en situación de condenarla si la acusan de homicidio en primer grado.
—¿Por qué «si la acusan»? ¿Qué podría impedir que lo hiciesen?
—El fiscal le ha propuesto un trato. La dejará alegar homicidio involuntario si ella jura que moví la persiana para hacer una señal.
—¿Y qué consecuencia podría tener esto para ti?
—Enviarme a la cárcel por falso testimonio. Pero esto no ocurrirá sin que yo me defienda como gato panza arriba. Obligaré a la pequeña a que reconozca que le han prometido una reducción de pena si declaraba en el sentido que ellos le indicasen. Demostraré ante todos que Hamilton Burger está tan deseoso de hacerme condenar y eliminar de la profesión, que parece dispuesto a pasar la esponja sobre un asesinato en primer grado.
—¿Podrás demostrarlo?
—Citaré a Burger como testigo y le acosaré hasta el punto que deberá reconocer lo que ha hecho o mentir como un bellaco. Pero,

¿qué querías comunicarme?

—Una buena noticia: has ganado diez dólares.

—¿Qué diez dólares?

—¿No recuerdas haber apostado conmigo diez dólares a que la lista de Sackett era la de los billetes robados?

—Pero —exclamó Mason—, ¿cómo puedes saber…?

—¡Ah! Ahí tienes —dijo Drake con satisfacción—. Cuando Harvey Niles me ha telefoneado, le he dicho que todas las películas estaban veladas y le he preguntado cómo podía haber ocurrido tal cosa. Él me ha jurado por lo más sagrado que debía de haber sido mi amigo el fotógrafo quien lo había estropeado todo, voluntaria o involuntariamente. Dadas las circunstancias, ha formulado la hipótesis de que alguien, al saber que iríamos a su casa, le había dado dinero para que estropease el carrete de película.

—Tú, ¿qué opinas?

—No sé qué pensar. Pero lo interesante es que Niles ha recordado que había tomado otra foto de la lista en cuestión, en otro carrete.

—¡Es cierto! ¡Lo había olvidado!

—Ha ido en persona a revelarlo, y tiene una fotografía impecable. Y otras treinta y seis que son perfectas: Sackett en toda clase de trajes, con o sin Helen Rucker. Una de ellas muestra sin lugar a dudas que Sackett ha ocultado algo en el traje de baño de la pequeña fingiendo que la abrazaba.

—¿Y has podido leer los números?

—A simple vista, querido. ¡Y todos los que ha publicado el diario figuran en la fotografía!

—Entonces, debe de tratarse, efectivamente, de la lista auténtica —dijo Mason—. ¿Cómo diablos ha podido procurársela Sackett?

—Lo ignoro. Pero seguramente causará una conmoción en la policía cuando les reveles que él tenía esa lista en su poder.

—He aquí lo que tienes que hacer, Paul —dijo el abogado después de reflexionar un momento—. Pide a Niles que saque una docena de ampliaciones de esa foto y después que guarde el negativo en una caja fuerte, en el Banco, para que no corra ningún riesgo.

—¿Qué uso piensas hacer de esas fotos, Perry?

—De esto, amigo mío, aún no tengo ni la menor idea. Pero

puedo decirte ya que constituye mi único triunfo.

—Entonces, deseo de corazón que ese triunfo sea lo bastante fuerte para permitirte ganar la partida.

Capítulo 13

Dirigiéndose al Tribunal, pero mirando de reojo a los periodistas, el fiscal Hamilton Burger explicaba:

—El Ministerio Público acusa de homicidio a Arlene Duvall, pero la conducta del abogado que se encarga de su defensa está íntimamente mezclada con el asunto.

»Sabemos que ese abogado compareció ante la Cámara de acusaciones y respondió a ciertas preguntas que entonces le fueron hechas. No diré por el momento que se contestó a aquellas preguntas faltando a la verdad, pero creo firmemente que esto quedará demostrado en el curso de esta audiencia, durante la que el Ministerio Público se propone llamar al señor Perry Mason para que declare como testigo de la acusación. Podemos informar anticipadamente al testigo que no le pediremos que traicione el secreto profesional, haciéndole preguntas indiscretas. Sólo le interrogaremos sobre ciertos detalles de su conducta personal.

»Es para mí muy penoso tener que acusar así a un abogado, pero considero que el Colegio no puede tolerar que sus miembros, perfectos conocedores de la ley, se porten de manera tan gravemente responsable.

Tras de esta solemne conclusión, Hamilton Burger volvió a sentarse.

El juez Cody miró a Mason:

—Este Tribunal no ignora que éste no es un asunto ordinario —dijo—. Supone que el fiscal ha hablado con la mayor buena fe y que, en consecuencia, demostrará lo que anticipa. En caso contrario, este Tribunal intervendrá según es su deber. En fin, teniendo en cuenta que estas declaraciones han sido hechas públicamente, considero que la defensa debe gozar del derecho de contestar a ellas. Señor Mason, ¿tiene algo que decir al Ministerio

Público?

Mason se levantó:

—Señoría, todo lo que he de decir es que si el fiscal tiene testigos que corroboren las declaraciones que acaba de hacer, destrozaré por completo sus afirmaciones durante el contrainterrogatorio.

—¡Acepto el desafío! —gritó Hamilton Burger en tanto que su adversario se sentaba—. ¡Que entre Marvin Kinney!

Marvin Kinney prestó juramento y comunicó su nombre y dirección.

—En la noche del miércoles, día 10 de este mes, ¿fue usted encargado de entregar una citación a un tal Jordan L. Ballard? —le preguntó Burger.

—Sí.

—¿A qué hora le fue confiada esta citación?

—Creo que hacia las nueve de la noche. En todo caso, entre las nueve y las diez de la noche.

—¿Que instrucciones le fueron dadas en aquel momento?

—No creo —intervino Mason— que declaraciones que fueron hechas fuera de la presencia de la encausada puedan afectar a ésta de alguna manera.

—Es únicamente para permitir que el testigo precise el elemento tiempo —replicó Burger.

—En tal caso, me reservo el derecho de hacer el contrainterrogatorio del testigo sobre este tema. Si el fiscal se propone aprovechar este proceso para hacerme inculpar de falso testimonio, deseo que se ciña a las reglas. Y sabe muy bien que esta manera de proceder es inadmisible.

—Se acepta la objeción —decretó el juez Cody—. Y la defensa tiene razón al decir que en un asunto tan especial hay que ceñirse estrictamente a las normas señaladas.

—Sea —dijo Burger—, pero no permito al señor Mason que afirme que me propongo utilizar este proceso para hacerle inculpar de falso testimonio.

—No lo pretendo —replicó Mason—. Me propongo demostrarlo.

—¡Pero esto es absurdo! —exclamó Burger, tomando al techo por testigo.

—¿De veras? En tal caso, ¿por qué ha asegurado usted

personalmente a la encausada que le dejaría alegar homicidio involuntario si su declaración le permitía acusarme de falso testimonio?

—¡Sólo le he pedido que diga la verdad! —jadeó Burger.

—En tal caso, ¿por qué prometerle que la dejaría alegar homicidio involuntario?

—Porque… ¡No puede usted demostrar que le haya hecho tal promesa!

—¿Es que lo niega? —preguntó Mason.

El juez Cody golpeó la mesa con su martillo:

—He dejado que esta discusión se prolongara porque, dadas las acusaciones que se han formulado por el fiscal contra Perry Mason, consideraba que éste tenía derecho a exponer su punto de vista. Pero ya basta, por ahora, y ruego a ambas partes que se abstengan de entablar estas querellas personales. —Miró a ambos adversarios —. Diríjanse únicamente al Tribunal y cíñanse a las reglas del procedimiento. Señor fiscal, se ha elevado una protesta contra la última pregunta que había hecho al testigo, y dicha protesta se ha aceptado. Sírvase pues, hacer otra pregunta.

—¿A dónde fue usted después de haber recibido la citación que debía entregar a Ballard?

—A la estación de servicio de la que éste era propietario y en donde pensaba encontrarle. Pero se había marchado ya.

—¿A dónde fue después?

—Al domicilio particular de Jordan L. Ballard.

—¿A qué hora salió de la estación de servicio?

—Hacia las diez y cuarto.

—¿Y a qué hora llegó al domicilio de Ballard?

—No sabría decírselo exactamente. Me detuve por el camino para cargar gasolina y comer un bocadillo. Creo que debían de ser, aproximadamente, las once menos veinte.

—Cuéntenos ahora lo que ocurrió después, lo que vio, lo que hizo y lo que descubrió.

—Me apeé del auto y ascendí los escalones del porche. Había luz en el interior de la casa y me disponía a llamar cuando noté que la puerta estaba entreabierta. Llamé: «¡Señor Ballard!». Al no recibir respuesta, insistí, y después apreté el botón del timbre. A continuación grité: «¿Hay alguien?». Al no obtener respuesta, entré

en la casa y fui hasta la cocina. Allí encontré el cadáver del señor Ballard tendido en el suelo.

—¿Se fijó en alguna cosa más?

—Sí, en un cigarrillo que había en un cenicero, junto a la fregadera, y del que ascendía una columna de humo.

—¿Quiere decir que el cigarrillo ardía aún?

—Sí, exactamente. Había casi dos centímetros de ceniza junto al cigarrillo, pero éste ardía aún.

—¿Tenía alguna otra particularidad?

—Sí. El extremo opuesto estaba manchado de carmín.

—¿Qué otra cosa observó en la cocina?

—En el escurridor había tres vasos, un recipiente con hielo, dos cucharas, una botella de whisky escocés, otra de *Bourbon* y un sifón.

—Háblenos de Ballard. ¿En qué posición estaba?

—Tendido boca abajo. Surgía sangre de su pecho y tenía un cuchillo clavado en su espalda, un poco por debajo del omóplato izquierdo.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Fui a telefonear a la policía.

—¡Contrainterrogatorio! —dijo Burger a Mason.

—¿Ardía aún ese cigarrillo cuando usted lo vio?

—Sí.

—¿Conocía usted a Jordan L. Ballard?

—No.

—Entonces, ¿cómo supo que aquel cadáver era el suyo?

—Bueno, me enteré después… por la policía.

—Pero ¿usted lo ignoraba en el momento de descubrirlo?

—Sí; la policía me lo dijo.

—¿Y usted ha declarado hace un rato: «Descubrí el cadáver del señor Ballard tendido en la cocina»?

—Sí.

—En otras palabras, cuando la policía le dice algo ¿usted no duda ni por un momento de que sea la verdad?

—Pues… no.

—¿Le ha dicho la policía otras cosas a cuyo respecto se ha mostrado usted aquí igualmente categórico?

—No.

—¿Comprobó usted mismo que el cigarrillo ardía?

—Sí.

—¿Cuánto quedaba de él, aproximadamente?

—Unos cuatro centímetros.

—¿Y qué hizo usted? ¿Lo apagó?

—¡Oh, no! No toqué nada. Lo dejé quemar. Pero se apagó poco después de haberme ido a telefonear.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque cuando regresé a la cocina junto con la policía, se había apagado sin disminuir apenas de tamaño.

—¿Dónde estaba colocado?

—No en una de las hendiduras, sino en la empuñadura acanalada del cenicero. Sin duda por esto la ceniza no cayó.

—¿No fue esa ceniza la que le hizo pensar que el cigarrillo ardía aún?

—No, no; vi el humo que ascendía.

—¿Vio también el extremo incandescente?

—Sí.

—¿Cómo era?

—¡Pues, rojo oscuro, claro!

—¿Entró usted en la sala de estar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque buscaba el teléfono para avisar a la policía.

—¿Observó algo anormal en dicha sala?

—No.

—¿Estaba encendida la luz?

—Sí.

—¿En la cocina también?

—Sí.

—¿Cómo estaba iluminada la sala?

—Con lámparas de pie.

—¿Cuántas?

—No lo sé exactamente. Dos, tal vez tres.

—¿Y la cocina?

—Por una gran lámpara fija en el techo.

—¿Que inundaba de luz la estancia?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo pudo haber visto el resplandor del cigarrillo?

El humo, pase, pero el extremo incandescente, con tanta claridad…

—Yo… yo… yo… Me parece que lo vi.

—Fue el humo lo que se lo hizo creer.

—No, insisto en decir que vi el resplandor del cigarrillo.

—¿Pese a la viva claridad? ¿Estaría dispuesto a jurarlo?

—Sí.

—Cuando vio usted que el cigarrillo aún ardía, ¿comprendió inmediatamente la importancia que tenía?

—Ejem… no. En seguida no.

—Entonces, ¿cuándo?

—Después de la llegada de la policía.

—¿No estaba apagado en aquel momento?

—Sí. Pero yo les dije que cuando llegué humeaba aún.

—¿Y ellos le recomendaron que lo recordara bien?

—Sí.

—¿Le hablaron del resplandor del ascua?

—No.

—¿Qué le dijeron exactamente?

El testigo explicó bruscamente, como si hubiese llegado al límite de la resistencia:

—Me dijeron que no olvidase que había visto el cigarrillo encendido cuando entré en la cocina y que mantuviese mi declaración pese a todo lo que me dijera el abogado defensor.

Arlene Duvall se inclinó hacia Mason:

—Era mi cigarrillo —cuchicheó—. Me había costado mucho encenderlo, de tal manera temblaban mis manos, y…

—No importa, no importa —dijo el abogado, haciéndola apartarse. Seguidamente, manifestó al testigo—: Gracias, eso es todo.

Hamilton Burger vaciló por un momento como si quisiese hacer otra pregunta al testigo, pero después se encogió ligeramente de hombros:

—Que entre Sydney Dayton.

Sydney Dayton, individuo alto y desgarbado, de unos cuarenta años, declaró que su profesión era técnico experto de la policía.

—¿Qué significa esto exactamente? —inquirió Burger.

—Que soy experto en balística, en toxicología, en huellas dactilares y en otras cuestiones por el estilo.

—¿Fue usted llamado al domicilio de Jordan L. Ballard, el miércoles 10 del corriente por la noche?

—Sí.

—¿Qué se le pidió que hiciese?

—Que buscase las huellas que pudieran haber en tres vasos colocados junto al fregadero de la cocina.

—¿Diferenció los vasos?

—Sí, los numeré: uno, dos y tres.

—¿Descubrió usted huellas en el vaso número 2?

—Sí.

—¿Ha podido identificarlas?

—Sí. Pertenecían al señor Perry Mason.

—¿El abogado de la defensa, aquí presente?

—Si.

—¿Cómo pudo cerciorarse de ello?

—Comprobándolas con un juego de huellas del señor Mason que tenemos en nuestro archivo.

—¿Examinó usted un cigarrillo que estaba asimismo en la cocina, apoyado en la empuñadura estriada de un cenicero?

—Sí. Aquel cigarrillo presentaba rastros de carmín.

—¿Qué constataciones pudo hacer a este respecto?

—Gracias al análisis espectroscópico, pude averiguar que aquel carmín era idéntico al del tubo que había en el bolso de la encausada en este asunto.

—¿Se refiere a Arlene Duvall, la persona que está sentada al lado de Perry Mason?

—Sí.

—¡Contrainterrogatorio!

—Señor Dayton —dijo Mason, poniéndose en pie—, ha declarado usted que era experto técnico de la policía.

—Sí, soy un experto técnico al servicio de la policía.

—¡Ah! ¿Y la policía le emplea como testigo experto?

—No, estoy empleado como técnico, no como testigo.

—¿Cobra un sueldo mensual?

—Sí.

—¿Le es pagado el tiempo que pasa aquí?

—Sí.

—¿Y aquí testifica en calidad de experto?

—Sí.

—¿Por lo tanto, usted es actualmente un testigo experto de la policía?

—Sí así le parece, sí.

—Cuando declara ser un testigo experto de la policía, ¿quiere decir que es siempre la policía la que solicita su testimonio?

—No, siempre no. Ambas partes pueden recurrir a mis servicios.

—¿Cuántas veces ha testificado ante un tribunal?

—No sabría decírselo con exactitud.

—¿Centenares de veces?

—Probablemente.

—¿Ha declarado alguna vez como testigo de la defensa?

—No, nunca.

—Así, pues, ¿siempre ha testificado por cuenta de la policía y de la acusación?

—Sí.

—Perfectamente. Es lo que me proponía aclarar. Así, pues, ¿descubrió usted huellas dactilares en el vaso número 2?

—Sí.

—¿Descubrió huellas en el vaso número 3?

—Sí.

—¿Ha podido identificarlas?

—Sí: correspondían al señor Ballard.

—¿Trató de analizar el contenido de los vasos?

—Estaban vacíos.

—¿Completamente vacíos?

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir?

—Pues bien, quedaba un poco de hielo en el fondo del vaso número 3, del que se desprendía un ligero olor a whisky.

—¿Escocés o *Bourbon*?

—Era olor de whisky escocés.

—¿Y en el vaso número 2?

—Nada. Estaba completamente vacío.

—¿Y en el vaso número 1?

—En él encontré hielo y un poco de líquido.

—¿De qué naturaleza era ese líquido?

—Lo ignoro. No lo analicé.

—¿No podía tratarse de *Bourbon* mezclado con sifón?

—Es posible.

—¿Encontró huellas dactilares en ese vaso número 1?

—Sí.

—¿Huellas de quién?

—Del señor Ballard y de otra persona que aún no ha sido identificada. Pero, desde luego, ignoro en qué momento se hicieron esas huellas en el vaso.

—Desde luego. Como tampoco puede usted saber en qué momento dejé mis huellas en el vaso número 2.

—Por lo que he deducido…

—No le preguntamos lo que ha deducido, sino lo que sabe. Ahora bien, usted no sabe en qué momento tal o cual huella fue dejada en el vaso, ¿no es así?

—Sí.

—¿Encontró cubitos de hielo en un recipiente?

—Sí.

—¿Había también en el fregadero?

—No recuerdo haberlos visto allí.

—¿Tiene una fotografía de los tres vasos?

—Sí. Aquí está.

Mason se acercó al testigo para examinar la foto.

—Este cliché fue tomado desde cierta altura, en picado sobre el fregadero —observó.

—Sí. He tomado otras fotos donde los vasos aparecen de lado. Pero detrás de ellos podría ocultarse algo, mientras que aquí se ve todo el fregadero.

—¿Buscó huellas en el sifón?

—Sí. Y encontré las del señor Ballard.

—¿Ninguna más?

—No.

—¿Y en las botellas de whisky?

—Lo mismo.

—Le ruego que se fije en estos dos puntos luminosos que hay en el fregadero. ¿No podría tratarse del reflejo de la luz en dos pedacitos de hielo del tamaño aproximado del pulgar?

—Yo… Sí, podría ser.

—¿Estaba usted presente cuando se hizo esta foto?

—Sí.

—¿Indicó usted desde qué ángulo debía ser tomada, y colocó estos cartones numerados sobre los vasos?

—Sí.

—¿Y no se fijó en si había hielo en el fregadero?

—No.

—¿Halló usted hielo en los vasos 1 y 3, pero no en el vaso 2, en el que encontró mis huellas?

—Sí, en efecto.

—En tal caso, ¿no podría ser lógico suponer que fui a casa de Ballard y que bebí con él, pero que él se llevó mi vaso a la cocina y vació en el fregadero el hielo que había aún en el fondo de ese vaso? Entonces se presenta otra persona y le pide un *Bourbon* con sifón; Ballard preparó la mezcla y la persona en cuestión estuvo con él en la cocina cuando fue asesinado. El hecho de que hubiese hielo en los vasos 1 y 3, ¿no indica que Ballard bebió de nuevo con esa persona, *después* de mi marcha?

—Oh, Señoría, protesto —intervino Hamilton Burger—. Esta es una hipótesis gratuita y la defensa trata de demostrar un hecho sugiriendo respuestas al testigo.

—Señoría —dijo Mason sonriendo—, no es para demostrar un hecho que he formulado esta pregunta.

—Entonces, ¿puedo preguntarle con qué finalidad la ha formulado? —replicó el juez.

—Para poner en evidencia la parcialidad del testigo —declaró Mason—. ¡Salta a la vista! He aquí un experto, que ha tenido buen cuidado de no olvidar nada de lo que necesitaba la policía para corroborar su acusación contra mí, pero que no ha prestado la menor atención a esos dos pedazos de hielo que había en el fregadero, los cuales, según toda evidencia, estaban allí porque Ballard, después de mi marcha, vació en él mi vaso. La extremada reticencia con la que el testigo ha aceptado este hecho, demuestra claramente su parcialidad.

—Se ha anotado usted un punto, señor Mason —dijo el juez, sonriendo—. Pero, no obstante, declaro que la objeción es válida.

Mason se volvió hacia el testigo:

—¿Ha afirmado usted que el cigarrillo en cuestión había sido fumado por la señorita Duvall, demostrándolo gracias a un análisis

espectroscópico del carmín para los labios?

—Sí.

—¿Cuántos carmines distintos, procedentes del mismo fabricante, ha examinado usted para ver si el espectroscopio indicaba una variación?

—Yo… pues… No he hecho esta prueba. Me he limitado a analizar el carmín que manchaba el cigarrillo y el que se encontraba en él bolso de la encausada.

—¿No puede suponerse razonable que un mismo fabricante produce carmín de composición idéntica?

—El tono varía.

—Sí, pero, ¿la composición química base sigue siendo la misma?

—No estoy capacitado para contestar esa pregunta.

—¡Exactamente! —recalcó Mason—. Ha supuesto usted que el carmín del cigarrillo era de Arlene Duvall sin haberse molestado siquiera en estudiar la composición de otros carmines del mismo fabricante o de otras marcas. Ahora bien, si no estoy equivocado, ¿un análisis espectroscópico no es cuantitativo, sino sólo cualitativo?

—Sí, en efecto.

—En el vaso donde encontró mis huellas dactilares, ¿no encontró también las de Ballard?

—Sí, algunas, efectivamente.

—¿No se encontraban la mayoría de las suyas encima de las mías?

—Sí, pero esto no demuestra nada.

—¿Por qué?

—Porque, naturalmente, Ballard debió de entregarle a usted su vaso.

—En cuyo caso serían las mías las que deberían estar sobre las de él. ¿No?

—Ejem… Sí.

—Ahora bien, usted ha encontrado huellas de Ballard sobre las mías, ¿verdad?

—Sí, algunas.

—¿Y no será debido esto a que Ballard, después de mi marcha, cogió mi vaso en el lugar en que lo había dejado y se lo llevó, para vaciar en el fregadero de la cocina el hielo que quedaba dentro?

—No puedo aventurarme a formular hipótesis —declaró Dayton con altivez—. Sólo hablo de lo que sé.

—Nos ha dicho que encontró huellas de Ballard en el vaso número 1, juntó con las de una persona que aún no ha sido identificada. ¿Estaban las huellas de Ballard por encima de las de la otra persona?

—No… no lo recuerdo. Lo que me interesaba eran las huellas en sí y no en el orden en que habían podido ser dejadas en el vaso.

—En tal caso, eso es todo —declaró Mason.

—Quisiera hacer una o dos preguntas más al testigo —dijo Hamilton Burger en tono suave—. Sus comprobaciones indican que Perry Mason estaba en la casa en cuestión poco antes de que se cometiese el crimen, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y que Arlene Duvall fumó un cigarrillo en dicha casa momentos antes o después de que se cometiese el crimen?

—¡Protesto! —intervino Mason—. Esto es pedir al testigo que llegue a conclusiones basándose en hechos que no se han demostrado ni se demostrarán. El testigo ignora si Arlene Duvall fumó ese cigarrillo. Ignora si fue ella quien depositó el cigarrillo en el cenicero. Incluso ignora en qué momento fue dejado allí el cigarrillo.

—Oh, bien, bien —dijo Hamilton Burger—. No quiero ser quisquilloso en los detalles. No hablemos más. Creo que el Tribunal habrá comprobado la situación.

—Sí, yo también lo pienso. El Tribunal habrá comprendido que no ha querido mostrarse quisquilloso acerca de los detalles por temor a que se demostrara que sus conclusiones se vean desmentidas por los hechos.

—Basta —dijo el juez Cody—. Ya les he recordado que ambas partes deben dirigirse siempre al Tribunal. ¿Tiene que hacer más preguntas, señor Burger?

—No, Señoría. La declaración de ese testigo me satisfaré plenamente.

—¿Y usted, señor Mason?

—No, Señoría. La manera como este testigo ha declarado, me satisface enteramente.

El juez se permitió una sonrisa fugaz.

—Muy bien. Pueden llamar al testigo siguiente.

—Que entre Horace Mundy —ordenó Hamilton Burger.

Con aspecto cohibido, Mundy se prestó a las formalidades preliminares y se sentó en el sillón de los testigos.

—¿Está usted empleado en la Agencia de Detectives Drake? —le preguntó Burger.

—Sí.

—¿Y el señor Perry Mason recurrió a la Agencia de Detectives Drake para hacer seguir a Arlene Duvall, la encausada aquí presente?

—Lo ignoro.

—En todo caso, sabe que su jefe le encargó que siguiera a Arlene Duvall.

—No sé a lo que se refiere.

El rostro de Burger se congestionó.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted detective privado?

—Veinte años.

—¿Y no sabe lo que significa seguir a alguien?

—Le ruego que me perdone. No es esto. Lo que no sé es lo que quiere decir usted con estas palabras.

—¡Lo que quieren decir! —gritó Burger—. Estoy seguro de que todos los presentes me comprenden.

—En tal caso, no creo que me encargaran de seguir a Arlene Duvall. Más bien creo que me pidieron que cuidara de ella.

—Bueno, como quiera. Lo que me interesa es que usted la vigilaba. Pero comprendo que es usted un testigo hostil y que no estaría aquí si no se le hubiese citado para que compareciese. Ahora le pregunto: ¿vio usted a Arlene Duvall en el domicilio de Jordan L. Ballard durante la noche del miércoles 10 del corriente?

—Sí, señor, la vi.

—¿Qué le vio hacer?

—La vi apearse de un taxi que la había conducido hasta allí y dirigirse hacia la puerta de entrada. Permaneció un momento en el porche y después rodeó la casa.

—Y mientras rodeaba la casa, ¿vio usted a Perry Mason hacerle una señal?

—No.

—Un momento —vociferó Hamilton Burger, señalando a Mundy

con un dedo—. Tengo sus declaraciones registradas en cinta magnetofónica, y puesto que parece que quiere mostrarse recalcitrante…

—Protesto —intervino Mason con calma—. El Ministerio Público no tiene por qué hacer el contrainterrogatorio de sus propios testigos. Además, es inadmisible que les amenace para obligarles a declarar lo que él desea.

—Señoría, este testigo es evidentemente hostil y…

—Todavía no ha manifestado ninguna hostilidad —declaró el juez Cody—. Sólo se ha esforzado en ser preciso. Creo que ha contestado que no había visto a Perry Mason hacer señales a la encausada. Prosiga, señor fiscal.

—¿No manifestó usted en mi despacho que, en el momento en que la encausada rodeaba la casa, había visto a Perry Mason bajar y subir la persiana de la sala?

—No. Dije que había visto en aquel momento a un hombre de una configuración parecida a la de Perry Mason que apartaba las cortinas y después bajaba y subía la persiana. Pero siempre le he repetido que no había podido ver el rostro de ese hombre.

—Y luego, ¿qué hizo Arlene Duvall?

—Después que se hubo ido la persona que estaba en la casa, vi a Arlene Duvall que arrastraba una caja hasta debajo de la ventana de la cocina, se subía a ella, abría la ventana y se metía en la casa por allí.

—¿Y luego?

—Unos cinco minutos más tarde, la vi salir por la puerta principal.

—¿Y cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que Perry Mason salió de la casa y aquél en que Arlene Duvall entró?

—Ella entró por la ventana un instante después de que la otra persona, cuya identidad ignoro, saliera por la puerta.

—Y cuando Arlene salió a su vez de la casa, ¿iba corriendo?

—En todo caso, andaba muy aprisa.

—Contrainterrogatorio —anunció Hamilton Burger, quien añadió a continuación, dirigiéndose al Tribunal—: No ignoro que, durante el contrainterrogatorio, se deja amplia libertad en cuanto a la manera de formular las preguntas al testigo, pero el Tribunal sabe que este caso ofrece un aspecto muy peculiar y no quisiera que

el testigo se contentase con repetir las palabras que el señor Perry Mason casi podría meterle en la boca cuando le interrogue.

—Puede usted elevar sus protestas siempre que lo considere necesario —contestó el juez Cody con tono seco.

Y Mason, volviéndose hacia el Tribunal, dijo con una sonrisa:

—No tengo nada que preguntar al testigo, Señoría.

—¡Que entre James Wingate Fraser! —ordenó Burger, de color escarlata.

Fraser narró su encuentro con Mundy y la persecución que había tenido lugar. Había visto a Arlene Duvall desaparecer por la esquina de la casa, pero desde el lugar en que estaba no podía verla cuando se metió por la ventana. En cambio, había distinguido a un hombre, que no había podido identificar, ocupado en manipular la persiana de la sala, «aproximadamente al mismo tiempo que Arlene Duvall rodeaba la casa». Y, para terminar, Fraser declaró que había tenido ocasión de ver bien al hombre que había salido de la casa para marcharse en el auto que estaba detenido frente a la entrada. Aquel hombre era Perry Mason.

—Contrainterrogatorio —dijo Hamilton Burger.

—¿Cuándo supo usted que aquel hombre era Perry Mason? —preguntó el abogado, poniéndose en pie.

—Así que le vi a usted.

—¿No me presenté un poco más tarde aquella misma noche en su domicilio?

—Sí.

—¿Y le pregunté si podría describir al hombre a quien había visto salir de casa de Ballard?

—Sí.

—¿Y usted me lo describió?

—Sí.

—¿Le pregunté asimismo si podría reconocerlo?

—Si.

—¿Y me contestó usted que, si tenía ocasión de volverlo a ver, creía que lo reconocería?

—Sí.

—Pero, ¿usted no me dijo entonces que aquel hombre era yo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque… porque… aún no se me había ocurrido esta idea.

—¿Cuándo se le ocurrió?

—Inmediatamente después de su marcha. Uno de mis invitados dijo: «Por la descripción que has hecho, ese hombre podría ser el propio Perry Mason».

—¿Y qué contestó usted?

—De momento, me reí.

—¿No pensaba que yo pudiese ser el hombre en cuestión?

—Sí, pero no me daba cuenta.

—¿Y cuándo se dio cuenta?

—Posteriormente, mientras hablaba con los amigos, y más tarde, cuando me interrogó la policía.

—¿Se dio usted cuenta de que yo podría ser ese hombre después de habérselo oído afirmar a los investigadores, y de que ellos le hubieran dicho que habían encontrado mis huellas dactilares en uno de los vasos que había en la casa? ¿Fue así?

—No. Llegué a esta conclusión después de reflexionar.

—Pero, *¿reflexionó* usted en presencia de la policía?

—Si así lo quiere, sí.

—Sin embargo, ¿había reflexionado ya en todo eso cuando yo fui a preguntarle si podría reconocer al hombre en cuestión?

—Sí, sin duda, pero debía de estar pensando en otras cosas.

—¿Y volvió a reflexionar sobre ello cuando uno de su invitados sugirió que yo podría ser ese hombre?

—Ciertamente, pero también entonces mi atención estaba ocupada en diversas cosas…

—En resumen, ¿no reflexionó a fondo hasta después de haber oído decir a la policía que aquel hombre era yo?

—Tiene usted una manera de presentar las cosas que me parece muy especial.

—Pues preséntelas a su manera.

—Pues bien, no estuve seguro a este respecto hasta después de haber hablado con la policía.

—Perfectamente. Eso es todo —dijo Mason.

Con el aire de un prestidigitador que se dispone a dejar estupefacto al público, Hamilton Burger, anunció:

—Señoría, he enviado una citación al doctor Holman B. Candler, de Santa Ana. ¡Que entre!

Mason se volvió hacia Arlene Duvall.

—¿Acerca de qué viene a declarar?

—Lo ignoro. Han debido de entregarle esta citación a última hora, pues, de lo contrario, indudablemente nos hubiese advertido…

—¿Cree que nos habría advertido?

—¡Desde luego!

—¿Tiene plena confianza en él?

—Ya le he dicho que no vacilaría en poner mi vida en sus manos.

—Tal vez sea esto lo que va usted a hacer —replicó Mason.

Mientras se adelantaba para prestar juramento, el doctor Candler dirigió a la joven una mirada tranquilizadora. Realizó las diversas formalidades, y luego, encarándose con el fiscal, le dijo:

—Considero justo advertirle que no sé absolutamente nada de este asunto.

—Usted *cree* que no sabe nada —le contestó Burger campechanamente—, pero yo opino otra cosa. ¿Conoció a Colton P. Duvall en la época en que estaba empleado en el *Mercantile Security Bank*?

—Sí.

—¿Y no sólo tuvo ocasión de verlo en el Banco, del que usted era médico oficial, sino que él era también cliente suyo, con carácter particular?

—Sí.

—¿Conoce a Arlene Duvall?

—Sí, desde hace tiempo. No debía de tener mucho más de doce o trece años cuando la vi por primera vez.

—¿Y ha seguido siendo amigo de ella, después de la condena de su padre?

—Sí.

—¿De la misma manera que ha permanecido en continuo contacto con su padre?

—Sí.

—¿Fue especialmente por instigación de usted que se hizo circular una petición para que Colton P. Duvall fuese dejado en libertad condicional?

—Sí.

—¿Hizo usted circular personalmente esta petición?

—Recogí varias firmas, y mi enfermera, la señora Travis, las otras.

—¿Quién?

—La señora Travis. Rose Rucker Travis, mi enfermera.

—Pero, cuando ella hizo circular esta petición ¿estaba a su servicio y actuaba así siguiendo sus órdenes?

—Sí.

—Durante los últimos dieciocho meses, ¿ha tenido ocasión de comunicarse con Arlene Duvall?

—Muy a menudo.

—¿Personalmente, por correspondencia o por teléfono?

—De todas las maneras. Oiga, soy un hombre muy ocupado, y si me ha hecho venir aquí sólo para…

—Calma, doctor, calma. Le preguntaba esto para saber si la escritura de Arlene Duvall le era familiar.

—¡Desde luego!

—Entonces, después de recordarle que está declarando bajo juramento voy a mostrarle un Diario que se supone es de la encausada. Díganos, por favor, si reconoce la escritura de Arlene Duvall.

Con expresión triunfal, Hamilton Burger se acercó al testigo con una libreta en la mano. Mason oyó que su cliente balbuceaba a media voz:

—¡Oh, no… no…! Hay que evitar que se lo enseñe… ¡Impídale que lo haga!

Mientras hojeaba la libreta, el doctor Candler declaró:

—Sí, es, desde luego, la escritura de Arlene Duvall.

—¿Todo ha sido escrito por ella? —inquirió Hamilton Burger.

—No he examinado cada página…

—Pues hágalo, se lo ruego.

El doctor Candler empezó a pasar las páginas, una tras otra, asintiendo con la cabeza de vez en cuando.

—Sí —dijo por fin—, me parece que todo ha sido escrito por ella.

La cliente de Mason se inclinó hacia el abogado y cuchicheó:

—Había ocultado un Diario falso en mi remolque para engañar a los ladrones, pero la policía ha descubierto el auténtico, el que

estaba oculto encima de la rueda. Es preciso que evite que el doctor Candler lo lea. Esas páginas contienen cosas que le harían volverse contra nosotros.

—Le llamo especialmente la atención —decía al mismo tiempo Hamilton Burger— sobre los párrafos que llevan fecha del 7, del 8 y del 9 de este mes. ¿Quiere usted leerlos con atención, doctor y decirnos si *cada palabra* ha sido escrita por Arlene Duvall?

—¡Oh, impídaselo! —imploró Arlene junto a la oreja de Mason.

—¡Protesto! —dijo el abogado, poniéndose en pie—. Esta pregunta ha sido hecha ya y ha recibido contestación. El testigo ha declarado que todo el Diario había sido escrito por mi defendida.

Pero el doctor Candler, absorto en la lectura, no pareció oírle.

—Y —prosiguió Mason, adelantándose—, puesto que este documento acaba de ser enseñado al testigo, yo también tengo derecho a verlo. ¿Quiere dejarme esa libreta, doctor?

—Un momento, un momento… ¡Déjeme acabar de leer!

Mason miró al juez:

—Quisiera ver ese documento, Señoría.

—Considero que el doctor debe leer cada palabra de los párrafos que le he indicado —intervino Hamilton Burger.

—Es inútil —replicó Mason—, puesto que el testigo ha declarado ya que toda la libreta había sido escrita por la encausada. Esto no tiene otra finalidad que ganar tiempo e impedirme que vea el documento.

—Sírvase dar la libreta al señor Mason —dijo el juez Cody.

El médico siguió leyendo, sin rechistar.

—¡Doctor Candler! —llamó el juez, dando un golpe con su martillito.

El interpelado alzó por fin la cabeza:

—Dígame, señoría.

—Sírvase entregar ese documento al señor Mason.

El médico vaciló y luego, a regañadientes, alargó la libreta al abogado. Mason regresó entonces a su sitio y sostuvo un conciliábulo con Arlene.

—¿Todo esto ha sido escrito por usted?

—¡Oh, sí! ¡Dios mío, estoy perdida!

—¿Qué ocurre?

—¡Vea lo que el doctor Candler acaba de leer!

Mason dirigió la mirada al párrafo que llevaba la fecha del 7 del corriente:

> *He sostenido una larga conversación con Jordan Ballard. Cree saber lo que ocurrió y cómo se cometió el robo. Según él, la cosa sólo pudo hacerse con la complicidad del doctor Candler. Esta afirmación me ha trastornado, pero el señor Ballard la ha justificado ampliamente. El doctor Candler era el médico oficial del* Mercantile Security *y, en calidad de tal, examinaba periódicamente a todos los empleados. Además, era el médico particular de Edward B. Marlow, presidente director general del Banco. Fue la enfermera del doctor Candler, Rose Travis, la que dio a Ballard la confidencia para las carreras, garantizándole de tal manera que él no podía dejar de apostar. Además, el doctor Candler, en compañía de su enfermera, estuvo en el Banco media hora antes del envío del dinero. Le hubiese sido fácil abrir uno de los archivadores que contenían los cheques anulados y meter estos en su cartera. Aparte de los empleados del Banco, él era el único autorizado a utilizar la puerta que hay en aquel lado. Es el único que pudo salir por ella llevando un bulto en la mano, sin que la cosa despertase la menor sospecha. El…*

—Señoría, este documento constituye una de mis bazas mejores —dijo Hamilton Burger—, y en tanto no haya sido presentado como prueba, considero que la defensa no tiene por qué estudiarlo con tanto detalle. Le basta con mostrarlo a su cliente para que ésta diga si ha sido o no redactado por ella.

—No estoy de acuerdo —contestó Mason—. Considero, por el contrario, que tenemos derecho a enterarnos del contenido de este documento antes de que sea presentado como prueba, porque tal vez tengamos que elevar alguna objeción. Mientras no lo conozcamos, nada nos demuestra que no se han añadido párrafos que no ha escrito la encausada.

—Es exacto —observó el juez Cody.

—Pero —protestó desesperadamente Hamilton Burger—, por el momento, no solicito que este documento sea aceptado como prueba. Sólo pido que se le identifique como escrito por la encausada. Interrogado a este respecto, el testigo acaba de contestar

afirmativamente. Así, pues, pido que mi adversario se limite a echar una ojeada al documento. Cuando lo presente como prueba, podrá examinarlo a su placer y elevar entonces cualquier objeción que considere oportuna.

—En tal caso, de acuerdo —declaró el juez Cody.

Hamilton Burger se acercó inmediatamente a Mason con sonrisa satisfecha, y el abogado pareció tan contrariado como el doctor Candler de tener que separarse del Diario.

—Esto es todo por el momento, doctor —dijo entonces Hamilton Burger—. Volveré a llamarle más adelante, pero…

—¡Perdón! —protestó Mason, mientras Candler se disponía a retirarse—. Deseo contrainterrogar al testigo.

—Pero ¡si aún no ha hecho ninguna declaración! —exclamó Burger—. Esto lo guardo para después y…

—Sí. Ha testificado que este documento había sido escrito por la encausada.

—Bueno, ¿y qué? ¡Esto no es base para un contrainterrogatorio!

—No esté tan seguro —dijo Mason.

Levantándose, el abogado se acercó al doctor Candler, quien, evidentemente aturdido, se había sentado de nuevo en el sillón de los testigos.

—Doctor, ¿le es familiar la escritura de la encausada?

—Sí.

—Voy a enseñarle la fotografía de un documento para que diga usted si ha sido o no escrito por Arlene Duvall.

Mason alargó bruscamente al médico una ampliación fotográfica de la lista de números que Sackett había ocultado en el traje de baño de su compañera.

El doctor Candler miró las cifras y negó con la cabeza. Su rostro, que Mason observaba con atención, no mostró ninguna expresión.

—Con la venia del Tribunal —intervino Burger—, creo que ahora soy yo el que tiene derecho a ver ese documento.

—Ciertamente —apresuróse a contestar Mason, entregándole la fotografía.

Hamilton Burger la miró. Bruscamente, sus ojos se agrandaron por la sorpresa. Regresó a su mesa, cogió una agenda, la hojeó y comparó unos números con los que había en la fotografía.

Mason se le había acercado con calma, y aprovechó un momento

en que el fiscal consultaba la agenda para recuperar la foto. Estaba ya a medio camino de su sitio cuando Burger se dio cuenta.

—¡Eh! —protestó—. ¡Devuélvame eso! Quiero examinarlo a fondo.

Por toda respuesta, Mason se contentó con sonreír.

—¡Señoría, Señoría! Ese documento no debería estar en manos de la defensa. Es… ¡Quiero verlo!

—Ha tenido usted oportunidad para asegurarse de si estaba o no escrito por la encausada —dijo Mason.

—Pero esto no es suficiente. Insisto en que…

—Señoría —dijo Mason al juez que parecía algo perplejo—, sólo deseaba que ese documento fuese identificado. No lo presento como prueba. En consecuencia, según la ley promulgada por mi eminente colega, no tiene por qué examinarlo en detalle. Le ha echado una ojeada y es suficiente por ahora.

—Señoría —imploró Burger—, se trata de un documento tan confidencial… Se ha guardado el secreto más absoluto… ¡Solicito que sea exhibido!

—Ya lo ha sido —repuso el juez.

—Quiero decir que solicito que sea presentado como prueba.

—¿Por la acusación? —inquirió el juez, visiblemente interesado.

—Probablemente será utilizado para enredar la vista, y…

—Basta —cortó el juez Cody—. ¿Desea usted presentar ese documento como prueba, señor fiscal?

—Yo… Si es preciso, sí, Señoría. Aparentemente, este documento es la fotografía de la lista de billetes que constituían los famosos cinco mil dólares incluidos en el capital robado.

Mason sonrió a su adversario.

—Tal como usted me ha dicho respecto al Diario, podrá examinar esta foto a su placer, cuando la presente como prueba y elevar entonces cualquier objeción que considere oportuna.

—Pero, Señoría —protestó Burger—, esta lista es tan confidencial que ni siquiera yo he podido obtener una copia. Y ahora la defensa nos muestra una. ¡Esto no es equitativo!

Siempre sonriente, Mason se encaró con el testigo:

—Doctor, creo recordar que ha declarado usted ser médico y cirujano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Hay un aparato de rayos X en su consultorio?

—Sí.

—Doctor, ¿quiere acercarse a aquella pizarra y trazarnos un plano de su consultorio, indicándonos en qué lugar se encuentra el aparato?

—Pero ¡esto es absurdo, Señoría! —exclamó Burger indignado —. Esto no tiene ninguna relación con el asunto que se debate.

—Usted le ha hecho declarar que era médico y cirujano y que ejercía en Santa Ana —replicó Mason—. Tengo derecho a asegurarme si tiene buena memoria en relación con ello.

El juez Cody preguntó:

—Señor Mason, ¿me garantiza usted que esta pregunta es pertinente?

—Se lo aseguro firmemente, Señoría. Tal vez sea incluso uno de los factores más importantes de todo el asunto.

—Muy bien. Que el testigo conteste.

El doctor Candler se acercó a la pizarra e hizo un esbozo del plano de su consultorio.

—Doctor —dijo Mason—, ahora voy a hacerle una pregunta. Si dos personas estuviesen sentadas aquí, al otro lado de este tabique que separa la sala de rayos X de la habitación vecina, ¿sería posible, dirigiendo los rayos X en dirección apropiada, velar una película fotográfica que estuviera en el interior de una cámara situada en una mesa, aquí entre esas dos personas?

El doctor Candler pareció desconcertado:

—Ejem… No sé… Espere… Sí, creo que sería posible. Los rayos X, desde luego, atravesarían el tabique. Supongo que debía de tratarse de un aparato fotográfico normal, cuya caja estaba hecha en material plástico o en aluminio delgado, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Entonces, la película fotográfica quedaría ciertamente velada.

—¿Por completo?

—Sin duda. Los rayos X no atraviesan con tanta facilidad el metal como la carne y los huesos, pero, sin embargo, lo hacen también a condición de que no se trate de plomo.

—Así, pues, doctor, si yo estuviese sentado al otro lado de este tabique, y alguien situado en el consultorio tuviera interés en velar las fotos de la cámara que llevase en mi poder, ¿podría conseguirlo

de esta manera?

—Sí, pero esta hipótesis me parece muy improbable.

—Gracias, doctor. ¿Ha dicho usted que su enfermera se llamaba Rose Rucker Travis?

—Sí.

—¿Su nombre de soltera es, pues, Rucker?

—Sí.

—¿Estaba casada con un individuo llamado Travis?

—Sí, eso creo. Pero esto ocurrió antes de que entrase a mi servicio.

—¿Tiene ella una hermana que se llama Helen Rucker?

—Creo que sí.

—¿Conoce usted a Howard Prim?

—No.

—¿No le dice nada este nombre?

—No, nada en absoluto.

—¿Y Thomas Sackett? ¿Le recuerda algo esto?

—Thomas Sackett… Creo… creo que tuve un cliente que se llamaba así. Sí, estoy seguro.

—¿Y conoce usted a un tal William Emory?

—Si.

—El señor Emory era, según creo, el conductor del camión que transportaba el dinero robado al *Mercantile Security*, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—¿Era entonces cliente de usted?

—Sí.

—¿Lo es todavía?

—Sí.

—Gracias, doctor. Eso es todo.

—¿Desea hacer alguna pregunta más al testigo? —dijo el juez Cody a Burger.

—No, Señoría.

—Entonces, sírvase llamar al testigo siguiente.

Con sonrisa malévola, el fiscal anunció:

—Mi próximo testigo será Perry Mason.

Perry Mason se dirigió inmediatamente hacia el sillón de los testigos, alzó la mano derecha y prestó juramento.

—Quisiera que nos dijera —empezó Hamilton Burger— cómo ha

podido fotografiar ese documento.

—¿Qué documento?

—La lista de los billetes que formaban los cinco mil dólares. Le era absolutamente imposible procurarse dicha lista.

—Entonces, si me era absolutamente imposible, sin duda no la he obtenido.

—¡Claro que sí! ¡Usted me ha enseñado su fotografía!

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha comprobado si los números concordaban?

—La he comprobado mediante los números que yo tenía, porque esta lista es tan secreta que el jefe regional del F. B. I. se ha negado a comunicármela siquiera a mí.

—Entonces —dijo Mason con tono suave—, permítame, señor fiscal, que le regale una fotografía de esa lista que no ha podido usted obtener del F. B. I. Yo tengo otras.

—¡Esto no contesta a mi pregunta! —vociferó el fiscal—. ¿Dónde ha obtenido esta lista?

—Me niego a contestar la pregunta —declaró Mason, siempre sonriente—, porque de momento no guarda ninguna relación con el asunto que se debate. En efecto, la encausada, Arlene Duvall, está aquí a propósito del asesinato de Jordan L. Ballard y no de un robo cometido a expensas del *Mercantile Security*, robo por el que su padre fue condenado anteriormente.

Y volviendo a sentarse en el sillón de los testigos, Mason cruzó sus largas piernas y contempló a su adversario con expresión divertida.

—¡Evidentemente! —estalló Burger—. Era de esperar que el señor Mason recurriese a todas las argucias legales para tratar de protegerse, pero no me dejaré desanimar por esta táctica. Seguiré haciéndole preguntas hasta que el Tribunal tenga conocimiento de todos los hechos.

—Si se limita a hacerme preguntas relacionadas con el asunto que se debate, no elevaré ninguna objeción —le aseguró Mason.

—¡Muy bien! ¿Fue usted al domicilio de Jordan L. Ballard durante la noche del miércoles 10 del cociente?

—Sí.

—¿Se acercó a la ventana de la sala?

—Sí.

—¿Bajó usted y después subió la persiana de dicha ventana?

—Sí, desde luego.

—¡Cómo! —exclamó Burger—. ¿Ahora lo reconoce?

—Claro que lo reconozco.

—¡Pero antes lo negó ante la Cámara de acusaciones!

—¡Ni mucho menos! Usted me preguntó entonces si yo había movido aquella persiana para hacer una señal a la encausada o a alguna otra persona y le contesté que no.

—Pero, ¿ahora reconoce haber bajado y después haber subido la persiana en cuestión?

—Desde luego.

—¿Por qué no lo manifestó así ante la Cámara de acusaciones?

—Porque usted no me lo preguntó.

—Entonces, ¿por qué bajó y después volvió a subir aquella persiana si no era para dirigir una señal a alguien?

—Acababa de averiguar que tenía en mi poder un billete de mil dólares y otro de quinientos. El billete de mil dólares tenía el número 000151.

La boca de Burger se abrió cuán grande era y sus ojos parecieron a punto de salir de las órbitas. Ciertos espectadores, igualmente sorprendidos por la respuesta de Mason, sonrieron con nerviosismo y el juez Cody martilleó en la mesa para mantener el orden en la sala. Después dijo:

—Continúe, señor fiscal.

—Pero, cuando compareció usted ante la Cámara de acusaciones presentó dos billetes, uno de mil y otro de quinientos dólares. ¿De dónde procedían?

—Como ya manifesté, los había recibido dentro de un sobre que en apariencia me había enviado Arlene Duvall.

—¿Y los otros dos, esos a que acaba de aludir por primera vez, cómo los recibió?

—En una carta que aparentemente me había enviado Arlene Duvall.

—Usted no nos dijo eso entonces.

—Porque usted no me lo preguntó.

—Le había pedido que presentase cualquier billete que hubiese podido recibir de Arlene Duvall.

—Exactamente. Y yo le contesté que no tenía ninguna prueba de que Arlene Duvall me hubiese enviado dinero. Sin embargo, en un

sobre que contenía una carta que parecía escrita por ella, recibí un billete de mil dólares y otro de quinientos. Precisé bien que los billetes presentados por mí eran los que estaban en la carta a que yo me refería. Usted no creyó necesario preguntarme si había recibido más dinero que en mi opinión pudiera proceder de Arlene Duvall. Si en sus interrogatorios hay fallos, no veo por qué la persona interrogada ha de cuidarse de subsanarlos.

—¡Con esto basta! —intervino el juez Cody—. He pedido ya a ambas partes que se abstengan de intercambiar alusiones personales.

Pero se notaba que tenía dificultades en contener una sonrisa.

—¡Es la primera vez que oigo una cosa así! —exclamó Hamilton Burger.

—Estoy convencido de ello —replicó Mason, y las risas invadieron la sala hasta el punto de que el juez tuvo que cortarlas golpeando su mesa con el mazo.

—¿Cómo llegaron a su poder esos otros dos billetes? —preguntó por fin Burger.

—Me fueron entregados por Paul Drake, quien me dijo que se los había entregado un mensajero.

—¿Y qué hizo usted con los billetes?

—Después de haber bajado la persiana de la sala de Ballard, mientras él estaba en la cocina, los metí en la misma y luego volví a subirla. Tras de lo cual, volví a sentarme en una butaca y Ballard me trajo una bebida.

—¿Quiere hacernos creer que Ballard estaba vivo cuando usted lo dejó?

—Sí.

—Por tanto, como Arlene Duvall entró inmediatamente después de su marcha…

—Perdón —le interrumpió Mason—. Se olvida de un hecho esencial.

—¿Cuál?

—Olvida a la persona de mi misma estatura y constitución que vigilaba la casa; la persona que me vio bajar y después subir la persiana y que se preguntó por qué hacía aquello; la persona que, inmediatamente después de mi marcha, aparcó su auto en el camino y entró en la casa; la persona que tenía suficiente intimidad con

Jordan Ballard para que éste le recibiese en la cocina; la persona que bebió *Bourbon* con sifón, después de que Ballard hubo vaciado en el fregadero el hielo que había en mi vaso y que había contenido whisky escocés con sifón.

—¿Y cómo sabe que esa persona existe, señor Mason? —inquirió Burger con tono sarcástico.

—Lo sé porque los investigadores, cuando fueron a la casa y examinaron la persiana, no descubrieron oculto en ella ningún billete. ¿O bien piensa usted que esos investigadores pudieron encontrar los billetes y quedárselos sin decir ni pío? En el caso contrario, está claro que otra persona tuvo que apoderarse de ellos.

—¿Qué otra persona?

—Bueno, si lo que desea son consejos —repuso Mason—, le sugiero que compare las huellas encontradas en el vaso que contenía *Bourbon* con las de Bill Emory, el conductor del camión que transportaba el capital robado. Ese hombre, por lo que creo saber, tiene aproximadamente la misma estatura y constitución que yo. Podría igualmente comprobar si la lista cuya fotografía acabo de entregarle ha sido escrita por dicho Bill Emory. Como usted nos ha hecho observar muy acertadamente, esa lista estaba guardada con tanto secreto que el F. B. I. no ha querido siquiera confiarle a usted una copia. Sólo otra persona podía, pues, tenerla en su poder, y era el ladrón. Al encontrar entre el capital robado cinco mil dólares en un solo paquete de billetes de poco valor, y averiguando más tarde que la policía poseía los números de los billetes robados que ascendían a un total de unos cinco mil dólares, no le fue difícil llegar a una conclusión. Por lo tanto, copió los números de esos billetes para estar seguro de no gastarlos personalmente. Pero esto le permitió colocar varios de ellos en la cartera de Colton P. Duvall y, más tarde, en el remolque de Arlene Duvall.

»Y si Jordan Ballard llegó a la conclusión de que el doctor Candley debía de estar complicado en el robo, fue porque no se le ocurrió pensar que la enfermera de éste, Rose Rucker Travis, tenía asimismo las máximas facilidades para registrar los bolsillos de los clientes, en tanto que éstos tomaban baños de rayos. Así pudo obtener la huella de las llaves que abrían el compartimento situado en el interior del camión destinado al transporte de capitales. Y como ella estaba en el Banco, junto con el doctor Candler, menos de

una hora antes del robo, tuvo posibilidad de apoderarse de varios fajos de cheques anulados. Con esos cheques, un falsificador hábil hizo un paquete semejante al que contenía el dinero, y la sustitución pudo efectuarse muy rápidamente.

»Dicho sea de paso, descubrirá usted que el amante de Helen Rucker, hermana de la señora Travis, es Thomas Sackett, también conocido por Howard, quien tiene una ficha policíaca muy cargada, como falsificador.

»Después de esto —prosiguió Mason, dirigiéndose a Burger, en tono apacible—, si no tiene aún elementos suficientes para aclarar este caso, estoy dispuesto, como testigo, a contestar a cualquier pregunta que desee hacerme.

Hamilton Burger pareció a punto de contestar algo, luego meneó la cabeza y se volvió hacia el Tribunal. Pero también entonces, en el momento de hablar, cambió de opinión y acabó por dejarse caer en su asiento.

El juez Cody acudió en su socorro y declaró:

—Se suspende la vista, que se reanudará dentro de quince minutos.

Capítulo 14

Arlene Duvall, Paul Drake, Perry Mason, Della Street y el doctor Candler estaban sentados alrededor de la gran mesa instalada en la biblioteca del abogado.

—Lamento mucho —dijo Mason— que ese Diario fuese descubierto por la policía. Pero habrá podido comprobar que Ballard iba por el buen camino, aunque se había equivocado de persona.

—Ni por un momento sospeché de Rose —declaró el doctor Candler—. Ahora, salta a la vista. Yo era médico oficial del Banco y muchos empleados venían, además, a consultarme con carácter particular. Siento una gran confianza por la diatermia, los baños de luz, y era Rose Travis la encargada de efectuar estos tratamientos. Naturalmente, le era muy fácil registrar la ropa de los clientes y de sacar un molde, lo mismo de las llaves que de los sellos utilizados por el personal del Banco. Con la ayuda de esos moldes, un falsificador como Thomas Sackett… Sí, verdaderamente, parece tan evidente que uno se pregunta por qué no se nos habría ocurrido antes.

—A Ballard se le ocurrió —dijo Mason—, pero, como sabe, se había equivocado de persona. Cuando Arlene Duvall empezó a derrochar dinero, él comprendió que llegaría el momento en que el ladrón se las ingeniaría para ocultar billetes robados entre las pertenencias de la joven. Pero, al igual que muchos detectives aficionados, tenía ideas preconcebidas y buscaba todo lo que pudiese confirmar la culpabilidad de la persona de quien sospechaba. En otras palabras, colocaba el arado delante de los bueyes. Según todas las evidencias, frecuentaba a Bill Emory con la intención de sacarle informes. Y fue sólo cuando Emory se presentó, después de mi marcha, la noche del crimen, cuando Ballard debió

de comprenderlo.

—¿Cómo crees que debieron de ocurrir las cosas? —preguntó Paul Drake.

—Pues bien, Emory debía de vigilar la casa. Cuando me vio llegar con Ballard permaneció oculto. Luego, cuando bajé y subí la persiana, pensó que tal vez hubiese ocultado los billetes comprometedores, puesto que ya sabía que estaban en mi poder.

—¿Cómo se las arregló para entregárselos? —preguntó el doctor Candler.

—Sackett había alquilado un uniforme de mensajero en una tienda de disfraces. Más tarde, el dueño de la tienda recordó que ese uniforme no había podido ser utilizado por Sackett que era alto y robusto. Era adecuado para una persona mucho más delgada y baja, por tanto, es probable que se tratase de una mujer, Rose Travis o su hermana, la que desempeñó el papel de mensajero.

»Emory debió de entrar en la casa inmediatamente después de mi marcha, dejando su auto ante la puerta, como si acabase de llegar en aquel momento. Ballard fue a la cocina a prepararle una bebida.

»Entonces fue cuando se presentaron, uno tras otro, el taxi de Arlene, y Mundy en el auto de Fraser. Emory, que me había visto mover la persiana, no cometió el error de pensar que estaba haciendo señales a alguien y fue a ver lo que había podido ocultar allí. Pueden imaginar su decepción cuando comprobó que los dos billetes que con tanto cuidado me habían enviado, acababan de ser ocultados allí *antes* de que me fuese entregada la citación para que me presentara con cualquier billete de Banco procedente de Arlen Duvall.

»Desde luego, habían provocado esa citación probablemente gracias a una llamada telefónica anónima a la policía o al fiscal. Y para que la cosa no pareciese dirigida especialmente contra mí, habían metido también a Ballard en el asunto.

»Fue Emory a quien Mundy y Fraser vieron mover la persiana. Ballard debió de verlo también, y sin duda, cuando el chófer regresó a la cocina, el otro empezó a hacerle preguntas. Emory se dio cuenta de que Ballard, después de haber sospechado del doctor Candler, estaba a punto de descubrir la verdad, y por esto decidió matarlo, con el fin de protegerse.

—Y yo que creí que me habían robado el remolque para buscar mi Diario, cuando fue para ocultar en él los billetes —observó Arlene Duvall.

—Siempre es malo llegar a una conclusión precipitada —declaró Mason.

—Pero, ¿cómo podía saber Bill Emory…? ¡Ah, sí! Ballard debió de repetirle el número de ese billete del que se acordó de repente y…

—Exactamente —asintió Mason—. Emory se las arregló para que el billete llegara a mis manos y después avisó a la policía para que me enviasen la famosa citación de comparecencia.

—Es una lástima que Ballard no esté aquí para saborear el éxito de su plan —suspiró Arlene Duvall—. Porque ha sido gracias a que durante dieciocho meses me estuvo utilizando como cebo que este asunto ha podido, por fin, aclararse. La vida ociosa ha terminado… Ahora tendré que ponerme a trabajar en seguida.

—No esté tan segura —dijo Mason—. No olvide que había una recompensa ofrecida para quien diese una pista que permitiera hallar el dinero robado. Su padre va a quedar en libertad y también le queda el auto y el remolque. Como la recompensa es muy apreciable, creo que podrá concederse aún dos o tres meses de vacaciones. Le sentarán muy bien a su padre.

—¡Pobre papá! —balbuceó la joven, cuyos ojos se humedecieron.

En aquel momento, Gertie entró con un telegrama:

—Está dirigido a Arlene Duvall, al cuidado de Perry Mason.

El abogado alargó el impreso a su cliente. Arlene se secó los ojos, abrió el telegrama, y una sonrisa iluminó su rostro, aún húmedo de lágrimas. Alargó el telegrama a Mason.

El mensaje procedía del presidio de San Quintín y estaba redactado así:

> ACABO ENTERARME TODO POR LA RADIO. Punto. HASTA, PRONTO, ARLENE QUERIDA. Punto. PAPÁ.

Mason se volvió hacia su secretaria:

—Telefonee a la Prensa, Della, e infórmeles de que me ocuparé personalmente de que los Duvall cobren la recompensa prometida

por la compañía de seguros. La noticia será difundida por la radio esta misma noche, lo que permitirá al padre de Arlene tener sueños felices.